

“SIEMPRE HUBO CLASES”: CLASES MEDIAS Y MODERNIZACIÓN EN LA
LITERATURA HISPÁNICA DECIMONÓNICA

By

Copyright 2007

Vicente Gomis-Izquierdo

M.A., Kansas State University, 2000

Submitted to the graduate degree program in Spanish and the
Faculty of the Graduate School of the University of Kansas

In partial fulfillment of the requirements for the degree of
Doctor of Philosophy

Dr. Lee Skinner, chairperson

Committee members

Dr. Danny Anderson

Dr. Margot Versteeg

Dr. Patricia Manning

Dr. Brent Metz

Date defended: _____

The Dissertation Committee for Vicente Gomis-Izquierdo certifies
that this is the approved version of the following dissertation:
“SIEMPRE HUBO CLASES”: CLASES MEDIAS Y MODERNIZACIÓN EN LA
LITERATURA HISPÁNICA DECIMONÓNICA

Committee:

Dr. Lee Skinner, chairperson

Dr. Danny Anderson

Dr. Margot Versteeg

Dr. Patricia Manning

Dr. Brent Metz

Date approved _____

ABSTRACT

Esta tesis se centra en el estudio de tres novelas del siglo XIX de tres países diferentes. Suprema ley de Federico Gamboa es de México, La gran aldea de Lucio Vicente López, de Argentina, y Fortunata y Jacinta de Benito Pérez Galdós de España. El análisis de estos tres textos sirve para mostrar cómo los autores crean una relación entre las clases medias bajas y los procesos de modernización por los que atravesaban sus respectivas naciones. A través de esa relación también expresan una crítica hacia dichos procesos.

El análisis de estos textos se realiza a la luz de diferentes factores que entran en el mencionado proceso de modernización y que tienen presencia en las tres novelas, tales como la educación, el trabajo, la industria o las inversiones, en conjunción con textos de críticos e historiadores tales como Jo Labanyi, Noël Valis, William Beezley o Carlos Alonso entre otros, y textos contemporáneos a los autores para poner en contexto las novelas analizadas.

Por medio de la presentación de estos textos dentro de sus contextos históricos y socio-políticos se puede comprobar cómo los autores proponen que la mala situación de la clase media baja sirve como metáfora del proceso de modernización que los diferentes gobiernos proponían, poniendo así en tela de juicio dicho proceso. Además, la presentación de la familia como elemento alegórico sobre la nación también ayuda a la creación de la crítica hacia la modernización en estos países, ofreciendo así la perspectiva de estos autores sobre el desarrollo de los países en los que vivían.

AGRADECIMIENTOS

Me gustaría empezar dando las gracias a todos los miembros del comité por toda la ayuda prestada, los buenos consejos y la profesionalidad. Mención aparte merece la Dra. Lee Skinner, no sólo por todas sus buenas recomendaciones, dedicación y amistad, sino también por la eterna paciencia que ha tenido conmigo.

En segundo lugar debo dar las gracias a los “veteranos” de Kansas, que siempre hicieron mis semestres mucho más soportables: Leila, Emma, Martina, Clint, Amanda, Arturo, Marta y un largo etcétera de compañeros a los que me alegro de llamar también amigos.

Además, también tengo una gran deuda con mi familia y amigos de España. A mis padres y mi hermano tengo que agradecerles su apoyo constante e incondicional y su simple presencia. Y a todos mis amigos de San Vicente no puedo dejar de mencionarlos, sobre todo a mi socio Gerardo, ya que sin ellos seguramente no habría aguantado tanto.

Dejo para el final a la persona más importante en mi vida, Begoña, a quien tengo que agradecerle el estar conmigo día a día y no dejarme parar; sin su apoyo, ayuda y presencia no habría podido terminar esta tesis nunca.

ÍNDICE

Introducción: La modernización como regalo y maldición	6
Capítulo 1: México	
<u>Suprema ley</u> de Gamboa y la modernización durante el porfiriato	33
Capítulo 2: Argentina	
Las clases medias en <u>La gran aldea</u> de López	83
Capítulo 3: España	
<u>Fortunata y Jacinta</u> de Galdós como crítica de la modernización española	131
Conclusión	206
Obras citadas	230

Introducción: la modernización como regalo y maldición

El siglo XIX supuso una centuria en la que se dieron muchos cambios a todos los niveles en las sociedades occidentales. En casi toda Europa y Norteamérica ya desde principios de siglo la Revolución Industrial trajo consigo cambios en los sistemas de producción, dándose así el paso de una industria artesanal y gremial a una industria mecanizada en la que los gremios y familias productoras dieron lugar de forma paulatina a una nueva estructura social. Sin embargo, la Revolución Industrial no se dio de igual manera en todas las naciones; así, mientras que en lugares como Inglaterra o Francia apareció antes y de forma más fuerte e impactante, en España y también en Hispanoamérica tardó más en aparecer y lo hizo de forma incompleta, con lo que el desarrollo de la economía tampoco fue el esperado en comparación con el de otras naciones. En este sentido, es importante tener en cuenta, como se hará en el capítulo 3, que algunos críticos tales como Eva Woods y Susan Larson entre otros han discutido recientemente la posición de España en el proceso de modernización europeo, llegando a la conclusión de que dicho proceso no fue tan diferente como anteriormente se había argumentado. Esto lleva a la percepción de la modernización de España como un fenómeno complejo y contradictorio en ocasiones cuando se yuxtaponen las ideas de dichos críticos con las de las novelas que aparecieron a finales del siglo XIX.

A pesar de todo, la Revolución Industrial, se diera al nivel que se diera, trajo como consecuencia una nueva estratificación social. Las clases aristocráticas fueron siendo cada vez menos numerosas, dando paso a la aparición de la burguesía. Este

fenómeno ya había comenzado siglos atrás con el desarrollo del comercio transatlántico entre España y las colonias. Lo que ocurrió en el XIX fue que la Revolución Industrial dio pie a la aparición de una clase de comerciantes e industriales adinerados que sustituyó (y en algunos casos complementó) a la antigua clase comercial y a parte de la aristocracia como estrato alto de la sociedad.

Al mismo tiempo, la Revolución Industrial también hizo que durante el siglo XIX se diera un gran crecimiento de los núcleos urbanos gracias a los avances en la tecnología y el nivel de vida medio. El tipo de trabajo que la nueva estructura económica trajo consigo, como por ejemplo empleado ya fuera en fábricas o en la ingente burocracia, exigía que la sociedad se urbanizara de forma más rápida. Las nuevas clases adineradas, además, preferían los ambientes urbanos, exceptuando a la burguesía agrícola y la aristocracia terrateniente, con lo que dichos espacios urbanos se convirtieron en el medioambiente ideal para su crecimiento.

En relación a esto último, otra consecuencia de la Revolución Industrial y el crecimiento de las ciudades fue la aparición de una nueva serie de empleos relacionados con la burocracia y la administración, ya fuera privada o pública. De esta forma, posiciones como funcionarios, oficinistas, administradores legales, incluso profesores y médicos, conocieron un auge considerable durante el siglo XIX. Es preciso notar que el fenómeno burocrático no era algo novedoso en España, ya que desde el reinado de Felipe II en el siglo XVI el aparato administrativo español fue de un tamaño considerable, con las ventajas y desventajas que ello supuso para el imperio. Después del reinado del segundo Felipe, fue el siglo XIX el que más vio

crecer ese aparato burocrático, debido a la expansión de las actividades administrativas del Estado y el aumento de la población. Ese crecimiento dio lugar al fenómeno conocido como la “empleomanía” en España, es decir, el deseo de obtener un trabajo en el gobierno, con la seguridad que después producirá una paga al retirarse, como se puede observar en personajes literarios de la época como el Villaamil de Miau (1887), una de las grandes novelas de Benito Pérez Galdós. Son precisamente estos empleados y los componentes de la baja burguesía comercial los que se convierten en una nueva clase social: la clase media baja.

En esta disertación propongo analizar algunos textos de ese periodo para explorar el funcionamiento de la clase media baja como catalizadora de toda una sociedad, entrando en contacto con elementos tales como la familia, la educación, el trabajo, la conciencia de clase, las relaciones amorosas y sus relaciones con otras clases sociales. Al mismo tiempo colocaré esta representación de la clase media baja dentro de su contexto histórico-social y en relación al proyecto o ideal de cada escritor, para ofrecer una percepción de cómo la presencia de la clase media baja funciona como índice ilustrativo del desarrollo nacional y del proceso de modernización por el que estaban pasando las naciones. Para ello propongo el estudio de novelas tanto españolas como hispanoamericanas, concretamente La gran aldea (1884) del argentino Lucio Vicente López, Suprema ley (1896) del mexicano Federico Gamboa, y Fortunata y Jacinta (1886-87) del canario Benito Pérez Galdós. Para llevar a cabo este análisis, me centraré en el estudio de textos contemporáneos a los autores incluidos, así como en la investigación de los aspectos económicos,

sociales e ideológicos que marcaron el desarrollo de los diferentes periodos históricos en los que se inscriben las novelas propuestas. De esa forma, se tendrá una visión completa de cómo funcionaban las clases medias bajas al ponerlas en yuxtaposición con las demás clases sociales, al tiempo que se tendrá una perspectiva más amplia de los diferentes impulsos socio-económicos presentes en su contexto y que permitirán observar el paralelo ofrecido por los autores entre el desarrollo de las clases medias bajas y los procesos de modernización, tanto a nivel puramente textual y estructural como a nivel alegórico, como se podrá ir comprobando.

John Johnson explica en Political Change in Latin America que las clases medias tienen seis características comunes: son urbanas; poseen y quieren educación; desean el desarrollo industrial; son nacionalistas; piensan que el Estado debe intervenir en la economía; y componen un núcleo en el que la familia se ha debilitado como unidad económica (5). Casi todas estas características van a aparecer en las clases medias presentadas en los textos propuestos. Por un lado, existe la presencia del elemento urbano. El desarrollo de los centros urbanos hizo que existiera la necesidad de cierto tipo de profesional como los que poblaban las oficinas de la burocracia urbana, lo cual atrajo a gente que iba a pasar a ser parte de las clases medias bajas. Así, tanto México D.F. como Buenos Aires y Madrid fueron las ciudades que más crecieron dentro del ámbito hispanohablante del siglo XIX. Sin olvidar que, como menciona Iris Zavala en El rapto de América y el síntoma de la modernidad, el espacio urbano se posiciona como el centro del proceso modernizador (68).

Además de la explosión en el florecimiento de las ciudades, la educación se convirtió en uno de los más deseados elementos del proceso modernizador decimonónico y más presente en los diferentes programas de gobierno. La educación era importante por diferentes motivos. Primero, la educación era equiparada con el progreso debido al hecho de que cada vez era más necesaria la población que supiera y pudiera utilizar la nueva maquinaria y que tuviera conocimientos de técnicas agrícolas y comerciales nuevas, con lo que existía una necesidad pragmática de educación. Además, se consideraba que la educación era una forma de ascender en la sociedad, de conseguir un nivel de vida que permitiera salir de la mediocridad de la clase baja. Sin embargo, estos textos ponen de manifiesto la ineficacia de los diferentes programas educativos, haciendo ver que la educación se encontraba en tal mal estado como otros ámbitos sociales. En México, los problemas aparecieron por la antigüedad de los métodos y el mal equipamiento de las escuelas, así como la necesidad de los padres de que los hijos trabajaran en el campo para ganar dinero en lugar de ir a la escuela. En Argentina, y a pesar del énfasis que presidentes como Sarmiento o Avellaneda pusieron en la educación, tampoco se consiguieron mejorar los niveles de alfabetización. Por último, en España la situación no era mejor: al limitado número de escuelas había que añadir los métodos antiguos, la falta de pago a los maestros y la presencia de la Iglesia como órgano educador.

En muchas ocasiones, la educación y la industria iban de la mano como propiciadoras la una de la otra. El deseo de industrialización fue una de las características más sobresalientes del siglo XIX en todo el mundo. Naciones como

Inglaterra, Francia o Estados Unidos estaban en la vanguardia del proceso de modernización, y se convirtieron en modelos para el resto de los países, que también querían llegar a esos niveles para ser considerados “modernos”. Sin embargo, los deseos no se vieron cumplidos en los países de habla española, donde la industrialización no se movió a la misma velocidad que en otras naciones. Así, Jordi Nadal en El fracaso de la Revolución Industrial en España explica que la industria no pudo desarrollarse en España porque no existía un mercado interior avanzado y tampoco existía un alto grado de división del trabajo (227). A eso hay que añadirle el hecho de que la agricultura no colaboraba con la compra o introducción de métodos nuevos de cultivo, lo cual provocó que se cerrara ese enorme mercado a los bienes industriales producidos por la metalurgia y los productos químicos (Tortella, 70). Por estos motivos, Gabriel Tortella afirma que todos los historiadores están de acuerdo en que la Revolución Industrial en España no conoció la explosión que sí ocurrió en otros países, lo cual no sólo supuso un atraso, sino también el fracaso de los intentos que se llevaron a cabo. Tortella identifica factores que no se dieron en España y sí en Inglaterra, como el desarrollo de otras industrias además del hierro o el algodón, o la presencia de impedimentos físicos en España como la falta de ríos caudalosos en ciertas regiones (73-75).

Una situación similar atravesaban México y Argentina. En México tampoco existió un avance industrial marcado debido a diferentes factores. Primero, al igual que ocurría en España, la agricultura no supuso un gran mercado para la industria ya que se aferraban a las tradiciones y se resistían al progreso (Beezley, 78-82).

Además, la presencia de inversión extranjera excesiva hacía que los beneficios fueran a parar a compañías foráneas que no reinvertían el dinero en México para facilitar su desarrollo.

De forma semejante, en Argentina ocurrió un fenómeno parecido al de México: Sarmiento tenía obsesión por la influencia extranjera, con lo que la industria argentina no conoció el impulso que le hubiera sido deseable, lo cual se unió al gasto excesivo en las guerras contra los indios de las Pampas y contra Paraguay.

Por último, la familia era un elemento central en la sociedad del último tercio del siglo XIX, y como tal también tiene una presencia enorme en los textos analizados aquí. La familia nuclear burguesa se convirtió en el centro de lo que se consideraba que era una sociedad civilizada, y tal ejemplo debía ser seguido por todos. Sin embargo, lo que en realidad aparece en estos textos es la desintegración de dicho núcleo. Las familias normales y funcionales brillan por su ausencia, y lo que sí existe es un número de familias que se descompone bien sea por el número de hijos (Suprema ley, Fortunata y Jacinta), el adulterio (Suprema ley, La gran aldea, Fortunata y Jacinta), la esterilidad (Fortunata y Jacinta) o la inconformidad (Suprema ley). El adulterio era una amenaza tan fuerte en la sociedad decimonónica que Eric Hobsbawm explica lo siguiente en The Age of Capital:

The “family” was not merely the basic social unit of bourgeois society but its basic unit of property and business enterprise [...] Anything which weakened this family unit was impermissible, and nothing more obviously weakened it than uncontrolled physical passion, which

introduced “unsuitable” [...] suitors and brides, split husbands from wives, and wasted common resources. (236)

Aunque la explicación de Hobsbawm se centre en el aspecto económico, esta cita da una idea de la importancia de la familia en la sociedad burguesa decimonónica.

En los textos estudiados aquí se presentan diferentes tipos de desintegración de dicho núcleo y sus consecuencias en la sociedad y la nación en general.

Junto a Hobsbawm, Jo Labanyi también habla sobre las relaciones familiares y la modernización. Labanyi explica que el incesto aparece en los lugares donde la modernización o bien ha fallado o bien se resiste, y el adulterio se manifiesta entonces como representante de dicha modernización, es decir, como el libre mercado de intercambio (1997, 106-7). En estos textos se va a comprobar como el adulterio no trae ningún tipo de progreso, sino la desintegración familiar, es decir, la falta de progreso. En Fortunata y Jacinta por ejemplo, de la relación incestuosa entre Juanito y su prima Jacinta se pasa a la adúltera entre Juanito y Fortunata, lo cual trae como consecuencia final la muerte de Fortunata y el divorcio virtual de Juanito y Jacinta.

En cualquier caso, y sea cual sea su estado en el proceso modernizador e industrializador, las sociedades presentaban una estructura basada en clases en la que era posible encontrar diferentes estratos: por un lado se encontraba la aristocracia como parte más alta de la sociedad. A esta la seguía la clase media, formada por la burguesía alta que incluye a los comerciantes, terratenientes e industriales, y por una clase media baja, en la que se centra este estudio, formada por profesionales tales como burócratas, profesores, médicos, militares, etc. Por último, se encontraba la

masa proletaria, que si bien empezó a tener presencia en el último tercio del siglo, no se convirtió en la gran masa social en la que luego deviene hasta alrededor de 1900 con la inmigración del campo a la ciudad, aunque en España se empieza a sentir como una amenaza a partir de 1880. Los diferentes estratos que componían las llamadas clases medias iban a convertirse en elementos muy influyentes que se encontraban en el centro de casi todos los motores de la sociedad, desde el poder económico y de consumo (más o menos fuerte según fueran clases medias altas o medias bajas), hasta el gusto en el vestir y la decoración.

Un elemento de esta importancia necesita de un vehículo donde se plasme todo lo que le ocurría y cómo funcionaba. Así, la narrativa al modo realista y más tarde naturalista del último tercio del siglo se convirtió en un excelente medio donde expresar la idiosincrasia de dicho grupo. En este sentido, uno de los autores realistas más importantes, Benito Pérez Galdós, en su famoso artículo "Observaciones sobre la novela contemporánea en España" (1870) explica que la clase media ha alcanzado una importancia capital y la novela realista ha de dedicarse a ella, incluyendo tanto lo bueno como lo malo (323). Entre otras cosas, Galdós hace referencia a la importancia de las clases medias en cuanto a la familia, el comercio, la política e incluso la religión y la moralidad. Eric Hobsbawm hace hincapié en ese mismo hecho:

What [the bourgeoisie] did exercise was hegemony, and what it increasingly determined was policy. There was no alternative to capitalism as a method of economic development, and at this period this implied both the realization of the economic and industrial

programme of the liberal bourgeoisie (with local variations), and the crucial position in the state of that bourgeoisie itself. (249)

Es decir, la burguesía marcaba la norma para todos los aspectos de la vida: tanto en lo económico como en lo social. De ahí su importancia a la hora de ser considerada la clase social más digna de observación y conversión en objeto de novelización, ya que se convirtió en la normativa para el resto de componentes de la sociedad decimonónica.

La importancia de semejante afirmación ha de ser tomada de dos formas. Para empezar, la novela realista tiene como propósito explícito el ser reflejo de la sociedad y realidad en que aparece, tanto por el estilo discursivo/narrativo como por la amplia gama de situaciones y personajes (a veces incluso personajes históricos) que presenta. Sin embargo, es necesario tener en cuenta que un producto literario no está casi nunca desasociado del sujeto que lo produce. En el caso del movimiento realista esto es especialmente importante por cuanto los autores van a emplear sus textos como lienzos en los que plasmar una cierta idea de la realidad e incluso avanzar sus propios ideales y opiniones sobre dicha realidad. En este sentido, el mismo Galdós afirmaba en “La sociedad presente como materia novelable” (1897) que la sociedad no es tan sólo la cantera de dónde extraer el material necesario para construir una novela, sino también el receptor y juez de esas producciones (36). De esta afirmación es posible extrapolar que el público lector va a extraer una ideología concreta de estos textos. Dicha ideología va a tener influencia en cómo piensan los mencionados lectores y tendrá influencia en la versión de la realidad que el autor comunica. Por eso es

necesario tener en cuenta que los textos literarios no son carreteras de una sola dirección, sino que existe una reciprocidad que sí tiene impacto en la manera en que se desarrolla la sociedad. Jo Labanyi lo explica así: “[...] the realist novel is by definition about modernity. Spain’s realist novel [...] occurs later than in France or Britain because the modernization process did not affect the whole of the national territory [...] until the Restoration” (2000, 4). De esta forma resume dos puntos importantes: el realismo es uno de los vehículos de expresión de la modernización, y dicha modernización llegó a España con retraso.

Como se ha dicho, el mundo hispanohablante conoce un gran desarrollo en el siglo XIX, tanto en la península como en el continente latinoamericano. En España, la Revolución Industrial estaba en marcha aunque sin tanto empuje como en otras partes de Europa, y en Hispanoamérica se produjo un fenómeno de similares consecuencias si bien con diferentes inicios. Tras la independencia conseguida por la mayoría de los estados durante el primer tercio del siglo, los diferentes países también empiezan a encaminarse hacia un proceso modernizador donde igualmente se produce un auge en los centros urbanos y se da un gran crecimiento en la industria, sobre todo a partir de la segunda mitad del siglo. En este punto, es necesario no olvidar, como ya se ha mencionado, que el proceso modernizador encuentra diferencias en España, México y Argentina. Aunque existe una explosión urbana, y en los tres países se desarrollan grandes ciudades como Madrid, México D.F. o Buenos Aires, la presencia de las clases va a darse de forma diferente. Además, en América Latina se produce otro fenómeno que explica Carlos J. Alonso en The Burden of Modernity. Apunta que

en América Latina existe un deseo de avance y modernización que aún no posee todos los elementos materiales que están presentes en el proceso europeo, pero que proviene de la observación del mismo.

Por otro lado, las conexiones entre España e Hispanoamérica son abundantes en otros aspectos. Carlos Rama se encarga de explicar esos aspectos en Historia de las relaciones culturales entre España y la América Latina. Siglo XIX. Así, apunta que si bien las relaciones se enfriaron tras las guerras de independencia, a partir de 1866 se vuelven a cordializar, coincidiendo con el abandono por parte de España de los sueños de reconquista (10). Según Rama, el intercambio de ideas se da de diferentes formas, entre ellas los ateneos literarios y asociaciones gremiales internacionales, los negocios de editores, e incluso los viajeros, emigrantes y religiosos. Además, los creadores de productos culturales tanto literarios como no literarios ayudan a que se cree una conexión más allá de la lengua (13-14). La relación entre España (y el resto de Europa) y Latinoamérica se manifiesta también por otro fenómeno que Carlos Alonso se encarga de explicar. El crítico, siguiendo al mexicano Klor de Alva, apunta que tras la consecución de la independencia, las naciones son dominadas por criollos y mestizos. Estos individuos crean una idea de nación en la que se han de seguir modelos europeos (12-13), con lo que la ideología social europea va a recibir un empujón hacia el oeste. Alonso continúa explicando que en América Latina se da una ambivalencia de pensamiento: se considera que para que exista un verdadero avance histórico latinoamericano, se debe importar de Europa y de Estados Unidos, ya sea gente, tecnología o sistemas filosóficos (34). Con esto se

entiende que existan semejanzas entre ambos continentes en cuanto al pensamiento social y, aunque existan diferencias debido a la particular idiosincrasia de cada lugar, sea posible encontrar procesos sociales y económicos similares.

Las tres novelas seleccionadas demuestran una cierta ideología de clase media, e incluso hay similitudes en su forma de expresarla, aunque existen diferencias importantes. Tanto las diferencias como las semejanzas sirven para observar las diferentes formas en que los autores entendían la presencia y función de las clases medias en sus países. La elección de países viene dada por el hecho de que es en estas naciones donde se produce un mayor crecimiento urbano, como ya queda dicho, y por tanto son mejores representantes del fenómeno urbanizador y del desarrollo de la clase media. Tanto Buenos Aires como México D.F. son las ciudades más grandes del continente en el momento en que se escriben estas novelas, y aunque urbes como Santiago de Chile o Lima están en proceso de desarrollo, todavía no alcanzan el nivel de las capitales argentina y mexicana. Algo similar ocurre con Madrid, se trata de la ciudad más importante de España por cuanto es donde está situada la corte, y eso atrae mucha inmigración provincial que se siente atraída por el calor de las nuevas industrias, aunque estas todavía se encuentren limitadas, y por el avance de la burocracia. Además, el hecho de incluir novelas de Hispanoamérica y de España ayuda a comparar y a crear una visión más completa del funcionamiento de las clases medias en el mundo hispanohablante, ya que la división de clases en la Península difiere de la estructura social en Latinoamérica. Por otro lado, la aparición tardía de la modernización en ambos lugares hace que la comparación cobre sentido y sea

reveladora en cuanto a los procesos que llevaron a las diferentes naciones a convertirse en naciones modernas.

La primera novela a tener en cuenta en esta disertación será Suprema ley del mexicano Federico Gamboa. En esta novela de corte naturalista se cuenta la historia de Julio Ortegá, un empleado de juzgado que se enamora de Clotilde, una exconvicta con la que se amanceba y que le acaba costando su vida familiar. Gamboa presenta un cuadro impresionante de lo que significaba ser miembro de la clase media baja en México D.F. a finales del siglo XIX. Para ello ofrece elementos como la familia, el trabajo, la educación e incluso las relaciones como factores de clase. Dentro de la familia aparecen índices como el número de hijos y la herencia generacional de la ideología, que marcan y perpetúan la pertenencia a la clase media baja. La numerosa prole de Julio le impide salir adelante económicamente, ya que le supone un gasto considerable. Por otro lado, el sociólogo marxista Louis Althusser incluye a la familia en sus "ideological state apparatuses", es decir, los aparatos de transmisión ideológica exentos de violencia física, tales como la iglesia, la escuela o la familia, y eso aparece en la familia Ortegá en la transferencia de la ideología de Julio a su hijo mayor Julito, al igual que también aparecerá en los otros textos. El núcleo familiar también tiene importancia en el texto en tanto que es la comparación de la familia Ortegá con otras familias que aparecen en la novela, como la de Clotilde o la de Don Eustaquio, el jefe del hijo mayor de Julio, lo que sitúa a los Ortegá en el estrato medio bajo de la sociedad.

Siguiendo el trabajo de sociólogos mexicanos como Julio Guerrero, Gabriel Careaga o Enrique Krauze, mi análisis discutirá cómo la familia de Julio Ortegál sigue los parámetros ofrecidos por estos autores en cuanto a la clase media baja, su idiosincrasia y su comportamiento, entrando en factores ya mencionados como la educación, el trabajo, e incluso la vestimenta y la forma de distribuir el salario. En este sentido, es especialmente ilustrativo el ensayo que Julio Guerrero publicó en 1901 y que ofrece su propia división de clases basada en el comportamiento sexual, lo cual es de especial importancia en la historia de Julio Ortegál dado su adulterio con Clotilde. La promiscuidad y el adulterio en los hombres y la castidad en las mujeres aparecen como marcadores de clase media baja aplicables al matrimonio Ortegál, y su inclusión en dicha clase social permite al autor ofrecer sus perspectivas sobre la situación de la misma en relación al progreso nacional. Las apariencias y los sueños de ascenso a un estrato superior completan el cuadro sobre la clase media baja que ofrece Gamboa y que resultará un elemento central de mi análisis.

La segunda novela, La gran aldea, no tuvo un recibimiento muy cálido. El mismo López la calificó de mala según anota Ricardo Piccirilli, e incluso autores contemporáneos como Paul Groussac hicieron comentarios negativos sobre el texto. Concretamente, Groussac comenta sobre la falta de coherencia del texto y la inexistente unidad que ligue los diferentes aspectos textuales. Independientemente de las críticas que recibiera en su momento, La gran aldea posee características que la hacen valiosa para este estudio ya que su autor fue un componente destacado de la llamada “generación del 80”, la cual tuvo un lugar prominente en el pensamiento

argentino de finales del siglo XIX, y la novela actúa como un vehículo en el que López puede avanzar sus ideas sobre el lugar de Argentina en el proceso de modernización.

La acción de la novela tiene lugar en Buenos Aires, y narra en primera persona la vida de Julio, un niño huérfano, desde su infancia hasta la edad adulta. En esa narración se mezclan varias clases sociales y su comportamiento. Pero lo que realmente llama la atención de esta novela es el hecho de que existe una tensión narrativa que refleja la lucha de clases. Esta tensión aparece de dos formas. Por un lado se evidencia en la comparación entre el Buenos Aires de la infancia de Julio en 1862 y el Buenos Aires de su edad adulta veinte años después. En esta comparación queda presente la idea de que el Buenos Aires de 1882 está más obsesionado con las apariencias, con el aparentar ser de clase alta, mientras que en el fondo sigue siendo de clase media baja como la novela ejemplifica a través de la presentación de diversos personajes y situaciones, y de ahí la metáfora del título escogido por López. Como se verá, algo parecido hace Galdós en Fortunata y Jacinta al afirmar que Madrid es un pueblo.

En segundo lugar, la tensión aparece por la misma narración en primera persona. Julio narra lo que ve: los ambientes sociales de clase alta en los que se mueve porque eso es lo que se debe hacer, según le convence Don Benito Cristal, el amigo de su padre con el que se va a vivir durante una temporada. Pero Julio no es de clase alta, sino de clase media baja como lo era su padre, por tanto el choque existe entre lo que describe y cómo lo describe. Su propia ideología y pasado crea un

conflicto paralelo a la lucha de clases y al contraste entre la clase media alta y la clase media baja. En este sentido, se deben tener en cuenta las ideas de Ángel Rama, quien en Literatura y clase social explica que existe una ruptura entre la producción literaria y las otras producciones culturales, con lo que el entramado social que el "establishment" quiere enmascarar aparece con más claridad; así, las clases sociales aparecen en una lucha que ganan o pierden. Rama no argumenta que la literatura sea la única expresión cultural en la que aparece la lucha de clases, sino que para él la literatura la muestra con más claridad. En este caso, López plantea un conflicto entre la clase media alta y la clase media baja, ofrecido tanto en la presentación de dos Buenos Aires diferentes como en el conflicto entre lo que explica el protagonista y su propio bagaje social.

El trabajo y las relaciones amorosas también son parte fundamental de la construcción de clase en La gran aldea. Así, Julio trabaja como dependiente de escritorio para un hombre de negocios de la capital, formando parte del núcleo de oficinistas y funcionarios que componen un gran porcentaje de la clase media baja. Al mismo tiempo, Julio intenta mantener una relación con Blanca Montifiori, una chica rica de la clase alta que no quiere conformarse con alguien pobre y por eso decide casarse con el tío viudo y rico de Julio, dejando así patente que las relaciones funcionan como vehículo social, lo cual no es nuevo en sí mismo, y que las relaciones interclasistas acaban bien en raras ocasiones.

La elección de esta novela como parte de esta tesis radica parcialmente, como queda dicho, en el hecho de que Buenos Aires como urbe es uno de los núcleos más

importantes de América Latina, y por tanto la representación de las clases que ofrece puede ser considerada como ejemplo. Pero es necesario explicar que la importancia de esta ciudad viene también de otra vertiente de pensamiento. Al hablar de los deseos de modernidad presentes en el pensamiento americano, Carlos Alonso apunta el conocido hecho de que en el caso argentino el ideal de modernidad tiene mucho que ver con el discurso de Sarmiento. En este sentido afirma la importancia de la ciudad opuesta al campo en la dicotomía civilización y barbarie (vii). De ahí que la experiencia urbana bonaerense vaya a necesitar especial atención por cuanto se convierte en el paradigma del progreso como bastión ante la barbarie.

Parte de mi análisis se centrará en la relación existente entre la clase media baja y las clases altas, ya que dicha relación va a definir la posición de la primera. Así, el texto ofrece oportunidades de poner en contacto ambas esferas para poder compararlas. La aparición de discursos políticos como el de Trevexo, en el que la clase patricia es la gobernadora y el resto ha de seguirla, pone de manifiesto la influencia y el avance de las clases medias cuando en el Buenos Aires de 1882, personajes como Trevexo han sido desfasados por una ideología burguesa. Esto va a ser importante por cuanto es posible generalizar a partir del ejemplo y concluir que lo que ofrece López a través de la experiencia de Trevexo es adscribible a todo un estrato social; es decir, Trevexo y la tertulia que lo acompaña, funcionan como una metáfora que avanza la idea de que la clase aristocrática del Buenos Aires de 1862 es pernicioso para el desarrollo de Argentina.

En tercer lugar, propongo analizar Fortunata y Jacinta de Benito Pérez Galdós como lienzo en el que el autor plasma su visión sobre la gran variedad de clases sociales y sus representantes que existía en España. La novela recorre la vida de dos mujeres, una del pueblo, Fortunata, y otra de la clase media alta, Jacinta. Alrededor de estas dos mujeres aparece ante el lector toda la amalgama social española.

La familia va a ser de nuevo un elemento central en el texto, ya que se narran las historias e inter-relaciones de diversas familias y sus generaciones, en especial la familia principal, los Santa Cruz. El padre, Baldomero Santa Cruz, empezó como empleado en la tienda de tejidos de su padre, pero llevó el negocio a más, hasta que lo heredó y se convirtió en parte de la burguesía comerciante. Esto ejemplifica la explicación avanzada por Pilar Faus Sevilla de que hasta mediados de siglo clase media y burguesía son lo mismo en España, pero gracias a los avances en la industria, el comercio, y en parte a las desamortizaciones que provocaron que la burguesía pudiera adquirir tierras, se empezó a crear un hueco entre ambas clases, quedando la clase media compuesta por burócratas, funcionarios, militares, médicos y otros empleados.

En relación con la familia también se encuentra la idea de que el número elevado de hijos impide ascender de posición, como ocurre en la familia Arnaiz Cordero, que tiene nueve hijas y por tanto el capital no prospera. De ahí que el matrimonio sea casi la única solución para los componentes de esa familia y por eso el casamiento entre Jacinta (una de las hijas de Arnaiz Cordero) y Juanito Santa Cruz es un factor de ascenso social para Jacinta, que ahora puede ayudar a su familia

dándoles dinero, vestidos, etc. El número de hijos es la diferencia entre los Arnaiz y los Santa Cruz, ya que sus orígenes y desarrollo son muy parecidos desde principios de siglo.

La novela también presenta diferentes ideas sobre cómo está estructurada la sociedad. En este sentido llaman la atención las palabras de Juanito Santa Cruz sobre la conjunción armoniosa y complementaria en que viven las clases españolas. Al mismo tiempo, también ofrece una serie de factores que las diferencian y que quedan ejemplificados a través de la presentación a lo largo de la novela de un gran número de personajes. Así, el personaje recurrente que más se adecua a los propósitos de este análisis es Maximiliano Rubín, un boticario que acaba casándose con Fortunata. Este personaje, por su oficio, por su ideología pequeño-burguesa, por su comportamiento y su comparación con otros personajes de la clase alta, sobre todo con Juanito Santa Cruz, con el que incluso llega a tener un enfrentamiento físico, es uno de los mejores representantes en la novela de la clase media baja. Maximiliano también es ejemplo del dominio de las clases altas sobre las inferiores por el significado metafórico del enfrentamiento físico antes mencionado entre él y Juanito. Según explica Demetrio Estébanez Calderón, este dominio también puede ser extendido al juego de metáforas que se crea alrededor del hecho de que Juanito "caza" y "atrapa" a Fortunata, la representante del estrato inferior. Asimismo, Teresa Fuentes Peris explica en Visions of Filth que la burguesía tenía interés en vigilar y controlar todo lo que no se adecuara al nuevo orden y supusiera una amenaza (12), lo cual explicaría la presencia de esos momentos de dominio de una clase sobre otra. Este control y supremacía que ejerce

la clase alta sobre la baja es también muestra metafórica de los impedimentos que la propia burguesía ponía al desarrollo nacional español, de lo cual se hablará en más profundidad en el tercer capítulo.

Por otro lado, algo que las tres novelas tienen en común es el hecho de que las tres aparecieron en y/o hacen referencia a momentos históricos clave en el desarrollo de los diferentes países a los que pertenecen. Así, Suprema ley hizo su aparición en México durante el porfiriato, el periodo histórico en el que Porfirio Díaz controlaba el país con mano de dictador, y cuya política desastrosa acabó dando lugar a la Revolución de 1910. El porfiriato se caracterizó por su lema “orden y progreso”, conceptos estos que están presentes en la novela de Gamboa. Sin embargo, esos ideales no cumplieron los objetivos deseados. El periodo porfirista hizo hincapié en la imitación de modelos culturales y sociales europeos (sobre todo franceses), gastando grandes sumas de dinero en arquitectura de estilo europeo y en grandes bailes y banquetes, dejando abandonados a los componentes de las clases menos privilegiadas. Además, Díaz confió parte de su gobierno al grupo conocido como los “científicos”, una serie de políticos relativamente jóvenes y de formación positivista, que aplicaban una visión científica a la forma de regular el país, acorde con los deseos de modernización característicos del periodo; sin embargo, esos métodos no funcionaron como se deseaba y el cientificismo no logró ser la panacea nacional que se pensaba. Por otro lado, y aunque sí existieron ciertos avances en aspectos como el ferrocarril o el telégrafo e incluso en la inclusión de nuevos deportes como el boxeo o el ciclismo, el país no consiguió avanzar como se esperaba, y el nivel de vida medio

siguió siendo pobre, los sueldos no daban para vivir, la enfermedad y el alcoholismo seguían siendo importantes lacras sociales, y la agricultura no conseguía despegar y modernizarse. De esa forma, Suprema ley ofrece una visión de ese periodo como un momento histórico en el que se quería progresar, pero la realidad era muy distinta y más oscura.

En segundo lugar, La gran aldea pertenece a una generación literaria conocida como “la generación del 80”. El año de 1880 es importante por cuanto Buenos Aires pasó a ser la capital oficial argentina, y se encuentra en medio de una serie de legislaturas presidenciales que dieron forma a la Argentina actual: Mitre, Sarmiento, Avellaneda y Roca, que abarcan unos años similares a los que cubre el texto, entre 1862 y 1882. Las cuatro legislaturas tuvieron elementos en común como la intención de desarrollo del ferrocarril como herramienta modernizadora, el énfasis en modelos extranjeros (europeos o estadounidenses) para desarrollar su sociedad, y el desarrollo de la educación, aunque fueran Sarmiento y Avellaneda los que más hincapié hicieron en este último aspecto. Sin embargo, no fue un periodo exento de problemas. El ferrocarril sí se extendió hacia el interior, pero ese hecho no ayudó a modernizar el país ya que en el interior no había nada más que tierras baldías ocupadas por tribus indígenas que se resistían en muchos casos al avance de la civilización. Además, las cuatro presidencias pecaron de dejar la industria argentina en manos extranjeras, lo cual fue muy criticado. La industria no estaba protegida, y además no pudo desarrollarse tanto como hubiera sido deseable por cuanto Argentina producía materias primas que eran compradas por potencias extranjeras que luego vendían

manufacturas a Argentina. Por otro lado, la educación, punto en común en las tres novelas y en los tres periodos históricos a los que pertenecen, también conoció un gran impulso. Sarmiento importó métodos y personal de Estados Unidos para modernizar el sistema educativo y que se convirtiera en el bastión del progreso argentino, aunque los resultados no fueron los apetecidos y el nivel de alfabetización no fuera excesivamente alto para principios del siglo XX.

Por último, Fortunata y Jacinta también hace referencia a un momento clave de la historia de España, la Restauración de los Borbones en 1874, periodo que es reconocido generalmente como el principio de la auténtica modernidad en España. Al igual que en México y Argentina, el gobierno intenta poner en marcha planes de modernización que ayuden al país a avanzar y entrar en el grupo de naciones avanzadas. Pero, de forma similar que en los países latinoamericanos, esos esfuerzos no tuvieron los resultados buscados. Por un lado, la industria española no podía avanzar a la misma velocidad que la de otras naciones debido a la falta de recursos internos, tales como ríos navegables en todas las regiones o la presencia de fuel para mover la maquinaria industrial. Además, las inversiones que se hacían tenían en general la intención de producir más dinero, y no la de hacer crecer la industria, con lo que el dinero o bien se quedaba en los bancos produciendo intereses o se invertía en tierras y propiedades urbanas. Por otro lado, como se vio en México y Argentina, la educación no servía realmente para producir ciudadanos que hicieran avanzar el país y que trajeran el progreso, ya que no alcanzaba a todos y no todos tenían los

medios o el interés en estudiar, sin olvidar lo anticuado de los métodos y lo decrepito de las instalaciones.

Las tres novelas estudiadas presentan las relaciones interclasistas, pero existen diferencias en la forma en que se tratan dichas relaciones. En cada novela es posible situar al grupo perteneciente a la clase media baja frente a los que representan la clase alta, y de esa manera vislumbrar el tipo de sociedad que avanzan los autores, desde un punto de vista tanto descriptivo como prescriptivo. Al mismo tiempo, en cada novela se presentarán formas diferentes de entender la clase media baja y su función en la sociedad. Las relaciones entre clases sociales se convierten en un factor presente en todas las novelas por cuanto lo eran también en la sociedad contemporánea a los autores. Stallybrass y White en The Politics and Poetics of Transgression explican que

[...] the “top” attempts to reject and eliminate the “bottom” for reasons of prestige and status, only to discover, not only that it is in some way frequently dependent upon that low-Other [...], but also that the top *includes* that low symbolically, as a primary eroticized constituent of its fantasy life. (5)

Es decir, aunque las clases altas quieran deshacerse de las bajas, la realidad es que ambas dependen la una de la otra, y los textos estudiados muestran esa tendencia. Además, las clases altas encuentran un objeto de deseo en las bajas, dándose relaciones sexuales entre ambas, como se podrá comprobar en Fortunata y Jacinta.

Así, en Suprema ley es posible encontrar una clase media baja muy particular, la existente durante el porfiriato en México. En este caso, el estilo naturalista de la novela va a presentar una clase muy poco idealizada, con todos sus vicios y problemas, representada en una familia concreta. Pero este estrato está presente en la sociedad como elemento básico; son los burócratas y funcionarios que hicieron posible el “orden y progreso” porfirista y que Gamboa emplea como el centro de una sociedad en crecimiento.

En La gran aldea va a aparecer una clase media baja que aparentemente no tiene un papel de importancia, pero que poco a poco va alcanzando más y más relevancia debido a sus crecientes números y al hecho de que el pensamiento de clase alta se queda anticuado. De ese modo aparece en el texto con el dominio que las clases altas ejercen sobre el resto al principio de la novela y que se va disipando hasta que al final, la casa del tío del protagonista, de clase alta, arde de forma metafórica.

Por último, Fortunata y Jacinta ofrece uno de los cuadros más completos de la sociedad española del momento. En el texto de Galdós se mezclan todas las clases posibles, con lo que el retrato de la clase media baja se presenta de forma menos clara que en el resto de novelas. Aún así es posible ver cómo estas clases se convierten en una de las piedras angulares de la sociedad, con todos sus vicios y virtudes, como queda ejemplificado con la presencia de personajes como Maximiliano Rubín y Estupiñá. Pero también es reflejo del movimiento social y de las posibilidades de ascenso, como ejemplifica la familia Santa Cruz.

Por último, otro factor que será analizado en este estudio es el de las perspectivas autoriales, las cuales van a tener puntos en común y puntos divergentes. Como ya se ha dicho, el realismo y naturalismo no suponen únicamente un reflejo sin más de las sociedades en las que aparecen, sino que ofrecen los puntos de vista de sus autores, tanto a nivel descriptivo como prescriptivo, ofreciendo lo que ellos consideran criticable y las posibles soluciones a los problemas que plantean. En ese sentido, los textos de diferentes países de habla española van a ofrecer una imagen de la situación en la que se encontraban estas naciones a finales del siglo XIX según sus escritores, y de esa forma comprobar los temas que tenían más relevancia para los intelectuales de este periodo.

La importancia de la clase media baja viene del hecho de que con los avances en todos los aspectos económicos y sociales, el hueco entre clases se hace cada vez más estrecho, y los escritores de finales del siglo XIX se dan cuenta de ello. Así, Galdós afirmaba en el mencionado artículo de 1897 que, cada vez más, las clases se van amalgamando; por su lado, Jo Labanyi apunta que las novelas realistas incluyen como uno de sus temas centrales la erosión y el mantenimiento de las diferencias, ya sea entre clases o géneros, al igual que lo era en la sociedad de su tiempo (2000, 5). Así, la pérdida de poder adquisitivo y la mejora en la educación de las clases bajas, y por tanto su status social, hace que el hueco vaya desapareciendo, y que la clase media se convierta en una masa indefinida formada por los desertores de ambos bandos (37-38). Para el primer tercio del siglo XX, el poder adquisitivo de las clases bajas y las mejoras en el nivel de vida medio hacen que se haga cada vez más difícil

distinguir entre clases, sobre todo en contextos europeos. En Latinoamérica siguen existiendo diferencias más grandes, que conforme avanza el siglo van a crear una sociedad casi biclasista entre los que tienen y no tienen. En ese sentido, la gama social de finales del XIX se convierte en la base de la que parte la sociedad para transformarse en lo que es hoy en día, de ahí la importancia de estudiar las novelas que aparecen en este periodo de la historia. Estos textos son relevantes en tanto que formulan una visión particular de la clase media baja y sus vinculaciones con las demás clases sociales, poniéndolas en relación con el desarrollo de las diferentes naciones a las que pertenecen.

Capítulo 1: México
Suprema ley de Gamboa y la modernización durante el porfiriato

La sociedad mexicana pasó por unos procesos de transformación social similares a los de Europa, tales como el paso, con más o menos éxito, hacia una sociedad moderna industrializada, el cambio hacia una estructura social menos tradicional y la aparición de un sistema económico capitalista. Dados esos cambios, es natural que las formas de producción cultural, incluyendo la literatura, reflejaran y ofrecieran comentarios sobre esas transiciones por las que atravesaba la sociedad mexicana. En particular la novela, en sus vertientes realista y naturalista, iba a ser de especial importancia a la hora de servir de reflejo y de crítica de lo que la sociedad ofrecía, al mismo tiempo que podía ser el vehículo en el que los escritores plasmaran sus propias ideas sobre cómo debería ser la sociedad en que vivían. Esto es así debido no sólo a la extensión de la producción novelística, sino también a su extensa difusión.

Es necesario añadir que, aunque esta tesis se centra fundamentalmente en textos realistas, Suprema ley (1896) es generalmente considerada una novela naturalista. Ahora bien, el debate sobre el realismo y el naturalismo puede ser dilucidado, según apunta Guadalupe García Barragán en El naturalismo literario en México, por el hecho de que el naturalismo no difiere del realismo sino en algunos aspectos temáticos como el énfasis en lo escabroso, el pseudocientificismo, y el determinismo entendido como la doctrina que afirma que todo acontecimiento está regido por la causalidad. El naturalismo tiene una base de observación y estudio de

casos apoyados en el determinismo, mientras que el realismo se sostiene más sobre la investigación, documentación y reflejo minucioso y detallista de la sociedad en la que aparece. En ambos casos, la representación literaria está fundada en la documentación y la observación científica, aunque el realismo lo haga para representar el funcionamiento de una sociedad y el naturalismo para explicar las leyes deterministas que rigen dicho funcionamiento. En Suprema ley, el lado realista aparece con la representación minuciosa de la familia y la sociedad mexicana de finales del siglo XIX, y el naturalista por medio del estudio de caso de la familia Ortegá y de las leyes que rigen la vida de la clase media baja.

En ese sentido de influencia textual, novelas como Suprema ley cumplían funciones más allá del entretenimiento o del simple efecto de “show and tell”. Tal y como en la misma novela Julito le lee una novela de folletín a su madre y los valores de virtud y de formación de personalidad se van imbuyendo en las mentes de los lectores, es posible concluir que Gamboa creía en el poder de la literatura sobre el público lector. Carlos Monsiváis explica que la literatura tiene una función de proveeduría. Por tanto, no es descabellado pensar que los lectores de dichos textos extrajeran, conscientemente o no, las directrices de formación de clase necesarias para seguir reproduciendo la ideología de clase media baja. En este sentido José Emilio Pacheco dice lo siguiente:

Gamboa no se dirige, ni tiene posibilidad de dirigirse, a los pobres sino a la ascendente clase media. No pertenece al pueblo al que mira con arrogancia ni tampoco al grupo dominante pues en presencia de Díaz o

José Ives Limantour se siente incómodo y disminuído. Encuentra clientela en un público que busca entretenimiento, edificación moral, ayuda para explicarse el mundo en una era de grandes cambios sociales. (21)Esto, junto con el dato de que para 1939 se habían vendido 15.000 ejemplares de Suprema ley (Pacheco, 30), puede ser indicativo de la extensión de la novela de Gamboa y de su gran influencia. Si se acepta la afirmación de Pacheco como cierta, la clase media recibe la influencia de la literatura a la hora de formarse como clase útil para el país. La novela no es sólo entretenimiento, sino también enseñanza moral y educativa, y eso crea un público que conoce su lugar en la sociedad y entiende qué pasos hay que seguir y no seguir para llegar a ser una nación moderna. Los ejemplos y críticas de Gamboa alcanzan a esta clase media de una forma especial, ya que tanto los personajes de la novela como los lectores pertenecían al mismo estrato y por lo tanto tendrían las mismas experiencias, quejas y motivaciones.

Suprema ley cuenta la historia de Julio Ortegá, un escribiente de juzgado y padre de familia tísico que se enamora de Clotilde Granada, una exconvicta, y arruina su vida familiar al mantener una relación de semiconcubinato con ella. Haciendo énfasis en aspectos como la familia, la educación, el trabajo, las apariencias y el deseo de mejora presente en la psique de la clase media baja, este capítulo va a explorar cómo la historia de Julio Ortegá representa la idiosincrasia de esa clase y

hasta qué punto es representativa de ella. Al mismo tiempo se examinará a través de la representación que hace Gamboa de dichas historia y clase social el ya mencionado proceso modernizador en el contexto mexicano. Gamboa utiliza este tipo de discurso para criticar el periodo porfirista en cuanto a los logros sociales y pone en tela de juicio la eficacia del esfuerzo modernizador durante el porfiriato. En el personaje de Ortegá, Gamboa crea un representante de la clase media baja, al mismo tiempo que da lugar para una lectura alegórica de la novela que ofrece conexiones simbólicas entre la situación de la nación y la de la clase media baja. A través de esa alegoría y de la representación de diversos modelos de familia que enfatizan los valores y prácticas de la clase media baja, Gamboa realiza su crítica del proceso de modernización mexicana.

Suprema ley se inscribe en un periodo de la historia mexicana de gran importancia para el país: el porfiriato, que abarca desde 1877 hasta la Revolución de 1910. William Beezley en Judas at the Jockey Club, y otros autores como John Brushwood en México en su novela, explican que el porfiriato fue una época en la que se ponía mucho énfasis en las apariencias y en la imitación de las costumbres y maneras europeas. Beezley apunta que los mexicanos se querían modelar según las naciones europeas, sobre todo Francia, porque se las consideraba las naciones más avanzadas y modernas, y de este modo ellos mismos alcanzarán la modernidad. Sin embargo, eso es lo que hacían las clases más altas de la sociedad, mientras que las clases que estaban por debajo querían imitar a esas clases altas que imitaban lo extranjero y moderno. De este modo, se consigue el efecto de que todos los estratos

de la sociedad se mueven hacia la modernidad, aunque por debajo sigan existiendo problemas que acaban por explotar en la Revolución de 1910 (10-13).

De esa forma, la preocupación por las apariencias se ve, por ejemplo, en los cambios en las ciudades: “The government gave its attention to such things as requiring pants and felt hats of Indians who came to town, to achieve at least a European appearance, and by 1890 Díaz’s success promoted a growing sense of pride in Mexico” (Beezley, 16). Beezley explica que las medidas que se tomaron para que la ciudad pareciera moderna iban encaminadas hacia la consecución de inversión extranjera para que el país mejorara, aunque en realidad no ocurrió como se esperaba. Además, ese orgullo del que habla Beezley también consiguió que la gente estuviera más de acuerdo con el gobierno y no lo criticara tanto, a pesar de que el orgullo sólo venía de una apariencia de mejora.

Por otro lado, la influencia e imitación de lo extranjero tenían una correlación en la aceptación de deportes como el beisbol y las carreras de caballos. Las carreras de caballos eran de especial importancia por cuanto las señoras podían hacer ostentación de ropas y los caballeros podían hacer dos tipos de ostentación. Por un lado, podían competir en las carreras, y por otro podían apostar cuanto más mejor, que era lo que hacían los europeos y americanos, sin importar cuánto se ganaba o perdía. También eran días de gran derroche y de alto consumo, lo cual es un elemento clave en una sociedad capitalista emergente (Beezley, 31). En esa misma línea, Brushwood explica que eran comunes la arquitectura europeísta y los grandes bailes de gala a imitación de los que se hacían en Francia, para dar la sensación de ser

una nación cosmopolita y moderna (253). Asimismo, existían otros elementos de imitación como la introducción de la bicicleta, que hizo que la ciudad se modernizara con la pavimentación de las calles y la creación de parques y zonas para bicicletas: “Despite critics, the wheelmen believed progress was the result of exercise, mobility, new fashions, and companionship offered by the bicycle” (Beezley, 51). Los mexicanos del porfiriato pensaban en la bicicleta como una metáfora del progreso: era un ejercicio sano que creaba cuerpos sanos y eso ayudaba a acelerar el progreso del país. A pesar de esa conexión entre deporte y progreso, la recreación y los deportes funcionaban, a otro nivel, como división de clases, ya que los que en realidad podían permitirse el ocio eran los de la clase alta, mientras que el resto sólo podía mirar (Beezley, 66).

Se lograron muchos avances en cuanto al ferrocarril, en el que trabajó el padre de Federico Gamboa, las líneas navieras e incluso las comunicaciones telegráficas según explica José Valadés en Breve historia del porfirismo. Dichos avances en el ferrocarril trajeron incluso la unión de las vías de tren mexicanas con las de Estados Unidos (53-56). De esta forma se consiguió una unión metonímica con la nación moderna por excelencia y a la que los mexicanos veían como un modelo a seguir. Sin embargo, todo eso no era más que una superficie que escondía una realidad mucho menos auspiciosa. Los precios superaban a los salarios y las masas no encontraban forma de progresar. El que los salarios fueran tan bajos provocaba en ocasiones que se pagara a los peones con materias primas, y en algunos lugares se les adelantaba dinero sobre su salario (Valadés, 23-24). Esto hacía que siempre estuvieran

endeudados, que no pudieran conseguir un verdadero progreso en términos económicos y que no logaran salir de su hoyo de miseria. Brushwood apunta que, a pesar de las apariencias y el deseo de modernización y progreso, el porfiriato sólo hizo que en realidad mejorara una cuarta parte de la sociedad mexicana del momento. Esa fachada de cosmopolitismo encubría una realidad en la que la diferencia entre pobres y ricos era cada vez más marcada y en la que la ayuda a los pobres era casi inexistente (253).

La economía mexicana durante el porfiriato fue uno de los aspectos más problemáticos del proceso modernizador. En primer lugar se abrieron las puertas al inversionismo extranjero, el cual empezó a controlar un sector cada vez más amplio de la economía de la nación. Esa situación funcionó durante un cierto periodo de tiempo, pero muchos inversionistas quebraron en sus propios países, lo cual afectó a México ya que la parte de la economía controlada por esos inversionistas se encontraba de repente sin la atención necesaria para su desarrollo y mantenimiento (Valadés, 17). De esta forma, la minería, que aportó mucha plata y oro, se convirtió en una riqueza fantasma, ya que la explotación minera dependía en su mayor parte del capital foráneo, incluyendo la explotación petrolífera. Unido al hecho de que en 1882 el Congreso disminuyó los gravámenes sobre la exportación de plata, esto hizo que México pudiera contar con un porcentaje mucho menor de los beneficios de la prospección minera (Valadés, 18-19). Además, la circunstancia de que el comercio estuviera controlado principalmente por compañías extranjeras provocó que los mercados locales y familiares sufrieran y se vieran abocados a vivir en la pobreza

(Valadés, 20). No sólo eso, sino que las condiciones de estas personas se vieron empeoradas debido a la falta de crédito y a que los intereses del poco crédito que había eran usureros. Las casas de empeño abusaban por su parte mediante la valoración de los materiales que se empeñaban. Toda esta situación obligó al gobierno a intervenir y crear bancos e incluso a autorizar bancos extranjeros. Así, la creación de bancos nacionales incentivó a la incipiente industria mexicana (Valadés, 21-22), aunque los resultados no fueran muy positivos en su desarrollo. Si la vida en la urbe no era todo lo avanzada que pudiera ser deseable, Beezley también explica que la vida en el campo durante el periodo porfirista estaba muy por debajo del estándar de la civilización expresado en la retórica porfirista. No tenían calefacción ni refrigeración; las casas eran generalmente pequeñas y de mala calidad, y raramente se encontraban camas. La gente poseía muy poca ropa y muy pocos utensilios de cocina que eran generalmente de piedra (Beezley, 67-71). La tecnología tampoco avanzaba en el campo, apenas tenían herramientas y no usaban las que se importaban del extranjero. Tampoco utilizaban técnicas de cultivo como el barbecho y la rotación de tierras. Por estos motivos, Beezley comenta que durante ese periodo se pensaba que la nación retrocedía en ese sentido: no existía progreso en el campo y eso provocaba que el progreso nacional también fuera más lento, y se aducían razones estereotípicas como el alcoholismo, la pereza e incluso las creencias religiosas (Beezley, 78-81).

Otro inconveniente existente en la vida en el campo derivaba de que debido a que la mayor parte de las fuentes de riqueza estaban en manos de extranjeros, el

gobierno mexicano resolvió crear una clase directora en torno a la tierra. El problema era que el gobierno era quien decidía a quién otorgar las propiedades. Con esto se logró hacer más grandes y poderosas las haciendas, y aunque los pequeños propietarios y los peones se quejaron, el gobierno no hizo nada al respecto (Valadés, 41). Eso sí, el gobierno tuvo que actuar y ofrecer tierras a los campesinos pobres cuando éstos se levantaron en revueltas rurales. Además, se subastaron tierras de baldío, pero los campesinos pobres no contaban con posibles para competir y comprarlas, con lo que los grandes empresarios hicieron negocio, engrandeciendo aún más la institución de la hacienda (Valadés, 42-45).

La realidad de la vida diaria en México tampoco era muy halagüeña. Moisés González Navarro en El porfiriato. La vida social explica que el Distrito Federal era una de las ciudades más insalubres del mundo, llena de suciedad y en unas condiciones higiénicas absolutamente indignas de una nación que pretendía subirse al carro del “orden y progreso” (97). También apunta que la población se quejaba de que el gobierno gastara más fondos en cuidar de las zonas ricas como el Jockey Club o el Paseo de la Reforma que en encargarse de que el resto de los habitantes tuviera una calidad de vida digna (98).

Ideológicamente, la base filosófica del porfiriato está en el positivismo, que los intelectuales mexicanos reciben del filósofo francés Auguste Comte y adaptan a sus propias circunstancias, como explica Leopoldo Zea en El positivismo y la circunstancia mexicana: “El Porfirismo fue la forma de gobierno aceptada por la burguesía mexicana; la ideología que lo sostuvo y justificó fue tomada del

positivismo. El ideal de orden de los positivistas mexicanos fue el ideal de paz sostenido por el régimen porfirista” (237). Una vez más, la influencia de las ideas que tienen su raíz en Europa está presente en el pensamiento mexicano. Dicho movimiento europeizante aboga por la aplicación de un método experimental para alcanzar un resultado satisfactorio, rechazando lo obtenido a priori y sin método. El mismo lema porfirista “orden y progreso” tiene su origen en el positivismo, que, según indica Leopoldo Zea, fue introducido en México por Gabino Barreda, quien trabajó para el régimen juarista como reformador de la educación y cuyas ideas se extendieron durante el porfirismo a través de sus discípulos. Para Barreda, una nación moderna y progresista debía estar basada en el orden, y ese orden, tanto en la esfera social como en la política, debía venir del orden de las conciencias. Para que éste existiera, todos los mexicanos habían de compartir un mismo fondo de verdades; de ahí la importancia que el positivismo ponía en una educación uniformizada que hiciera desaparecer la anarquía y el caos y de la que se hablará más adelante en este análisis.

Así, los jóvenes educados bajo este pensamiento en los años precedentes al porfiriato fueron los que luego gobernaron la sociedad durante el régimen de Díaz a todos los niveles: administrativo, económico, político, social y cultural. La influencia de las ideas del positivismo también explica que la clase media fuera a tener tanta importancia. Zea expone que fue la burguesía la que iba a preocuparse de mantener su posición durante el porfirismo a través de la ideología positivista y sus premisas en cuanto a la riqueza y al trabajo, de las que también se hará mención más adelante.

En ese contexto mexicano de finales del siglo XIX aparece Suprema ley, en la que Federico Gamboa ofrece su perspectiva sobre cómo eran las clases medias bajas del porfirismo. Parcialmente relacionado con el tema de las clases sociales, Julio Guerrero publicó en 1901 su famoso estudio psico-social La génesis del crimen en México, donde discute diferentes aspectos de la sociedad porfiriana. En él, no sólo reconoce la obvia existencia de clases sociales, sino que además rechaza la división tradicional entre pueblo, clase media y aristocracia para ofrecer una división propia basada en la vida privada y el comportamiento sexual. Para Guerrero, hay una primera división caracterizada por la promiscuidad; una segunda en la que se da la poliandria y la eliminación de la patria potestad; una tercera que incluye la poligamia y los celos matrimoniales; y por último, una basada en la monogamia y los matrimonios duraderos. Según esta caracterización, Julio Ortegual pertenece a la tercera clase ofrecida por Guerrero. El mismo Guerrero dice que los componentes de esta tercera clase serían "artesanos, gendarmes, empleados inferiores del comercio y oficinas públicas, escribientes, subalternos del ejército, etcétera" (140). El hecho de que Julio sea escribiente de un juzgado refuerza su pertenencia a esta clase social, máxime cuando otras de sus características son la falta de fidelidad en los hombres - ampliamente demostrada por Julio-, la castidad de las mujeres -de la que su esposa Carmen hace gala-, pero sobre todo el hecho de que "afroitan todas las responsabilidades que implica la formación y sostenimiento de una familia" (140). Con esto, Guerrero ofrece uno de los núcleos principales de la sociedad moderna y la formación de la clase media: la familia; aunque es importante notar que Guerrero no

sólo está describiendo los diferentes grupos sociales, sino que a través de dicha descripción también los está construyendo, igual que hace Gamboa, para sus propios propósitos.

Pero Julio Guerrero no es el único que clasifica las clases sociales. El sociólogo mexicano José Iturriaga en su estudio La estructura social y cultural de México, siguiendo a Jorge Simmel, utiliza dos factores para la división de las clases medias¹. Primero, el origen de sus ingresos, según el cual habría una clase media independiente "compuesta de pequeños industriales, pequeños comerciantes, pequeños agricultores y parcialmente de profesionales" (60); y clase media dependiente "formada por empleados mercantiles, por algunos sectores de obreros calificados, por empleados y funcionarios de la gran industria, por empleados y funcionarios de la administración pública y de la banca, y por profesionales técnicos" (60). Iturriaga nombra el volumen de ingresos como segundo factor, según el cual habría clases acomodada, mediana y pobre. Julio Ortegá, por su empleo de escribiente judicial y por su salario, entraría en la categoría de clase media dependiente pobre.

Sea cual sea la clasificación que se sigue, y como apunta Guerrero, la familia es un factor decisivo. En el texto de Gamboa, el concepto de la familia se convierte en un elemento central de la trama en tanto que el autor lo utiliza para la presentación de las diferentes clases sociales. Esto se consigue mediante la yuxtaposición de las

¹ Iturriaga escribe su texto en 1951, con lo que no es contemporáneo de Guerrero o Gamboa, pero explica la idiosincrasia de la clase media en México en su momento, y esa clase media es la que resulta del desarrollo de la clase media del porfirismo.

diferentes familias que aparecen en el texto, como la de los Ortegals, la de Agustín Granada, padre de Clotilde, y la de Don Eustaquio, el jefe del hijo mayor de los Ortegals, Julito.

A ese respecto, y como ejemplo de cómo era la existencia de una familia de clase media baja, es característica la descripción de la vida y la casa familiar de Julio Ortegals antes de casarse: "la casita, amueblada con las economías del padre -cuatro piezas interiores en inmensa casa de vecindad-, ofrecía detalles reveladores de toda una existencia de economía y orden" (231). Es una casa que pretende ser más de lo que en realidad es: una casa mediocre de clase media. La misma forma de hacer economía muestra la pertenencia de la familia a la clase media baja, como sucede con la explicación de los acontecimientos posteriores a la muerte del padre de Julio: "Los gastos de la enfermedad, los del entierro, y la disminución en las entradas, dieron al traste con las economías; principió un lento desnivel. Gracias a que la señora hacía prodigios con un peso, lograron conjurar la tormenta sin sacrificar casi nada, exceptuando el infeliz espejo que paró en un montepío" (232). Han de empeñar objetos para poder seguir manteniendo las apariencias de decencia y de buen vivir. Y mientras que anteriormente había dos sueldos en la casa y podrían haber ascendido en la escala social, ahora sólo hay uno y el poder adquisitivo es sensiblemente inferior, con lo que se convierte en casi imposible salir de la clase media baja a la que se ven condenados.

Por otro lado, Gamboa describe la casa de los Ortegals con las palabras "economía y orden", que recuerdan el famoso lema porfirista. Sin embargo, bajo esa

fachada de orden, aparece una realidad más cruda, en la que la familia apenas puede mantenerse y han de empeñar objetos para poder seguir adelante. Es posible leer la descripción de la familia Ortegal a un nivel alegórico como una transcripción de la realidad porfiriana: bajo la capa de “orden y progreso” existe una capa de miseria, una capa en la que hay una clase media que ha de vender lo que tiene en casa para poder sobrevivir, y aún así el progreso es prácticamente inexistente, como se verá más adelante con la descripción de la vida de Julio Ortegal y lo que heredó de sus padres. Precisamente vender lo que había en casa fue lo que hizo Porfirio Díaz con la nación, dejando que los inversionistas extranjeros se apoderaran del comercio, de la minería e incluso de las mentes de los ciudadanos en términos de estilos de vida, tal como se mencionó con anterioridad. Pero, al igual que ocurre con la familia de Julio Ortegal, esa circunstancia no hizo que México conociera el progreso que tanto deseaban, ya que en realidad sólo unos pocos se beneficiaron de la extranjerización nacional.

Pero el hecho de que Julio pertenezca a esa clase también está relacionado con sus propias aspiraciones y deseos. Julio no sólo proviene de un ambiente de clase media, sino que también tiene aspiraciones de clase media, aspira a reproducir las condiciones de producción que lo produjeron a él: “Anhelaba otra cosa: su casita muy limpia y muy alegre, con flores y sol en el corredor; visillos tejidos de gancho en las vidrieras, y una mujer buena, sufrida, a las derechas, que le obsequiara con un puñado de hijos, en los muchos años que de ventura conyugal se recetaba” (233). Sus deseos de futuro también son producto y causa de su pertenencia a la clase media baja.

Proviene de ese ambiente, en ese ambiente quiere desarrollar su vida y en ese ambiente es donde termina. Este fenómeno viene explicado por Louis Althusser, quien distingue entre “ideological state apparatuses” y “repressive state apparatuses,” siendo la diferencia entre ambos el nivel de violencia utilizado en cada caso. Así, explica que entre los aparatos ideológicos se encuentran la iglesia, la literatura y los medios de masas, y, sobre todo, la unidad familiar como medio de promover e instaurar una cierta ideología que los miembros de la familia adquieren y desarrollan. De este modo, en Suprema ley el núcleo familiar, primero en el caso de Julio y luego en el de su hijo mayor, es vehículo para la transmisión de la psicología y los deseos de clase.

Como perteneciente a la clase media baja, la familia Ortegal aparece yuxtapuesta a la familia de Agustín Granada, los padres de Clotilde. Uno de los factores de pertenencia a un estrato más o menos alto de la clase media es, como explica el influyente historiador británico Eric Hobsbawm en The Age of Empire, un estilo de vida burgués, y, siguiendo las palabras de William James proporcionadas por Hobsbawm, las posesiones y la capacidad de consumo (165). Los padres de Clotilde pueden permitirse enviar a su hija, a través de Julio, ochenta pesos mensuales, que es más de lo que gana el propio Julio con su trabajo en el juzgado. Por el contrario, la familia Ortegal se ve obligada a realizar un tipo de economía de asignación: "Los veinticuatro pesos y el pico de centavos, pronto quedaban distribuidos; éste para el gasto diario; éste para renta de casa o más bien dicho, para un abono a cuenta de aquélla, con la que llevaba siglos de no estar al corriente; y éste para zapatos" (372).

La familia ha de distribuir el dinero para que así alcance a todo y se vayan cubriendo los gastos familiares necesarios.

Esta comparación entre el dinero de Julio y el de Clotilde cobra importancia a la hora de situarlos en la sociedad si se tienen en cuenta los diferentes salarios de la época en México. Así, José Valadés apunta: “Un estudiante vivía con veintidós pesos mensuales. El escribiente de primera, en los ministerios, ganaba setenta y siete pesos al mes; el meritorio veinte” (101). Julio apenas supera lo que necesita un estudiante para sobrevivir, pero él tiene que mantener a una familia numerosa, con lo que la imposibilidad de desarrollo viene de nuevo dada por dos lados: por un lado se encuentra ante la imposibilidad de salir del agujero de clase media baja en el que se halla, y por otro también existe la imposibilidad de prosperar en cuanto a la modernización y el desarrollo, ya que la primera impide la segunda. Esto significa que Julio tiene que vivir su vida más como un superviviente que como un triunfador. Con su salario apenas pueden pasar el mes, por lo tanto nunca le será posible alcanzar un margen suficiente de dinero para poder llevar a cabo un auténtico progreso. Por otro lado, como apunta González Navarro, a finales del siglo XIX hay en México un desajuste entre salarios y precios, y esto hace que los que más sufran sean las clases medias, ya que éstas son las que más gastan (388). Ese gasto extremo es debido a su afán de aparentar para parecerse a las clases superiores, fenómeno que también se da en Julio Ortegá como se verá más adelante.

Además, cuando se describe la vida de Clotilde antes de fugarse con Alberto, su amante suicida, la vida de su familia resulta absolutamente burguesa, al menos un

paso por delante de la familia de Julio Ortegá. Sólo tienen una hija, pueden contratar a varios criados, y la decoración de su casa es más acomodada que la de los Ortegá, con alfombras y cojines que no tienen que empeñar. No así la familia de Julio, cuya esposa se las ve y se las desea para poder pasar con lo que tienen: "un cargador con semillas o con azúcar o con petróleo, lo que en manos de la hacendosa Carmen significaba trascendente economía" (301). Se trata por tanto de dos familias muy diferentes, una más desahogada y otra que tiene que hacer milagros para no hundirse.

La comparación de la familia Ortegá con familias pertenecientes a un estrato superior se puede revertir para equipararlos a otros núcleos familiares situados por debajo de ellos. Así, en el camino de vuelta del cementerio, tras la visita a la tumba del amante de Clotilde, se encuentran en el tranvía con una familia de obreros que también regresa de un funeral. Cuando uno de ellos les ofrece pulque, "las señoras rehusaron, sofocadas por la ordinariez, y Julio en obvio de susceptibilidades y de insistencias, se puso en pie" (311). El pulque era considerado en esa época como una bebida de clase baja, con lo que la consideración de con qué clase se asocia cada bebida también es un factor a la hora del rechazo del pulque por parte de las damas, ya que prefieren no confraternizar ni tomar una bebida claramente inferior. Con esto se demuestra que la conciencia de clase funciona también hacia abajo, es decir, se dan cuenta de que son superiores a esa otra familia, y por eso se sienten ofendidas por el ofrecimiento del pulque. De hecho, el único motivo por el que Julio sí lo acepta es para no herir susceptibilidades. Esto pone de manifiesto el fenómeno que identifica Donald Schmidt, quien afirma que la conciencia de clase se manifiesta en tanto que se

muestra desprecio por las clases inferiores y existe muy poco espíritu igualitario. En este caso, Clotilde y Carmen representan esa actitud despreciativa. A pesar de todo, van a comer a "una rústica fonda [. . .] de malos manjares" (311), con lo que se vuelve a enfatizar que las apariencias y la conciencia de pertenencia a uno u otro grupo tiene una gran influencia en la misma pertenencia, aunque luego se haya de recurrir a lo más barato para poder seguir adelante.

La institución de la familia no sólo aparece con la comparación entre familias, sino que también se ofrece la importancia del número de hijos. Un dato a primera vista tan nimio como ese también era marcador de clase. Los Ortegal son un magnífico ejemplo, ya que con su numerosa prole colaboran a "aumentar en los lechos prolíficos de la miseria los nutridos ejércitos de desgraciados" (233). Es éste uno de los problemas que el mismo Porfirio Díaz se encarga de criticar, como explica el sociólogo mexicano Gabriel Careaga en Mitos y fantasías de la clase media en México, cuando dice que las clases medias solían "casarse muy jóvenes y tener hijos a pasto" (60), algo perfectamente aplicable a Julio y Carmen. Además, según la Dirección General de Estadística en 1887 se registraron 12.271 nacimientos nacionales, mientras que en 1895 el registro fue de 217.288. Esta explosión en el número de nacimientos debió convertirse en una auténtica losa para familias como la de los Ortegal, que se encontraron con más de lo que se podían encargar.

Como se verá en el capítulo 3, este fenómeno también aparece en Fortunata y Jacinta (1885) de Benito Pérez Galdós, en la que encontramos que Jacinta tiene un gran número de hermanas, y eso les impide el progreso. Con esto se puede ver que el

problema de la numerosa prole no sólo era mexicano, sino que también en Europa ocurría.

Asimismo, el guarda nocturno con el que Julio habla casi al final de su vida le dice: "¿No ve usted que soy pobre? ¿Cómo no había de tener hijos?. . . tengo tres" (451). Por el contrario, las familias mejor situadas como la de los Granada o la de Don Eustaquio tienen sólo un vástago. Con esto se puede concluir que cuanto más alto es el status, menos hijos se tienen, convirtiendo al número de niños en marcador de clase. Este fenómeno puede ser en parte debido a que una diferencia entre la clase media baja y la clase alta era el hecho de que la clase alta podía permitirse tener amantes. La mujer funcionaba como madre y administradora y una vez que las familias de clase alta tenían uno o dos hijos, el padre solía buscar una amante de la cual sacaba su satisfacción sexual y a la que además podía mantener; es el fenómeno conocido como "la casa chica"². Por otro lado, una familia de clase media baja como la de los Ortegales no posee la misma capacidad de consumo y el padre no puede permitirse mantener a una amante, con lo que las relaciones sexuales de dichos matrimonios eran más numerosas y el resultado es un número más elevado de hijos, que hace que necesiten más dinero para mantenerlos y por tanto se dé un estancamiento en el progreso económico. Julio Ortegales sí encuentra una amante aunque no pueda permitírsela y eso le lleva a la ruina física, moral y económica.

² Se pueden encontrar referencias a "la casa chica" en el artículo de Berta Hiriart publicado en la revista Fem, y en el cuento "La casa chica" de Ana Consuelo Matiella, aunque en ambos casos se trata de textos más emotivos que analíticos.

Con esto, el texto equipara dos tipos de deseo: el sexual y el de ascenso social; es decir, Julio quiere una amante para ser como los hombres de clase alta. Esta idea tiene varias repercusiones. Por un lado, la mujer se convierte en un elemento de movilidad social, ya que la conquista sexual también significa conquista social. En este caso, el hecho de que un hombre tenga un amante significa que puede permitirse tenerla, es decir, su potencial social y económico es importante. Aunque eso en realidad no sea verdad, como ocurre en la situación de Julio y Clotilde, la apariencia de que sí lo es, tan importante en el porfiriato, es suficiente para que se considere un elemento primordial. Al mismo tiempo, el hecho de que la masculinidad se construya por medio de las conquistas sexuales implica que en esta sociedad pretendidamente moderna, no ha cambiado mucho el pensamiento popular en cuanto al papel de los géneros, siguen estancados en una idea de sociedad patriarcal en la que el hombre puede hacer y poseer a quien quiera, mientras que la mujer debe ser sólo receptora (y a veces dadora) del honor y del nivel social de los hombres. Así, la sociedad porfirista que promueve el discurso de la modernidad y la consecución del progreso, se encuentra una vez más en un punto muerto, ya que la decencia que viene con la civilización y el progreso y al mismo tiempo es precedente de ambos desaparece con la promiscuidad sexual que la psique masculina necesita para estar segura y para hacer ver que se es importante.

La familia, como núcleo de la sociedad burguesa, también participa de la movilidad social, mostrando de esa forma que la movilidad es posible dentro del sistema. El intelectual mexicano Carlos Monsiváis explica que “en el medio

mexicano, se puede vencer y subir y hacerlo es una virtud definitiva” (168), fenómeno también presente en la novela. Cuando a finales de la novela Julio va a visitar a su propia familia en casa de Don Eustaquio, los observa desde afuera a través de la ventana: "Julio observó un cambio radical en su familia; los muchachos, colorados, con aspecto de mejor salud, gordos y fuertes" (460). La ausencia de Julio como padre de familia crea cierta desintegración, pero la familia es el núcleo de la clase media y por tanto encuentra una forma de regenerarse. En este caso, se encuentra un proveedor sustituto que hace que la familia Ortegale suba de nivel, lo cual se nota en su físico. Por el contrario, Julio Ortegale es el provocador de la desintegración familiar, es el que se aleja de ese núcleo, y por consiguiente su físico degenera gradualmente hasta su muerte³. En relación con esto, Donald Schmidt apunta que en ocasiones los problemas de los protagonistas no vienen de la posición de clase, sino “when they fall victim, through personal weakness, to universal drives” (46). Sin embargo, en esta ocasión parece que tiene más sentido apoyar la idea de John Brushwood de que “the force that leads to [Ortegale’s] destruction is not the power of love [. . .] but his deep need to stand out from the mediocrity in which he exists” (1978, 41). Lo que le cuesta la familia y la vida no es sólo el amor, sino el hecho de que su propia conciencia de clase le haga abandonar a su esposa e hijos, aunque el deseo de ascenso, presente en la escena de la ventana, siga patente. La implicación aquí es que el amor es sólo un elemento tangencial de la caída de Julio

³ La enfermedad de Julio Ortegale también puede verse como un trasunto de la degeneración de la sociedad. Incluso pensadores positivistas como Manuel Ramos comparan la biología con la sociología, y ya que la biología estudia al individuo y sus organismos, la sociología estudia la sociedad y su funcionamiento.

Ortegal, aunque sí tenga influencia en sus deseos. Es decir, Julio desea una relación sexual y romántica con Clotilde, pero eso indica que el deseo sexual es en realidad un trasunto del deseo de ascenso social. Julio está descontento con su familia y con la mediocridad de su vida, por tanto aspira a algo mejor. Esa mejora le viene ofrecida por la presencia y la relación con Clotilde. Como se dijo anteriormente, el deseo amoroso acarrea un deseo de ascenso social y de salida de su clase que al final no consigue.

Como queda dicho, la comparación con otras familias ayuda a situar mejor la clase media baja. Sin embargo, aparecen otras comparaciones en el texto que ayudan a realizar una función semejante de definición de clase y de situar a los diversos personajes en una clase u otra. Así, la descripción que Gamboa hace de los empleados del juzgado y compañeros de Julio llama la atención por cuanto ejemplifica una situación de creciente importancia en el periodo porfirista:

[. . .] eran jóvenes todos, todos condiscípulos e hijos de la nueva escuela y de la nueva generación; llenos de sangre sana y de ideas progresistas; más preocupados de la ciencia moderna que de las rutinas y los procedimientos de antaño. Formaban parte de esa pléyade de refresco, ilustrada y guerrera, que poco a poco va posesionándose de empleos, profesiones y cargos en el país entero, y lo galvanizan y engrandecen como por efecto de una transición lenta y fatal. (229)

Se trata de un fenómeno muy común en la época. Cada vez iban apareciendo más y más jóvenes con cierta educación que ocupaban puestos administrativos o

burocráticos y que empezaban a conformar ese estrato social medio bajo, conocido como el “medio pelo”. Moisés González Navarro apunta que esto ocurre con regularidad en la clase media. Explica que dicha clase social se hizo burócrata y comenzó a trabajar cada vez más en puestos gubernamentales (388-89). Los compañeros del juzgado de Julio Ortegual son representantes de esa tendencia a adoptar trabajos burocráticos, lo cual ayuda a crear una clase social media que poco a poco se homogeneiza más y que en realidad no puede salir de donde se encuentra.

Además, estos “hijos de la nueva escuela” son también representantes de las nuevas corrientes progresistas. Trabajan en el juzgado y son los que apoyan el avance de las nuevas ciencias. En este caso el progreso se presenta en la forma de avances científicos forenses opuestos a los “procedimientos de antaño”. La lectura de este grupo con respecto a la sociedad porfirista se puede hacer por cuanto representarían a los “científicos”, el grupo de políticos que ayudó a Díaz, según Brushwood, a darle a México “las apariencias de una nación moderna” (252), aunque bajo las apariencias la realidad fuera diferente. De la misma forma, los trabajadores del juzgado se encuentran atrapados en una realidad social de falta de progreso, estancados en su estrato medio bajo, mientras que en el exterior se proyecta la imagen de modernidad científica.

Como parte de su crítica al sistema educativo y laboral, Gamboa ofrece el cuadro de la cena a la que asisten todos los empleados del juzgado una vez al año en honor de uno de los jueces retirados. La colocación física de los comensales es sintomática, y tiene una lectura metafórica sobre la situación social de cada uno:

"Presidían los cuatro jueces; a sus lados y según categorías, los agentes, defensores y médicos; en seguida los secretarios, y los restantes donde pudieron" (317). La ordenación es representativa de su categoría y del sueldo que ganan, y por tanto de la clase social a la que pertenecen, dejando bien claro que la sociedad sí divide y que sí importa el nivel que cada individuo ostenta.

La sociedad mexicana es clasista, y esa es una idea que los discípulos positivistas de Barreda, el introductor del positivismo en México, se encargan de enfatizar. Así, uno de esos discípulos, Macedo, pensaba que la sociedad estaba dividida en seres superiores e inferiores y se diferenciaban en cualidades que los primeros poseen y los segundos no. Los ricos son superiores a los pobres porque poseen la riqueza, y esa riqueza puede ser usada para el bien general. El pobre no tiene riqueza y no puede preocuparse sino de su presente y no del porvenir general. Además, el que el rico tenga el capital material también significa que es poseedor del caudal moral y eso también le hace superior. El ocio del que dispone le permite al rico preocuparse del porvenir propio y del de los demás, lo cual posibilitaría el progreso general para llegar a la tan deseada modernidad (Zea, 220-24). Aunque Zea critique a Macedo por esta actitud clasista, también se puede entrever otra implicación. Esto significaría que el deseo de ascensión social mencionado anteriormente también acarrea la responsabilidad de preocuparse por el progreso general. Pero como Suprema ley se encarga de demostrar, la subida es raramente posible y por tanto la preocupación por el progreso se ve estancada y nunca se alcanza dicha modernidad. Además, el idealismo del concepto positivista de la

preocupación del rico hacia el pobre también se ve coartado, ya que no tuvo un correlato en la realidad y los ricos sólo se preocupaban de sí mismos.

Pero quizá lo más sintomático de este banquete es el brindis que uno de los jueces tiene intención de hacer pero que se queda en nada por su borrachera:

Del grupo de los jueces se levantó el más caracterizado, con intenciones de hablar, de decir un brindis en obsequio de la administración que los mantenía a todos y a todos dispensaba sus vicios, sus defectos, su obligatorio cumplimiento de la llevadera labor; todas las máculas de esa categoría social que se llama "empleados" y que es en su gran mayoría y en el mundo entero, el desecho de la escuela, el desecho de la industria, el desecho del comercio, el peor de los desechos porque es el que llega con más pasiones y más apetitos a ocupar un asiento en la tragigrotesca francachela de la vida. (318-19)

Gamboa caracteriza a la clase media baja colocándola en una posición de desecho. No se consideran las clases como resultado del progreso y de la industria, sino que se piensa en ellas como un efecto secundario que afea al resto. Esto también pone de manifiesto que la clase de los empleados, a la que pertenece Julio Ortegá, ya va teniendo más y más importancia en la sociedad, al menos numéricamente, con lo que es de entender el hecho de que los pertenecientes a las clases más privilegiadas empiecen a sentirse amenazados por su avance y sientan la necesidad de menospreciarlas. Sin embargo, el discurso no es pronunciado y es la borrachera lo que lo impide. Esto es una crítica hacia uno de los vicios que más problemas daban

durante el porfiriato: el alcoholismo. El embrutecimiento de esta escena se convierte en un fuerte rechazo de esa lacra social que impide, en este caso de forma física, que la gente pueda incluso hablar. Eso supone un atraso en el tan ansiado progreso. El alcohol no deja que la gente sea productiva, y por tanto que el país conozca el progreso. El hecho de que ocurra dentro de un grupo social medio indica que no es un problema sólo de las masas empobrecidas, sino de toda la población, y debe ser erradicado para que exista el proceso modernizador y el avance nacional.

Jaime González Pérez explica que el alcoholismo era considerado por la gente como una solución a la realidad opresiva en la que vivían, y se consumía a raíz de las excusas más nimias, como pudiera ser el abandono de una novia (253). Es posible pensar que es precisamente eso lo que motiva a Julio Ortegá y a sus compañeros de juzgado a consumir alcohol de forma compulsiva y desmedida. Beben ya que para ellos el alcohol se convierte en un paliativo a su realidad opresiva y a su futuro incierto. El problema que esto provoca es que, como se ha mencionado, la bebida crea un círculo vicioso del que es casi imposible salir y que impide el progreso individual, y por tanto el general, debido al mismo embrutecimiento que el alcohol produce. Pérez también comenta que el porfirismo tenía dos formas de pensar en el alcoholismo. En primer lugar se veía el alcoholismo como un problema individual que no tenía ninguna relación con el medio en el que se desarrollaba el individuo. Por lo tanto, era tarea del individuo el enfrentarse al problema para poder erradicarlo. En segundo lugar, cuando los “científicos” se dieron cuenta del gran negocio que el pulque suponía y los grandes beneficios que podían salir de él, decidieron que el

alcohol no era nocivo, para pasar a ser incluso sano, aunque especificaran que se había de consumir con moderación. Hasta se llegaron a escribir informes al respecto y se creó una “aristocracia pulquera” (253). El hecho tan contradictorio de que se critique una acción y al mismo tiempo se promueva su uso, como ocurre en este caso con el alcohol, es un síntoma que indica que la sociedad mexicana avanzaba de forma muy lenta, ya que los mensajes opuestos también impedían que la población tuviera una idea clara de hacia dónde se dirigía la nación. De esa forma, el consumo de alcohol por parte del juez, alguien en una posición que requiere sobriedad, aparece también como una crítica a la promoción del consumo que llevaron a cabo los “científicos”.

Pablo Piccato por su parte, también ofrece algunas de las formas en las que el porfirismo veía el problema del alcoholismo. Así, aunque reconoce que estos puntos de vista no estaban concretizados y contrastados, indica la necesidad de beber alcohol en un lugar en el que la dieta era picante y en el que el agua era escasa y muchas veces sucia, aunque tampoco explica si el problema del agua era algo a lo que se enfrentaban las clases medias o sólo las clases bajas. Apunta que se criticaba el hecho de que los carros de bueyes que transportaban el pulque hasta el D.F. afearan el aspecto de la ciudad con sus ruedas que dañaban el adoquinado y sus barriles chorreantes. Esto es importante porque el porfirismo quería que la ciudad tuviera un aspecto moderno y progresista, y el transporte de alcohol podía constituir un obstáculo en la consecución de semejante objetivo (216-20).

Pablo Piccato también crea una conexión entre alcohol y clase social. Éste explica que las clases altas no toman alcohol debido a sus ideas de moral y decencia, pero las clases bajas, faltas de dichas decencia y moralidad, sí caían en el vicio de la bebida (211). Además, las élites debían mantener el alcohol lejos de ellas porque tenían miedo de perder su superioridad moral (215). Al representar a Julio y sus compañeros como consumidores ávidos, Gamboa crea un comentario sobre su estado social bajo. Al mismo tiempo, el episodio de la cena se convierte en un punto de convergencia de diversos elementos. Por un lado une la idea de alcoholismo y clase baja, y por otro lado pone de manifiesto el hecho de que esta clase se encuentra inmersa en una serie de vicios que le impide el progreso a sus miembros y por extensión a la nación.

La realidad era que el alcoholismo se convirtió en un problema que afectaba a toda la nación, y los números lo prueban. Piccato dice que en México D.F. a finales del siglo XIX había una tienda que vendía alcohol por cada 149 habitantes (208), y José Valadés indica lo siguiente:

De [pulque] eran introducidas (1875) en la ciudad de México cuarenta y una toneladas; poco más de cien mil, en 1883. A la magnitud de la producción pulquera había que aumentar la del mezcal. Solamente Jalisco enviaba a los mercados de la república cincuenta millones de arrobas de tal licor. (31-32)

Con estas cantidades no es difícil imaginar que el alcoholismo fuera una lacra social y causara problemas tanto de tipo criminal como en la ética de trabajo, tan necesaria en

un país en vías de construcción y que aspira a la modernidad. El gobierno intentó tomar medidas para paliar ese vicio pero, como explica Piccato, las clases bajas urbanas no tuvieron ningún problema para encontrar formas de circunvenir dichas medidas.

No hay que olvidar que, como indica Elisa Speckman Guerra, el mexicano durante el porfiriato se fijaba en Europa como modelo de comportamiento a seguir, y se regía por ese modelo basado en la moderación y el raciocinio para poder ser considerado “civilizado” (113). En ese sentido, no debería extrañar que se viera al alcoholismo como un estigma, ya que provocaba que el individuo se saliera de los moldes de moderación que se consideraban pilares de la civilización. De esa forma, el patético espectáculo que se le presenta al lector durante y después de la cena mencionada, se convierte en una crítica de la sociedad mexicana por cuanto no sólo no se alcanzaba ningún tipo de modernidad, sino que se retrocedía en el proceso y se perdían rasgos de civilización, como demuestran Julio y sus compañeros del juzgado.

Volviendo al discurso que el alcohol no deja aparecer, el hecho de que el juez no lo pronuncie también significa que ese “obsequio de la administración” queda sin producirse; es decir, no existe el halago al gobierno que los mantiene y por tanto la crítica a dicho gobierno viene dada por omisión. Bajo la crítica a este grupo de alcohólicos lo que en realidad existe es una crítica velada al mismo gobierno y a la sociedad que los ha convertido en desechos, máxime cuando el único dispuesto a alabar al gobierno es un borracho que no puede hablar.

Esta escena también muestra que el juzgado es un lugar corrupto. El porfiriato se encargó de crear un sistema policial similar al europeo, modelado según el de París; pero la corrupción continuaba existiendo en las altas esferas de la ley y el orden (Beezley, 11). Ejemplos como los de dicha cena, que representa alegóricamente a la sociedad mexicana, y el hecho de que Julio soborne a un juez para que Clotilde salga en libertad colaboran a la expresión de la crítica a la corrupción política y social que ofrece Gamboa, y demuestran que el progreso moral no se había desarrollado en México y eso provoca que alcanzar la modernidad sea tanto más difícil.

Las diferencias entre familias e individuos que Gamboa ofrece en su novela y que se han analizado arriba hacen que se dé un fenómeno de importancia en cuanto a la conciencia de clase: el de la imitación, que se instala en las mentes de los mexicanos por cuanto el régimen porfirista hacía uso de ella simulando costumbres europeas para aparentar progreso y modernidad. La existencia de diferentes estratos dentro de las clases medias es causa de que los estratos inferiores quieran aparentar un nivel superior. José Iturriaga explica este fenómeno de la siguiente manera: "a costa de grandes sacrificios algunos sectores de la clase media simulan una posición social superior y suelen imitar usos y maneras de las clases altas, sobre todo cuando éstas [. . .] han logrado elaborar prácticas que revelen refinamiento y alto rango social" (61). Así, una de las costumbres que tiene Julio Ortegale es la de llevar a pasear los domingos a la Alameda a los dos hijos que mejor se han portado. La Alameda era el lugar donde se iba de paseo los domingos, sobre todo las clases más

puddientes. Aquí también se ven las diferencias entre ambas clases, ya que Julio no puede siquiera alquilar sillas en la Alameda y ha de buscar bancos de piedra vacíos. Pero también en la Alameda se ve el deseo de mejora que tiene Julio al verse rodeado de personas pertenecientes a un nivel superior de clase media; Ortegala está "con ganas de alcanzar un sitio mejor en el festín de la vida; reconociéndose derechos a ignorados goces" (259). Es cierto, sin embargo, que la conciencia de saber donde está también le acucia: "volvería a su antigua existencia, un páramo de ambiciones y de anhelos, la que llevaba con resignación de bestia de carga" (259). De nuevo se repite ese patrón de querer y no conseguir; se tienen anhelos pero no la posibilidad ni la capacidad de llegar a alcanzar lo que se desea.

La comparación y demarcación de clases también queda presente en el paseo por la Alameda: Julio observa a sus hijos jugar con otros niños de clase más alta que tienen un carro tirado por dos borregos, y junto a los cuales "sus hijos, encaramados en el pescante, con una rienda cada cual para compartir el ensueño e inmóviles para no disgustar al propietario, parecían estatuas maltratadas y peor vestidas" (260). Uno de los marcadores de clase media -- el paseo dominical-- no puede eliminar otro marcador de clase -- la apariencia física y el vestuario. Esa comparación hace que aparezca otra tendencia de la clase media: "[Julio] les prometió algo parecido: un carrito de madera blanca y un solo borrego, más tarde, cuando mejorara de condición" (261). La familia, por tanto, se convierte en un vehículo de imitación con dos vertientes. Por un lado, en el núcleo familiar, y como explica Althusser, se reproducen las condiciones de reproducción de la ideología. Por el otro, también

desde ese eje se propaga la idea de que se va a ascender en el escalafón social. Al fin y al cabo, la familia es el núcleo del sistema social burgués y moderno, y, utilizando el paradigma althusseriano, se convierte en un espejo ideológico tanto de los deseos como de las frustraciones de sus miembros. De esta forma, la influencia de la familia se ve asimismo en los anhelos de mejora: "Después, en la imaginación siempre, se mudarían a una casa mejor, que no fuera de vecindad; se instalarían con toda clase de comodidades y con dos criadas" (374). Estos son los deseos de la imaginación de Julito, quien ya ha escuchado semejantes sueños y promesas de labios de su padre y ahora los reproduce de motu propio. La importancia de este episodio, por tanto, es que demuestra que la imitación y el deseo no sólo se dan a nivel de jerarquía social, sino que la familia, en una lectura alegórica, también encuentra las mismas presiones que la sociedad en general.

Un rasgo en común de todos esos deseos de mejora es que todos representan la posesión de elementos materiales. La clase, como decía Hobsbawm, viene reflejada en las posesiones del individuo; de ahí la necesidad de aparentar y de imitar ya mencionada. Una de las formas de aparentar más comunes es la ropa. La ropa es un marcador de clase importante, sobre todo para los que quieren aparentar más de lo que son. A ese respecto, Gabriel Careaga explica que "el comportamiento y la formación de la mentalidad autoritaria de la clase media, se expresaba a través de la moda que fue uno de sus rasgos más típicos durante el porfirismo" (60). Por eso, la percepción exterior cobra importancia, como ocurre con la forma en que Clotilde ve a Julio: "Acudir a Ortegá ni lo pensó siquiera, que el pobre mozo a la legua acusaba

una absoluta escasez de recursos" (256). Así, la importancia de la apariencia es un factor tan a tener en cuenta como la pertenencia a la clase misma, y el hecho de que Julio vaya al juzgado con la ropa remendada y sin embargo tenga un traje "de los domingos" para ir a pasear a la Alameda indica que la representación que Gamboa hace de Julio tenga el efecto de manifestar la importancia que tenían las apariencias y la moda a la hora de reflejar la clase a la que se pertenecía o deseaba pertenecer.

De nuevo vuelve a darse la dicotomía apariencia/realidad. Julio Ortegual se viste con una ropa diferente, más elegante, para aparentar su pertenencia a una clase de la que en realidad no forma parte. Como ya se ha mencionado, esto también está presente en la sociedad y el gobierno porfiristas: cubrir la realidad de la pobreza y el estancamiento con una superficie de bienestar y progreso⁴. Gamboa, con la continua repetición de dicho fenómeno, denuncia una de las lacras de su tiempo: el progreso en realidad es mínimo, y la sociedad no puede avanzar, ni de forma individual, ni en la forma de clases sociales. Con todos estos tipos de comportamiento y formas de pensar se demuestra que, desde el punto de vista de Gamboa, la clase no es interior, sino exterior, está más basada en las apariencias que en la realidad, y por tanto la movilidad se hace más posible. Además, el hecho de que la clase se pueda convertir en un simple vestido también viene a indicar que la clase no es un concepto absoluto, sino que viene definida por ciertos elementos. Entre ellos se encuentra la

4 Con esto no se quiere dar la implicación de que el propósito explícito del porfirismo era enmascarar la realidad que se encontraba bajo la superficie de modernización. Era importante para el régimen que se mantuvieran el "orden y progreso" y que todos creyeran en la llamada "pax porfiriana", y para ello era necesario muchas veces ocultar que los proyectos e ideales de modernización no se habían cumplido como se deseaba, por tanto la apariencia se convierte en un elemento de importancia, pero no un fin en sí misma.

comparación con otros grupos ya mencionada anteriormente y el hecho de que la apariencia de clase sea índice de pertenencia a una u otra; es decir, si se puede aparentar que se pertenece a una cierta clase social, entonces la percepción general es que se pertenece a ella, aunque por debajo se esconda una realidad más lúgubre. Lo mismo hace el gobierno con el país como ya se ha mencionado antes: se “viste” a la ciudad para que parezca moderna y progresista a los ojos de los turistas e inversores extranjeros. De esta forma, Gamboa se encarga de cuestionar el sistema social. Implica que las clases sociales en realidad no significan mucho, ya que pueden ser transgredidas de forma tan sencilla. Pero de esa crítica a las clases se puede inferir también una crítica a la falta de progreso nacional. Gamboa muestra, a través de Julio Ortegá, que existe una preocupación desmedida con las apariencias y el hecho de mostrar lo que no se es para esconder una realidad más oscura. La clase media es la que más aparenta. González Navarro define la clase media como los que usan su dinero para “mal comer y vestirse lo mejor posible a la parisiense” (386). Aunque no se tenga dinero se tiene que aparentar, y si se parece una nación moderna y europeísta, se es una nación moderna. Esta obsesión impide que los individuos, y por extensión la nación, presten atención a otros problemas más acuciantes como el de la economía o el esfuerzo para que el progreso sea una realidad tangible y no sólo una fachada.

La necesidad de aparentar trae consigo la lógica consecuencia de la necesidad de dinero con el que poder mantener las apariencias. La conversación entre Apolonio y el padre Otero, que son el condenado a muerte que está preso y el padre que va a

confesarlo, muestra la situación psicológica de las clases medias y cómo funciona la posible movilidad y el afán de conseguir dinero. Así, el padre Otero habla de la gente que viajaba con él en el barco: "Aquel montón de carne humana no se preocupaba sino del dinero; ese montón de desdichados, cuya mayoría no sabía leer, cuya moral corría parejas con su instrucción, y cuya miseria igualaba al océano, sólo se animaba al hablar de América" (278). La única aspiración que existe para esta gente es "América", es decir, la posibilidad de enriquecerse en el Nuevo Mundo y de esa manera ascender peldaños en la escala social. Por lo tanto, el dinero es el índice de clase en este caso. En este punto, merece la pena señalar cómo se veía a América desde Europa en el contexto de la modernidad. Así, Carlos Alonso en su influyente texto The Burden of Modernity, siguiendo a Gutiérrez Girardot, explica que América era el lugar del futuro, el lugar donde la movilidad social individual era posible, y donde la rígida estructura social peninsular se podía transgredir en favor del beneficio personal (9). La historia del padre Otero cobra importancia en el sentido de que refleja una corriente de pensamiento de la modernidad, aquella en que en América se puede ascender socialmente y ganar dinero, es decir, en la que el progreso significa clase social más alta y América es el lugar para conseguirlo, aunque luego no ocurra nunca.

Por otro lado, al explicar la vida de Apolonio en una analepsis, el narrador dice lo siguiente: "Entonces, el amor realizó su eterna y soberana cura. Viniéronle a Apolonio ráfagas de honradez, afán de trabajo, de vestir bien y ganar dinero, de ser digno de ella" (279). En este caso, la decencia, la honradez, la buena presencia y el

dinero que la consigue, se obtienen a través del trabajo, y están presentes los marcadores de clase más comunes: dinero y vestuario. No deja de ser notable que la motivación última de Apolonio sea casarse con una mujer, sentar cabeza y formar una familia. Eso repercute en la idea de que la familia es el núcleo y que se debe hacer todo lo posible para crearla y de esa forma reproducir la conciencia de clase, el deseo de mejora presente en las sociedades modernas.

Esta vez la mejora individual viene acompañada de una mejora superficial, pero también de fondo. No se trata de encubrir una realidad cruda con una superficie brillante, sino al revés. Lo primero que se cambia es el fondo: Apolonio cambia su moral, consigue un trabajo para que su superficie cambie y tenga unas apariencias de decencia y progreso que sí existen en el interior. De esta forma existe un equilibrio entre ambas esferas. Esto puede representar el deseo de que la nación crezca en esa dirección: el avance social es posible y real a través del esfuerzo personal y la honradez. Sin embargo, Apolonio acaba siendo ejecutado, con lo que la lectura que se extrae de este episodio es que ese tipo de avance social no es posible, y los que lo intentan acaban muriendo en el intento, el progreso tanto social como nacional no es posible. La vida y muerte de Apolonio se convierten en ejemplo y crítica de lo que debería ser la sociedad mexicana porfirista si en realidad quería alcanzar algún tipo de modernidad. Por un lado, la vida de Apolonio puesta como paralelo a la sociedad refleja lo que dicha sociedad debería preocuparse por conseguir: cambiar su fondo moral, realizar una conversión desde adentro para que de ese modo centrífugo se logre que toda la nación crezca y avance hacia la modernidad en todos los aspectos,

igual que hace Apolonio con la familia, el trabajo, etc. Por otro lado, la muerte de Apolonio también es una metáfora de la muerte de ese tipo de pensamiento, de la idea de que la corrección moral y la intención personal de mejora van a hacer que el grupo entero mejore. De esta forma, Gamboa sitúa en el mismo personaje una crítica a la auténtica situación del país y al mismo tiempo las pautas de comportamiento que se deberían seguir.

Con relación a la importancia que se pone en el dinero y de la que Apolonio hace gala, Julio incluso se cuestiona lo siguiente: “¿Dónde diantres fui a figurarme yo que una mujer como Clotilde podía querer nunca a un hombre como yo?. . . ¿Qué ofrezco?. . . una friolera: amor ilegal, mujer legítima, varios hijos y más pobreza. ¿Con qué pago un arrendamiento de casa, la necesidad más urgente, el capricho más barato?” (336). No son sólo la mujer y los hijos y el dilema moral lo que preocupa a Julio, sino también que él no sea de la clase adecuada, que sea inferior a Clotilde y que no sea capaz de mantenerla como querida. Quizá ese sea uno de los motivos por los que su relación está destinada al fracaso, lo cual, como explica Ramos Escandón, también ocurría en otras novelas⁵.

El dinero al que aspiran estos personajes para mantener las apariencias no aparece por arte de magia. Eric Hobsbawm explica que las clases medias más altas podían vivir de rentas, pero ese no es el caso de las clases medias bajas. Otro de los marcadores de clase es el trabajo que ostenta el individuo. Gabriel Careaga apunta

⁵ Ramos Escandón menciona otras novelas como *La parcela* (1898) de Portillo y Rojas, y *La calandria* (1890) de Rafael Delgado, en las que el romance se ve condenado por la diferencia en la clase social de los amantes.

que “los hombres respetables tenían que poseer educación y una profesión. Esto les daría la posibilidad de sentirse seguros en la sociedad y al mismo tiempo iban a ser el apoyo social del porfirismo” (58). Esta tendencia es ejemplificada no sólo por Apolonio, sino también por Julito, el hijo mayor de los Ortegals, quien decide entrar en el mundo laboral en parte como consecuencia de la necesidad de mantener ciertas apariencias que su madre intentaba mantener cosiendo por la noche. Esto da origen a una serie de disquisiciones sobre el trabajo, como las siguientes palabras de Julio: "El hombre debe habituarse al trabajo, porque del trabajo está llamado a vivir" (376). Esta idea, representativa de la clase media baja, es importante por cuanto la diferencia de la burguesía alta, la cual vive de rentas e intereses, y de la aristocracia, para la que el trabajo manual es poco menos que impensable. Se trata de un modelo nuevo de sociedad en el que el hombre conoce su posición y comprende que la única forma de mantenerla o de mejorarla es su propio trabajo. Julio accede a que su hijo trabaje, aunque "su ideal consistiera en dar a sus hijos todos una profesión científica" (377). Julio es consciente de que no se va a mejorar la situación con cualquier trabajo, es necesario tener un empleo con futuro, acorde con los tiempos modernos y que vaya a suponer un cambio para mejor en su status. Esta idea enlaza con la mencionada anteriormente de que el avance tecnológico y científico también supone un avance en el bienestar social individual y colectivo. Julio Ortegals desea que su hijo tenga una “profesión científica” porque ésta le va a proporcionar un ascenso en la vertiente social. Una vez más, progreso como ciencia también significa progreso como avance

social, y es la unión de ambas la que posibilita que la nación como un todo global se desarrolle y modernice.

El concepto del trabajo durante el porfiriato se encuentra influenciado asimismo por las ideas positivistas que impregnaban el periodo. Así, Zea explica que el positivismo aplica las teorías de Mora, quien escribe en 1837. Para este pensador el estado debía ser guardián del orden público para que se alcanzara la modernidad, y no de los intereses individuales. De esta forma, la burocracia y la empleomanía no eran positivas porque promovían el énfasis en lo individual y no en lo público, las personas dependían de lo que les pagaba el estado y no del esfuerzo personal que colaborara en el progreso general. Como solución a ese problema se abogaba por la industria. El esfuerzo personal e industrial hacía que se dependiera de ese esfuerzo y por tanto el estado pudiera centrarse en el interés general y no en el individual (111-14). De esta forma, y según el pensamiento positivista, el avance que se ve entre Julio Ortegala y su hijo Julito es que Julio trabaja para el estado y Julito ha entrado en el mundo industrial. Eso significa que lo que hace Julio no ayuda al avance general y lo que hace Julito sí, por cuanto su propio interés y progreso dependen de su esfuerzo y capacidad industrial, por lo que esa industria promueve el avance general ya que todos querrán trabajar para mejorar su situación. El trabajo de Julio, por otro lado, provoca una situación de estancamiento por cuanto el estado se encarga de él y no tiene ninguna motivación para mejorar en ese sentido.

El conseguir un trabajo de garantías está muchas veces sujeto a la educación, como se demuestra a lo largo de la novela. Así, Berón, uno de los compañeros de

trabajo de Julio, dice que "lo único que hay que exigir, lo mismo a los padres adinerados que a los que mueren sin recursos, es que leguen o intenten legar instrucción, ciencia, ciencia que es mil veces más moralizadora que el dinero" (365). Estas palabras son representativas de la tendencia educacional que explica Gabriel Careaga: "Por eso es fundamental la educación, por eso la escuela preparatoria y la universidad tienen una misión importante: la de introducir en esta clase media, la necesidad de prepararse a vivir como ciudadanos y a convivir" (59). La educación es lo que provee la base moral y las aspiraciones de ascenso necesarias para que se dé la movilidad social y se intente valorar más la propia conciencia de clase. Althusser categoriza la escuela dentro de sus aparatos ideológicos como otro vehículo de reproducción de conciencia de clase. Y aunque la educación no es inherente *ab ovo* a ninguna clase particular, sí es lo que se debería proporcionar a todas. Además, según Eric Hobsbawm, la educación tenía más importancia para los que aspiraban a llegar arriba que para los que ya habían llegado. Esto significa que la educación sí era un medio importante de movilidad social. La educación también tiene importancia como elemento de progreso nacional, no sólo de ascenso social. En el contexto latinoamericano, la educación sería el elemento que incorporaría la barbarie al progreso y la modernidad. Por tanto, la educación en la que tanto énfasis se pone en Suprema ley tiene una doble vertiente cuyos brazos se entrecruzan: por un lado una vertiente de ascenso social individual y por otro una de progreso nacional, y es la primera la que posibilita que la segunda pueda ocurrir.

La educación fue definitivamente un factor social de importancia durante el porfiriato, y eso queda demostrado por la cantidad de congresos que se llevaron a cabo en los años que Díaz se mantuvo en el poder. Mílada Bazant en su estudio Historia de la educación durante el porfiriato afirma que realmente se dio una auténtica modernidad en la educación, pero esa modernidad se dio en relación con la calidad de la enseñanza y no con la cantidad, ya que la alfabetización apenas si conoció mejora (15). Añade que lo que se pretendía era una educación universal para que todos los mexicanos aprendieran lo mismo y por tanto pensarán igual, para así traducir la unidad política en una unidad educativa, aunque pocos pensarán que la educación fuera a eliminar barreras sociales y las diferencias entre clases (15-16). Bazant también expone cómo eran los planes de estudio y en qué asignaturas se hace más hincapié. Así, explica que en un país que se industrializaba de forma rápida era necesario formar técnicos que se encargaran de que la modernización del país fuera una realidad; además, también era de importancia formar alumnos en las artes y oficios para que tuvieran una profesión y pudieran avanzar en la sociedad y que la sociedad misma conociera un avance (17-18).

La educación también estaba influenciada por las ideas positivistas y su énfasis en el método experimental, de ahí que existieran clases como “Lecciones de cosas”, en las que los estudiantes podían poner en práctica diversos experimentos para observar su desarrollo. Además, Zea apunta que según los positivistas, para que haya un progreso real, es necesario que la clase media tome control sobre las clases privilegiadas. Para que eso ocurra debe haber conciencia de clase, y ésta viene a

través de la educación. La educación ha de darle a la clase media la idea de quiénes son y de cuáles son sus intereses, ya que no sabe lo que le es propio (107-9). Esto vendría a revertir en la idea de que la clase no es un absoluto, sino que es algo relativo y maleable, como se demuestra por la continua yuxtaposición de clases que aparece en Suprema ley. Por tanto, si la clase media no sabe lo que es, la educación cobra una doble importancia: por un lado educa a una clase específica para crear ciudadanos morales y útiles a la sociedad, y por otro ayuda a insertar la idea de clase y de que cada uno pertenece a un estrato. Sin embargo, dada la maleabilidad del concepto de clase, esta educación, como ya se ha mencionado, no tiene el éxito deseado y el cambio e intercambio de clases, o al menos el deseo de hacerlo como aparece en Julio Ortega, no desaparecieron de las mentes de los mexicanos.

Pero además, la educación era necesaria porque formaba buenos ciudadanos que garantizaran el progreso tanto material como moral de la nación. Así, en diciembre de 1896 se promulgó el reglamento interior de la educación primaria, que como quería Justo Sierra, uno de los baluartes de la educación mexicana, preparaba física, intelectual y moralmente (Bazant, 33-34). De esa forma, cobraron importancia las clases de moral que incluían cartillas con estampas de tipo moralizador para ilustrar a la juventud nacional. La misma función tenían las clases de lengua y de historia: creaban una idea de unidad nacional que ayudaba al progreso del país. De esta forma, la escuela se convertiría en el lugar de instrucción en el que los ciudadanos aprenderían y luego reproducirían lo aprendido, como explicaba Althusser.

A pesar de todo, las buenas intenciones no fueron suficientes, ya que para 1905 la analfabetización era todavía del 85%. Esto era debido a varios factores, entre ellos los que menciona José Valadés:

Al entrar el siglo XX, la escuela oficial de primeras letras vivía en abandono, tanto por parte del gobierno como de los niños; aunque la enseñanza era gratuita y obligatoria, la dejadez de los padres, la vagancia de los pequeños o la necesidad de trabajar que tenían los menores de familia pobre, mermaban la población escolar en el país.
(193)

Es decir, los esfuerzos de los educadores y los teóricos no tuvieron un reflejo fiel en la práctica, ya que por motivos circunstanciales muchos no iban a clase, lo cual impedía que el progreso tan deseado se llevara a cabo y que se les diera la razón a los que pensaban que la educación no iba a ser la panacea a todos los problemas de la nación.

Otro factor que influenciaba la forma en que se pensaba en la educación fue el que se pensara en ella como puente hacia una vida mejor, pero en ciertos campos profesionales, como menciona Valadés:

Trece escuelas de leyes había en la república, nueve de medicina y farmacia y dos de ingeniería. Eran éstas últimas, debido a que muy poco se pensaba en la solidez de los cimientos nacionales, y excesivo lo que traía el lucro económico y la alegoría política logrados por la

abogacía, las de más corta población escolar, a pesar del saber de sus maestros y del método científico que se seguía en los estudios. (128)

Las implicaciones de esta afirmación son que el progreso material nacional se vio impedido por el hecho de que el afán de lucro y la fama se convirtieron en prioritarios, mientras que el primero no se consideraba como una preferencia. De esta forma, y como se explicó antes en relación a las teorías positivistas, la excesiva atención al interés personal impide que el interés y progreso generales aparezcan como el objetivo número uno de la ciudadanía.

Sin embargo, la educación no garantiza un trabajo bien remunerado, y por tanto una posible mejora en la situación, como ocurre con Don Eustaquio, quien siendo artista de cierto renombre en Italia, cuando regresa a México se encuentra con una situación diferente: "Abrió la alfarería, pero cerró el estudio; hizo millares de macetas y pucheros pero ninguna escultura" (395). No es en este caso la educación, el arte más concretamente, lo que le permite llevar una existencia desahogada, sino la industria. Don Eustaquio se dedica a la producción alfarera al por mayor, y es precisamente la industria lo que ha sustituido a los artesanos tradicionales en los tiempos modernos postindustriales, creando una buena parte de la clase media. José Iturriaga propone que la reducción del artesanado es lógica en un país que se está industrializando. Esa tendencia produce el aumento de la clase obrera urbana y la creación de una clase media industrial. Es por eso que Don Eustaquio es ejemplo de lo que estaba ocurriendo en México en esos momentos: su práctica artesanal ha sido sustituida por una práctica industrial que le ha convertido en miembro de una clase

media en continuo auge, y la educación que pudiera haber tenido en un principio no le ha servido de mucho, haciendo buena la afirmación positivista antes mencionada de que el progreso industrial personal es parte integral para alcanzar la modernidad. Por otro lado, la transición de Don Eustaquio entre arte e industria también tiene relación con la forma en que el arte aparece en la sociedad mexicana de la época. Así, José Valadés se muestra muy crítico con el arte mexicano. No tiene palabras de alabanza para ninguna disciplina: literatura, música, pintura, escultura. Apunta incluso que el arte mexicano se encontraba en una posición tan secundaria que el gobierno encargó al extranjero las estatuas de Hidalgo y Juárez (138-39). Quizá sea por eso que el jefe de Julito tenga que dedicarse a la industria en lugar de al arte. Quizá Gamboa coincida con Valadés en pensar que el arte mexicano no tenía lugar y por tanto las únicas dos salidas eran la industria y las comisiones al extranjero. Mediante el énfasis en el progreso industrial representado por el taller de cerámica de Don Eustaquio, Gamboa critica la falta de desarrollo intelectual y cultural, que también es parte central del progreso de una nación.

A pesar de todo, la educación, el trabajo y el dinero, no son garantías de mejora social, de la posibilidad de ascender en el escalafón de las clases. La clase media baja se ve abocada a un patrón de deseos incumplidos al que llega a acostumbrarse y aceptar, como le ocurre a Julio: "Acostumbrado a las privaciones, a mal comer, mal vestir y contraer deudas -el hombre es un animal de costumbres-, íbala pasando Julio Ortegá, hoy melancólico y de pocas palabras, mañana, resignado y comunicativo; hoy y mañana, desventurado y pobre" (235). Es precisamente esa

costumbre lo que lleva a la insatisfacción, como dice Careaga: “La clase media se convierte en desdichada. Y es desdichada por no poder ser lo que soñó, porque empieza a sentirse atrapada por el sistema político que no puede controlar, porque aspira a un orden que no será fácil conseguir, y es desdichada porque se tendrá que mantener en un medio tono” (54). Esa insatisfacción lleva a la infelicidad de Julio y de toda la clase que representa. Se van dando cuenta de que no pueden salir de donde están, se encuentran atrapados en un limbo de pobreza y aspiraciones incumplidas. Se trata de un sistema social del que todos son conscientes, incluso Don Eustaquio: “- La vida, para mí, es un enorme ferrocarril. Hay coches de clases diversas, para pobres, para ricos, para todos los gustos y para todas las fortunas” (457). Reconoce la existencia de clases sociales basadas en el dinero, pero no puede hacer nada por cambiar esa situación, con lo que el mensaje es que los intelectuales y artistas mexicanos no van a suponer ningún cambio en esa circunstancia.

La conciencia de entender el sistema es especialmente reconocible cuando Berón habla de la sociedad refiriéndose a Apolonio:

[. . .] es una señorona que no lo conoce sino de muy lejos; que le ha disminuido jornales con sus impuestos; que se olvidó de enseñarle a leer y de inculcarle moral ninguna con el ejemplo ni con la palabra, para en cambio enseñarle a robar y a matar con las guerras civiles; que por sus distensiones nerviosas, sus borracheras y sus gritos, lo ha mandado a la cárcel, aunque a nosotros, los decentes (golpeándose el pecho), nos disculpen idénticos gritos y borracheras, cuando por

educación y un millón de títulos más estábamos obligados a no hacerlo nunca. (267-8)

Esta visión positivista y hasta cierto punto fatalista de que la sociedad es la culpable y la que crea las diferentes clases proporcionando más educación a unos que a otros es uno de los momentos de la novela en los que se transparentan las ideas críticas que los autores del momento tenían hacia la sociedad porfirista. John Brushwood apunta que el hecho de que los escritores aceptaran el porfirismo no significaba que no encontraran problemas y que no se preocuparan de mostrarlos. En este caso el problema es que la sociedad está dividida en clases sociales y no todas ellas tienen la posibilidad de movilidad y ascenso dentro del sistema, ya que no tienen acceso a la educación necesaria para mejorar su situación. El historiador Enrique Krauze apunta que Gamboa tenía una curiosidad de observación por el pueblo y que entendía que el mundo era desigual, con lo que se entiende que su visión de la sociedad según aparece en Suprema ley incluya tantos y tan diferentes comentarios sobre y críticas hacia los aspectos de su momento histórico.

Sin embargo, es necesario notar que Federico Gamboa era diplomático y por tanto pertenecía a los estratos más altos de la sociedad, con lo que es posible cuestionar hasta qué punto sus comentarios son un reflejo de lo que él veía para ser más una crítica de esas clases medias bajas que él podía permitirse criticar desde su podio alto-burgués y desde el discutible temor de perder su propia posición privilegiada en favor de una mayor igualdad social. Al mismo tiempo, Gamboa, según menciona Monterde, había sido escribiente de juzgado como Julio Ortegá y

por tanto conocía de primera mano la situación de tales lugares y de tales familias. Esto implicaría que su posición de sujeto estaría mediatizada por los diferentes estratos por los que había pasado, lo cual ayudaría a explicar algunas de las contradicciones que aparecen en el texto.

Por tanto, Suprema ley aparece no sólo como una historia de amor y adulterio, sino también como un cuadro de lo que significaba pertenecer a la clase media baja en México a finales del siglo XIX. Pero además, Gamboa también ofrece en su novela un examen revisionista del proceso modernizador por el que pasaba la nación y del régimen porfirista que dominó al país hasta la Revolución de 1910. Ese régimen se esforzaba por mantener unas apariencias de modernidad que surgieron sobre todo de la imitación de sociedades extranjeras, más que nada europeas ya que se las consideraba los epígonos del progreso. Sin embargo, ese esfuerzo modernizador sólo fue una fachada, por cuanto no existió un progreso real en todos los estratos sociales y a nivel nacional, sino únicamente en las clases altas, que tenían cada vez más dinero y veían más afianzada su posición. Eso lo consiguió la burguesía mediante la implantación de las ideas positivistas, como Gamboa representa en su novela, las cuales permitieron a las clases adineradas crear la impresión de que todos tenían su lugar en la sociedad y habían de mantener esa posición.

En ese sentido, y como vehículo de reproducción y afianzamiento ideológicos, la familia surge en la novela como un núcleo de capital importancia en esa sociedad finisecular. Gamboa yuxtapone la presencia de varios tipos de familias para definir a

la clase media baja, el llamado “medio pelo”. A través de esa comparación, el lector se va dando cuenta de que los factores que definen al “medio pelo” como el elevado número de hijos, la necesidad de empeñar objetos para poder sobrevivir, o el bajo salario, son los que al mismo tiempo impiden que esas familias conozcan un progreso auténtico y alcancen la tan deseada modernidad, creando así un círculo vicioso de casi imposible salida. Y, como correlato a esa yuxtaposición y mediante la comparación alegórica de familia y nación, Gamboa explicita que México estaba en una situación similar a las de las familias de clase media baja: intentan imitar a naciones modernas para así ser modernos, igual que las clases bajas imitan a las altas para aparentar pertenencia a ese otro y elevado estrato social; adoptan ideas y conceptos del extranjero, que ellos consideran que son el ejemplo a seguir, para intentar instaurarlos en las mentes de los mexicanos y dar la impresión de ser una nación moderna. De la misma forma, las clases bajas incorporan elementos en principio pertenecientes a las clases altas, tales como el paseo por la Alameda o el tener una amante, para así ofrecer la ficción de que también pertenecen a la clase alta.

Ese fenómeno de imitación hace que aparezcan contradicciones derivadas de la confusión de la ciudadanía en la novela. Por un lado, los mexicanos se encuentran con un discurso oficial en el que predomina la idea de que México es un país moderno, y por otro han de enfrentarse a su propia realidad, en la que el progreso no existe y tampoco tiene visos de aparecer. De ahí que el alcohol se convierta en una de sus pocas salidas y que la corrupción moral sea resultado de no tener una idea clara de hacia donde se dirige la nación. Por eso, Suprema ley ofrece dos vertientes al

problema del ascenso social, y por extensión del progreso nacional. En algunos casos, como el de Apolonio, el de Julio Ortegá, o el de los compañeros de juzgado de éste, el ascenso no es posible, y si lo intentan o se acercan demasiado acaban siendo empujados hacia abajo otra vez. Por otro lado, Gamboa muestra cómo el ascenso y el progreso sí son posibles, como en el caso de la familia de Julio Ortegá, que es acogida por Don Eustaquio, quien no conoce la corrupción moral o el alcoholismo y no aparece como un advenedizo. Don Eustaquio es un hombre hecho a sí mismo, ocupado en una industria que requiere todo su esfuerzo personal, no cae en las tentaciones fáciles del pulque y la corrupción moral, y por eso, bajo su tutela, la familia Ortegá puede llegar a una mejora real. Y ese es el mensaje final de Suprema ley: es mediante el empeño personal, como indicaban los discípulos del positivismo, que tanto los individuos como la nación en su globalidad podrán alcanzar una auténtica modernidad.

Capítulo 2: Argentina

Las clases medias en La gran aldea de López

En el contexto geográfico latinoamericano y junto a la Ciudad de México, otro de los centros urbanos que más creció en el siglo XIX fue Buenos Aires. Su desarrollo como capital y como núcleo de la vida argentina la convirtieron en el baluarte de la civilización ante la barbarie que suponían las Pampas, e hizo de Argentina una de las naciones con más influencia tanto en aspectos políticos como culturales y literarios.

Argentina sufrió en el siglo XIX cambios tan profundos como el resto de naciones hispanoamericanas. Empezando con las guerras de independencia y la declaración de la misma en 1816, pasó por la brutal dictadura de Juan Manuel de Rosas (1838-1852), hasta llegar al periodo de “organización nacional” (1852-1880), llamado así por cuanto supuso que la nación pasara por un proceso político, social y de identidad que llevó a la creación de lo que resultaría en la Argentina moderna, incluyendo el nombramiento de Buenos Aires como la capital federal en 1880. Es el año 1880 el que da nombre a una importante generación de pensadores involucrados tanto en tareas políticas como literarias y periodísticas. Las acciones y decisiones de esta generación influyeron en la forma en que Argentina se desarrolló como nación moderna en los años subsiguientes. A dicha generación pertenece Lucio Vicente López, quien publicó La gran aldea en forma de folletín en 1884. Este ensayo se va a centrar en el análisis de la relación que la novela plantea entre las clases medias bajas y el proceso de modernización, para mostrar que dicho proceso se vio imposibilitado.

La novela, narrada en primera persona, cuenta la vida de Julio desde que de niño se queda huérfano hasta la edad adulta, pasando por sus años escolares en una escuela de provincia y su introducción a la vida de la alta sociedad en el Buenos Aires de 1882. Así, el texto cubre dos momentos históricos específicos del Buenos Aires decimonónico: 1862 y 1882, permitiendo que López ponga en tela de juicio el proceso modernizador que se da entre esos años. A través del punto de vista de un miembro de la clase media baja, a la que pertenece Julio de nacimiento, se critica la corrupción presente en la alta sociedad y que impide que el país conozca un auténtico progreso. Esa crítica viene dada por aspectos como la educación, la mezcla de clases sociales, la desintegración de la familia y el contraste entre el Buenos Aires de 1862 y el de 1882, amén de las discusiones sobre el sufragio, el problema de la inmigración, la extranjerización de Argentina y la ociosidad y obsesión con las apariencias de las élites argentinas. Aunque la crítica social sobre La gran aldea existe, como se muestra en los textos de Spicer-Escalante o Foster, el análisis de Foster es más superficial, siendo más bien una descripción de las clases sociales y su interacción, mientras que la mención de la novela por parte de otros críticos aparece en relación con el desarrollo de Buenos Aires como urbe. Por tanto, se hace necesario un análisis como el presente poniendo la novela dentro del contexto del proceso de modernización.

Por otro lado, López era componente de la llamada generación del 80, con lo que cabría suponer que estaba familiarizado con los textos de los demás componentes, y con la crítica realizada en la novela se pone de manifiesto la

perspectiva negativa de la sociedad del momento que caracterizaba a dicha generación. Esa perspectiva les da la posibilidad de expresar su desacuerdo con el proceso de modernización que las diferentes administraciones presidenciales querían aplicar al país.

El periodo 1862-1884 conoció cuatro legislaturas presidenciales diferentes: Bartolomé Mitre (1862-1868), Domingo Faustino Sarmiento (1868-1874), Nicolás Avellaneda (1874-1880) y Julio Argentino Roca (1880-1886), todas ellas con perspectivas diferentes sobre cómo se debía dirigir la nación. Mitre fue elegido en 1862 tras varias batallas, como la de Pavón (1861), según explica María Sáenz Quesada en La Argentina: historia del país y de su gente. Apunta que los seguidores de Mitre eran “tenderos, empleados, hacendados, estudiantes y aquellas matronas politizadas que todavía tenían tertulias a la vieja usanza” (353). Fue el de Mitre el primer gobierno argentino que gobernó con autoridad sobre las catorce provincias históricas (356). De este modo, se empezó a construir lo que debía de ser la Argentina moderna. Para llevar a cabo dicha construcción, el gobierno propuso mirar a los modelos europeos y norteamericano. A la legislatura mitrista le interesaba “aprovechar las oportunidades que ofrecía el crecimiento económico y tecnológico de Europa, exportar productos primarios e importar manufacturas y carbón” (359). Los avances en las comunicaciones a través del ferrocarril y del vapor hicieron posible que el intercambio transatlántico fuera una realidad que apoyara el crecimiento nacional (359). Argentina se convirtió en un país de contrastes: por un lado estaban las provincias del interior, donde no había apenas recaudación ni escuelas y donde las

poblaciones no tenían edificios públicos ni comunicaciones. Por otro lado, se encontraban las provincias del Litoral, en las que los proyectos europeizantes de progreso conocieron un mayor auge debido a la disponibilidad de recursos. Aún así, la realidad era que el cuarenta por ciento del territorio se encontraba ocupado por tribus indígenas rebeldes (361). Incluso dentro de la ciudad de Buenos Aires era posible encontrar grandes contrastes:

Esta dualidad americana y europea no era patrimonio exclusivo de las provincias. En Buenos Aires había tiendas elegantes y paseantes vestidos a la última moda parisina, pero también sirvientes y soldados de tez oscura y jinetes que galopaban por las calles de la ciudad a su antojo. Numerosos rasgos revelaban la raíz mestiza de esa sociedad que alardeaba tanto de ser europea. (361)

No es de extrañar que existieran esos contrastes en una nación dirigida por un gobierno que creía firmemente en la dicotomía “civilización y barbarie” y que pretendía asimilar el elemento indígena al proceso civilizador, de ahí la presencia de ambos elementos en el paisaje urbano de la época.

Además, el gobierno de Mitre conoció varias mejoras como la construcción del ferrocarril y del tranvía de caballos, que hicieron prosperar las comunicaciones y el transporte y consiguieron que otros avances mecánicos como las máquinas de vapor para las haciendas azucareras llegaran más al interior. Con todo esto, para 1869 Argentina contaba con una población de casi dos millones de habitantes, de los que casi doscientos mil convertían a Buenos Aires en la ciudad más poblada (366). A

pesar de todo, la legislatura de Mitre conoció críticos como el escritor José Hernández, quien criticó en 1869 a la administración mitrista por estar demasiado preocupada por las guerras y no lo suficiente por el progreso de la nación (264). Nicolas Shumway en The Invention of Argentina también señala el mismo problema cuando menciona que Mitre quiso pasar los tres últimos meses de su presidencia en el campo de batalla durante la guerra con Paraguay, lo cual hizo que tuviera que descuidar algunos aspectos de sus deberes presidenciales. Mitre también quiso imponer un gobierno centralizado en Buenos Aires manejado por una minoría ilustrada, según explica Shumway, lo cual era peligroso porque el resto de clases sociales ya los consideraba un grupo elitista que no tenía en cuenta los intereses del resto del país (195). Como se verá más adelante, este hecho queda abundantemente claro en la novela de López, en la que las élites lo manejan todo, haciendo que el progreso sea sólo una ilusión endogámica por cuanto todo se hace en su seno y por tanto cualquier tipo de futuro está condenado a fracasar. Mitre instaló un gobierno central fuerte, pero en exceso centralista, ya que mejoró los servicios del gobierno en el interior, pero siguió manteniendo la hegemonía de Buenos Aires (Shumway, 228). Además, la presidencia de Mitre se vio afectada, principalmente en sus tres últimos años, por la guerra con Paraguay. Sus proyectos de progreso se vieron comprometidos porque tuvo que desviar recursos para la guerra e incluso hizo que se cerraran periódicos que le criticaban por su política (250-51).

Otro de los problemas del término presidencial de Mitre fue el hecho de que abriera el mercado argentino a inversionistas extranjeros, sobre todo ingleses, que se

llevaban materias primas y vendían manufacturas, con lo que la industria argentina no crecía y los ricos se enriquecían aún más (Shumway, 280-81). El mismo Mitre pronunció en 1861 el discurso “El capital inglés”⁶, en el que defendía su política:

Por eso al derramar sobre el proyectado terraplén de la vía, mi carretilla llena de tierra argentina, que el capital inglés y el trabajo de los inmigrantes va a fecundar, agregué: que este era el feliz presagio de un gran futuro, y que confiaba que la semilla de progreso que iba a depositarse en su seno, fructificaría y daría abundante cosecha a los jornaleros. (301)

Mitre respaldaba la inversión extranjera bajo la creencia de que el progreso argentino debía estar apoyado por esos inversionistas, aunque luego la realidad fuera diferente, como se verá más adelante, y tal progreso no se diera de la forma que Mitre esperaba. Mitre llega al punto de decir “¿Cuál es la fuerza que impulsa este progreso? Señores, es el capital inglés” (302). Esa equiparación entre la inversión extranjera y el progreso argentino hace que se deje de lado uno de los elementos más importantes de la identidad nacional, lo autóctono. Como veremos más tarde, los intelectuales criticarían el inversionismo europeo y defenderían el progreso argentino como producto de la Argentina misma.

Bartolomé Mitre fue seguido en el gobierno por Sarmiento, quien gobernó hasta 1874. La mayor parte de su esfuerzo como presidente se centró en la mejora de

⁶ Los discursos de los intelectuales contemporáneos de López se extrajeron de la recopilación de Tulio Halperín Donghi mencionada en la bibliografía. Se ofrecen las fechas de dichos discursos cuando son conocidas.

la educación, de la que se hablará más adelante, y en la formación de una clase media rural y urbana que creara la base de la sociedad argentina (368). Según comenta Quesada, Sarmiento estaba a favor de todo lo que significara progreso, y basó su modelo en el de Estados Unidos, por donde viajó de forma extensa:

Fue en los Estados Unidos donde encontró la llave de la modernidad que deseaba para la Argentina. Esta se basaba en la educación común a cargo del Estado, en el acceso fácil a la tierra pública de los inmigrantes y en la formación de una sociedad integrada gracias al desarrollo de las comunicaciones y el mercado nacional. Todo lo cual implicaba que muchos tuvieran acceso al consumo. (369)

En esto chocaba con Mitre, quien favorecía una política más europeísta. En cualquier caso, las ideas de Sarmiento incluían el consumo y la igualdad en la educación, lo cual equipararía a Argentina a una sociedad moderna capitalista. Sea como fuere, tanto Mitre como Sarmiento proponían unos modelos de nación que no eran ni intrínsecamente argentinos ni hispanoamericanos, debido a que ambos miraban hacia el extranjero para encontrar patrones nacionales y progresistas que aplicar a su propio terreno.

En cuanto al progreso del término presidencial sarmientino, entre los avances que se consiguieron gracias a Sarmiento se encuentran la extensión de las líneas del ferrocarril, incluyendo la inauguración del Central Argentino, y el tendido de las líneas del telégrafo, así como la introducción de máquinas agrícolas a vapor en la primera exposición nacional de maquinaria agrícola e industrial (373). También

durante el periodo de Sarmiento hubo una influencia importante del capital inglés. Así, se concedieron tierras a los lados del Ferrocarril Central a los inversionistas británicos para compensar el poco rendimiento que daba el ferrocarril en esas tierras desiertas (374). Quesada explica que la intención era que se urbanizara el territorio a los lados del ferrocarril para unificar económicamente el Litoral y el interior (374). Sarmiento estaba tan convencido del valor civilizador del tren que escribió lo siguiente: “Un señor senador acaba de decir que no valen nada esas tierras y puede ponerlas en pública subasta y nada sacará; pero el único que puede hacerlas valer, y por valores enormes, es el ferrocarril, y será el país el verdadero beneficiado” (307). Eso demuestra el afán de progreso que tenían esos gobiernos, los cuales veían en la urbanización y la expansión moderna el antídoto contra la barbarie que dominaba gran parte del territorio y que, en su forma de ver el mundo, impedía el avance y modernización de la nación.

Esa dicotomía civilización/barbarie, propuesta inicialmente por Sarmiento, supuso una gran fuerza ideológica en el proceso de creación nacional en Hispanoamérica y, en el caso que nos ocupa, en Argentina. Se consideraba que la naturaleza casi omnipresente era un detrimento para la civilización y el progreso por cuanto representaba lo instintivo y animal, lo salvaje, como elemento opuesto a la razón y al orden que habrían de traer el avance nacional representados por la civilización. Sarmiento propuso dicha dicotomía en su famoso estudio Civilización y Barbarie. Vida de Juan Facundo Quiroga (1845), y desde su aparición se convirtió en un lema de gran importancia a la hora de entender los procesos de gestación de

identidad nacional en América Latina. El mismo Sarmiento, y otros pensadores argentinos, lo tenían muy en cuenta a la hora de abogar por la desintegración del modo de vida gauchesco y de sus representantes y por la creación de elementos considerados civilizadores, como el ferrocarril y la institución de la educación. Es sintomático notar la evolución en la idea dicotómica de civilización/barbarie que aparece en la obra sarmientina y que explica David Solodkow:

En [Conflicto y armonías de las razas en América, 1883], ya no se hablará como en Facundo de *civilización/barbarie*, un elemento de oposición ha mutado, de manera tal que ahora se trata de una relación de *atraso/progreso* y no de *barbarie/salvajismo*. (98)

La idea de progreso y modernización había alcanzado el centro de las obsesiones sociales y políticas de la época, para convertirse en el motor detrás de los planes nacionales de avance. Y el atraso que antes estaba implícito en los discursos anti-barbarie, ahora se hace explícito.

El gobierno de Sarmiento también tuvo detractores, como Alberdi, del que José Pablo Feinmann explica lo siguiente:

La crítica central que le formula Alberdi a Sarmiento [...] es la que sigue: Sarmiento no comprende la importancia de los factores económicos dentro de los procesos históricos. Esto lo lleva a confundir la civilización con las ideas, los libros y las escuelas. Ha perdido el sentido de lo concreto. ¿Y qué es lo concreto para este Alberdi? Lo concreto es lo económico. En consecuencia, Alberdi

habrá de transformar la antinomia sarmientina. La civilización no está en las ciudades sino en las campañas. [...] Ahora bien, ¿por qué la civilización se encuentra en las campañas? Responde Alberdi: “Son las campañas las que tienen los puntos de contacto y mancomunidad con la Europa industrial, comercial y marítima, que fue la promotora de la revolución, porque son ellas las que producen las materias primas, es decir, la riqueza, en cambio de la cual Europa suministra a la América las manufacturas de su industria”. (250-51)

Con las palabras de Alberdi se puede ver que no todos los intelectuales argentinos estaban de acuerdo con la idea de civilización centrada en el núcleo urbano y estructurada alrededor de la clase burguesa. Esa idea trajo como consecuencia literaria la defensa del campo argentino y su gente, como hace José Hernández en Martín Fierro (1872 y 1879), y la crítica hacia la clase alta urbana, como hace Lucio Vicente López en La gran aldea. Sin embargo, el problema que sigue subyaciendo a esta ideología es que todavía depende de la inversión europea y de sus mercados e industria para subsistir, con lo que la nación argentina no podrá conseguir un progreso independiente. Junto con Alberdi, también Lucio V. Mansilla se unió a las críticas contra el centralismo porteño. Shumway explica que Mansilla pensaba que la oligarquía bonaerense no tenía en cuenta a los auténticos hijos de la Argentina, sino que ponía todo el énfasis en sí misma y en la imitación de modelos extranjeros, con lo que el progreso de la nación sería mínimo (259). La importancia de esto viene derivada del hecho de que el progreso tenía más de una cara, y la que la élite

bonaerense pretendía ponerle, la de la civilización basada en la destrucción del modo de vida argentino auténtico y la adopción de formas europeas o norteamericanas, no era la que algunos intelectuales como Mansilla consideraban buena.

El término presidencial de Sarmiento acabó en 1874, cuando Avellaneda fue elegido presidente. Avellaneda continuó en muchos aspectos el proceso modernizador de Sarmiento, con el que compartía muchos puntos de vista y con el cual había trabajado durante su administración. Aún así, hubo proyectos modernizadores que no se abandonaron, como la expansión de las líneas del ferrocarril, algo común a casi todas las legislaturas por lo que significaba en cuanto a la modernización del país. Los problemas en la economía llevaron a algunos a intentar lanzar la industria argentina, modernizándola para manufacturar materias primas y no depender de las exportaciones extranjeras, pero en cuanto los mercados europeos se recuperaron, las clases pudientes argentinas regresaron a las inversiones en tierras y fincas urbanas, con lo que la industria no se desarrolló tanto como se quiso en un principio (376). El mismo Lucio V. López se quejaba en 1873 en su artículo “Revista de setiembre” de la poca protección que se dispensaba a la industria argentina:

Es decir: desconozcamos las fuertes cargas que pesan sobre un país que sólo produce materia prima: dejemos al tiempo que obre y encarguemos a su lenta marcha la modificación de nuestro estado social: él lo hará todo. Tenéis lanas en abundancia, pieles, minas, productos de agricultura, viñedos extensos; no los elaboréis, el

extranjero se encargará de eso, llevádselos, dadle lo que os da la tierra sin ocuparos de saber lo que os da, que él se encargue de vestiros y de alimentaros, mientras que vosotros sólo debéis pensar en pagarle lo que os exija. (327)

Este tono tan crítico demuestra su convicción de que la industria argentina debía desarrollarse y de que el capital extranjero no era tan bueno como parecía, ya que impedía que el país progresara y se modernizara con la apatía que venía de la comodidad de producir materiales pero no manufacturas. López afirma que la dependencia del capital extranjero hace que la economía argentina, y por tanto su progreso, se vea sometida a las fluctuaciones de los mercados extranjeros, con el resultado de que la nación pierde la independencia a la hora de dictar sus propias políticas. López también se queja de la falta de protección a las industrias argentinas que provoca que dependan de que los mercados europeos compren sus materias primas (326). De nuevo la falta de progreso debido a los inversionistas extranjeros es motivo de lamento, el país no puede avanzar si no desarrolla su propio mundo industrial y sigue dependiendo de lo foráneo.

Tanto durante la legislatura de Sarmiento como durante la de Avellaneda, el gobierno argentino se encontró con el problema del vasto territorio sin conquistar que existía y la fuerte resistencia que oponían las tribus indígenas, ambos factores de capital importancia en la dicotomía “civilización y barbarie” imperante en las mentes de los pensadores y políticos del periodo. Quesada explica que el problema era que los estancieros y políticos pensaban en las tierras fértiles del Sudoeste de Buenos

Aires como elemento para la expansión y desarrollo del país, con lo que los indios sólo podían someterse o luchar (382). El apoyo que este hecho prestó a la modernización de Argentina vino por la necesidad de modernizar el ejército y su infraestructura, y como resultado la red de ferrocarriles y telégrafos conoció un gran auge acercando al país a la tan deseada modernidad (382).

El general Julio Argentino Roca asumió el poder en el año 1880, que también conoció el hecho de que Buenos Aires se convirtiera en la capital federal. Roca basó su presidencia en el lema “paz y administración”. Así, la administración empezó a ordenar el territorio con el Tratado de Límites firmado con Chile en 1881, el cual estableció que Argentina tuviera unos límites definidos (401). Esto hizo que los argentinos tuvieran una idea más clara de qué constituía su nación, y por tanto pudieran centrarse en la construcción y modernización de dicha nación. Además, durante la presidencia de Roca, la ciudad de Buenos Aires conoció una modernización que incluyó la ampliación y construcción de calles, avenidas y plazas, como la Plaza de Mayo, edificios públicos lujosos y modernización del puerto (402).

Arturo Roig dice que las palabras preponderantes durante el mandato de Roca son “orden y progreso”, y pone estos términos en relación con la economía: era necesario tener orden para que existiera un auténtico progreso (12-13). Es decir, la administración de Roca, al igual que hicieron otros países como México y Brasil, adoptó esas palabras para hacer ver que la nación se movía en la dirección correcta hacia la modernidad.

La legislatura de Roca es la que coincide con la generación del 80, a la que Quesada define así: “Eran de ideología liberal y tenían el orgullo de ser argentinos por encima de las entidades provincianas; pero el escenario privilegiado de su actividad política, social y cultural seguía siendo Buenos Aires, y si no Europa, a donde viajaban con frecuencia” (404). Se trata de una generación de pensadores que modela sus perspectivas culturales en un ambiente urbano y europeizante, aunque de vez en cuando también critiquen la excesiva europeización que iba en detrimento de la argentinidad. María Cecilia Graña explica que a partir del 80 la ciudad se deslindó de sus orígenes hispanos y se moldeó cada vez más a partir del modelo francés y europeo en general (90-91). Incluso Sarmiento había escrito ya en 1856 que de Francia no tenían nada que adoptar que no fuera la moda y el arte (50). Aunque en parte estaba criticando el modelo de civilización francés porque prefería el modelo norteamericano como hemos visto, también se puede ver que sí se hacía un guiño hacia la moda europea y también a la cultura, de la que hay extensas referencias por toda La gran aldea, desde la literatura hasta la música, pasando por la pintura, como se verá después.

En este contexto de cambios presidenciales, altibajos económicos y luchas entre civilización y barbarie se desarrolla La gran aldea. La novela criticaba las tendencias europeizantes de las dos épocas que menciona, y ofrece una visión negativa de las clases altas bonaerenses. El hecho de que la novela discorra entre dos momentos históricos importantes hace que todas las presidencias desde Rosas hasta el presente se vean criticadas por sus pocos logros en el auténtico progreso nacional, ya

sea a nivel de mejora de la situación de las clases bajas, a nivel de creación de un sistema educativo realmente eficaz o en cuanto a la gestación de una identidad e independencia económica realmente argentinas.

Así, el texto de López aparece como un elemento de crítica de la sociedad argentina de su momento y de la falta de progreso presente, entrando en parcelas como la educación, la desintegración familiar, la mezcla de clases o la extranjerización de la nación, pasando por aspectos como la importancia de la inmigración y la obsesión por las apariencias de las clases elevadas dentro del contexto del proceso de modernización nacional.

Al principio de la novela, Julio, el narrador protagonista, habla de sus orígenes y de su paso a la casa de sus tíos. La descripción de su casa familiar, donde vive con su padre viudo, es la de una vivienda de clase media baja: “Todo lo que me rodeaba, mientras vivió mi padre, era pobre y de una mediocridad bastante marcada; pero yo lo encontraba de una belleza, de una abundancia y de un gusto excepcionales” (10). No tiene posesiones materiales lujosas, y aún así todo le parece bonito. Ya desde el principio muestra una ideología de clase que le mantiene en un estado de conformidad y de desapego de los aspectos materiales, aspecto que será importante más adelante cuando entre a formar parte de la alta sociedad bonaerense y la critique.

Además, el hecho de considerar que la vida de clase media baja no es mala, hace que por comparación se piense que la de clase alta sí es perniciosa, con un estilo de vida despilfarrador y sólo basado en las apariencias, como más adelante se criticará en la novela y que sólo lleva a la dilapidación y no al progreso. Esta defensa

del estilo de vida de la clase media baja en oposición al tren de vida de malgastar de la clase alta, también repercute en la crítica a la oligarquía urbana, que no conseguía mover al país hacia adelante. De este modo se incide en la idea de Alberdi antes mencionada que explicaba que no es sólo el núcleo urbano lo que va a posibilitar el progreso. Por otro lado, también es posible considerar que esos recuerdos de Julio estén mediatizados por el paso del tiempo y por el hecho de que era un niño cuando ocurrió lo que cuenta, habiendo idealizado dichos recuerdos. Esa idealización de la clase media baja también redundaría en la crítica por comparación de la clase alta.

Incluso la descripción de la vida de su padre es representativa de esa clase media baja ya mencionada:

Espíritu débil, la muerte de su compañera lo había abatido, había hecho inútil su existencia. Pobre, sin porvenir, esclavo de un empleo subalterno que servía desde veinte años atrás, carecía de la iniciativa vigorosa de otros hombres que buscan en los trabajos variados de la vida el consuelo de los grandes dolores humanos. La monotonía de sus deberes cotidianos, ese horrible destino de hacer la misma cosa hoy, mañana y siempre; el sueldo periódico que jamás se aumenta ni reproduce; la falta del ideal, de la esperanza, de ese horizonte dorado que persigue toda criatura en el mundo, abatieron las fuerzas de aquel noble pero desgraciado corazón, cuyo fin fue como el de una máquina que estalla y se inutiliza antes de tiempo. (12)

La descripción de su trabajo y de sus aspiraciones le convierten en representante de una clase que no va a llegar a ningún sitio a no ser que tome las riendas de su propio destino y de su vida. De ahí la relevancia de que al final del párrafo utilice la metáfora de la máquina que deja de funcionar. Por un lado, la vida del padre de Julio es descrita de modo muy repetitivo, mecánico, lo que da la idea de que él mismo era una máquina que no hacía sino repetir la misma rutina diaria y que no le llevaba a ningún sitio y de que vivía en una sociedad que también se ha mecanizado, oprimiendo así al individuo; es decir, todo lo que hacía a diario no le servía más que para no alcanzar el progreso tan necesario. Como representante de la clase media baja, y a un nivel más sinecdóquico, el padre de Julio representa la falta de avance que acucia a la clase a la que pertenece, y que hace que la nación como un todo unido tampoco progrese. Por otro lado, la metáfora de la máquina también recuerda a la industrialización que ya para 1862 empezaba a entrar en América Latina aunque fuera de forma fragmentada. Para 1884, la industrialización ya había conocido un avance más importante, y el hecho de que el padre de Julio estalle como una máquina también viene a simbolizar el fracaso de los proyectos de modernización, sobre todo porque es su corazón lo que deja de funcionar. Teniendo en cuenta que la industrialización es el corazón del progreso de una nación, la máquina que lo mueve hacia el futuro, el hecho de que la máquina deje de funcionar es significativo por cuanto ejemplifica la falta de funcionamiento de los planes nacionales de progreso.

Además, esa imagen del “progreso” es usada para expresar, como metáfora de la modernización industrial, mecánica e incluso económica del país, precisamente lo

contrario de lo que significa el progreso, para decir que la clase media baja --la que debería moverse y hacer que el país se moviera-- va a terminar por no poder progresar y quedarse siempre en la misma posición de subalternidad, como el trabajo del padre de Julio, si las clases medias bajas dejan que las clases altas sean las que dirigen la sociedad y la nación en general. Precisamente en esa dirección se mueve el tío de Julio, Don Ramón: “Mi tío [...] pobre también, se había casado con [Medea], que tenía una fortuna considerable” (12). Don Ramón ha conocido el progreso gracias al matrimonio con Medea, representante en ese Buenos Aires de 1862 de la aristocracia criolla; y es también a través de ella que Julio puede progresar y ascender de clase. Tras la muerte de su padre, Julio pasa a vivir con sus tíos en su mansión aristocrática. A partir de ese momento, Julio puede presentar su visión de la alta sociedad argentina por medio de su condición de niño criado en un ambiente de clase media baja.

Así, lo primero que Julio describe es la casa familiar de Medea, en la que abunda la decoración antigua y donde incluso “los relojes se paraban” (7). Esto viene a expresar un ambiente y una clase social anacrónicos, anclados en un pasado que no consigue sino que el país retroceda en lugar de avanzar. Esta clase debe ser eliminada para que los relojes vuelvan a funcionar y la nación empiece a conocer el auténtico progreso. Mientras tanto, las clases aristocráticas dominan a las clases medias tal como Medea domina a Don Ramón, representante de la clase media baja:

Mi tío estaba completamente sometido; en lo único en lo que era incorregible era [...] en materias de amor, y por esta causa se daban los más famosos combates íntimos que tenían lugar. ¿Combates? . . . digo

mal; mi tío nunca combatía; se entregaba por completo, rendido a discreción, y mi tía emprendía la terrible ejecución del marido infiel.

(18)

En La gran aldea, son las clases altas adineradas las que se han convertido casi en dueñas únicas de Buenos Aires, ahogando a las clases bajas e impidiendo el progreso. Esas clases son consideradas elitistas por sus mismos contemporáneos, como explica Shumway. Por otro lado, Don Ramón es un representante de las clases medias; aunque, en su caso, ha logrado cierto ascenso a través del matrimonio con Medea, sigue perteneciendo a esa clase a ojos de su esposa, y ésta lo domina y controla todo lo que puede. Por tanto, y de forma metafórica, las palabras de Julio significan que una clase dominante minoritaria somete a una clase inferior mayoritaria, impidiendo así que ésta última avance y la nación progrese. Además, el lenguaje usado por el narrador con palabras como “combate”, “rendido” o “ejecución” también recuerda a una batalla, y más específicamente en el contexto que nos ocupa, de las luchas de clase, en las que la clase baja se entrega y la alta se sale con la suya.

Como representante de la aristocracia a la antigua usanza, a Medea le gusta involucrarse en la política bonaerense del momento y tener tertulias políticas en su salón familiar, a las que acude gente descrita de la siguiente manera:

En el partido de mi tía, es necesario decirlo para ser justo, y sobre todo para ser exacto, figuraba la mayor parte de la burguesía porteña; las familias decentes y pudientes; los apellidos tradicionales, esa especie

de nobleza bonaerense pasablemente beótica, sana, iletrada, muda, orgullosa, aburrida, localista, honorable, rica y gorda. (19)

Se trata de la burguesía y aristocracia tradicionales, los estratos conservadores poseedores del dinero, que han heredado parte de su ideología de la época de Rosas a pesar de estar en contra del dictador. Son mudos porque no les interesa un auténtico progreso, están cómodos en su posición y les interesa mantenerla más que promover cualquier tipo de revolución social y progresista. Esto viene ejemplificado por la aparición de personajes como el doctor Trevexo en la tertulia de Medea. Trevexo habla pestes de la juventud porteña: “la juventud del día no sirve para nada” (21). No es ésta la única ocasión en que la juventud resulta rechazada. Cuando un joven en la tertulia propone una lista electoral de diputados compuesta por gente joven, nadie la acepta e increpan al joven hasta que él y sus compañeros se retiran indignados. Dicho joven explica que el partido aristocrático oligárquico al que pertenecen se ha quedado anticuado y necesita sangre nueva que mejore y avance su programa. El hecho de que lo rechacen revierte en la idea de que se trata de un grupo que no desea el progreso real, sino el mantenimiento de su propia posición; cualquier idea progresista va a ser rechazada por ir en contra de sus intereses particulares por muy a favor de la modernización y progreso de la nación que esa idea esté. Por tanto, con este episodio, López ofrece su punto de vista sobre lo que conseguía la élite bonaerense del momento, que no era otra cosa que la sociedad se estancara, ya que no se introducen mejoras ni cambios, los dirigentes siempre son los mismos y el sistema oligárquico no desaparece para dar lugar a una sociedad avanzada y progresista.

Además de la juventud, el doctor Trevexo también habla en contra del sufragio universal:

-¿Qué sería de nosotros, señores, el primer partido de la república [...] si entregáramos a las muchedumbres el voto popular? Nosotros somos la clase patricia de este pueblo, nosotros representamos el buen sentido, la experiencia, la fortuna, la gente decente, en una palabra. Fuera de nosotros, es la canalla, la plebe quien impera. Seamos nosotros la cabeza; que el pueblo sea nuestro brazo. [...] nuestra divisa es *Obediencia*; cúmplase nuestra divisa. (29)

Este discurso de Trevexo muestra una ideología antiprogresista que sólo favorece a la clase alta y desprecia al resto. Al mismo tiempo, las diferentes ideas sobre el sufragio circulaban por los núcleos políticos de la época, como explica Elías José Palti al citar al político Marín durante una de las Asambleas provinciales de 1870:

Limitemos el ejercicio de la soberanía a la parte más inteligente y capaz de la provincia o de la ciudad, daremos gran responsabilidad a las mesas receptoras de votos y entonces el resultado de la elección será la manifestación franca y verdadera de la mayoría del país. (12)

La idea de un sufragio controlado y limitado a las clases dirigentes ya estaba en la mente de las cabezas políticas de la época. El texto de López critica esa actitud puesta en boca de un personaje tan ridiculizado como el doctor Trevexo. Si el voto se queda únicamente en unos pocos, representará sólo el interés de esos pocos, y no el de “la verdadera mayoría del país”, con lo que habrá un estancamiento en el

progreso del resto. Aunque el sufragio universal era un concepto que en aquel momento y lugar casi nadie consideraba como una opción viable, la idea de un sufragio tan limitado también podía ser contraproducente, y la novela lo representa así en la burla de las ideas del doctor Trevexo.

En esa misma línea, otro de los problemas que la novela critica a través del doctor Trevexo es la apatía del pueblo argentino: “este pueblo [...] es un gran pueblo, porque sabe marchar sin preguntar nunca a dónde lo llevan” (33). Se trata de un problema que puede hacer que la nación se paralice, si el pueblo no responde ni se queja; las clases dirigentes siempre harán lo que ellas quieran, es decir, mantener su posición sin importarle la de los demás, lo que significa un estancamiento y la falta de progreso consiguiente. Pero las clases medias bajas no quedan exentas de culpa, ya que si las clases altas hacen lo que más les conviene, y las bajas no reaccionan, no se podrá llegar a ningún lugar de compromiso que beneficie a todos y a la nación como totalidad. Por tanto, López critica de una tacada tanto la pasividad de un grupo como la exagerada obsesión de control de otro. Al igual que pasaba con el padre de Julio, el texto vuelve a poner de manifiesto que la falta de motivación para hacer posible el progreso lleva a la falta del mismo.

Quizá el aspecto en que más énfasis se pone a la hora de criticar y ridiculizar los puntos de vista del doctor Trevexo sea el de la educación. La opinión de Trevexo es que la educación no sirve para nada:

¡[A la juventud] le da por la historia y por estudiar el derecho constitucional y la economía política en libros! Forman bibliotecas

enormes y se indigestan la inteligencia con una erudición inútil, que mata en ellos toda la espontaneidad del talento y de la inventiva. ¡Sí, señores, los libros no sirven para nada! Ustedes me ven a mí. . Yo no he necesitado jamás libros para saber lo que sé. ¡Pero no quieren seguir mis consejos, señor! Los libros no sirven para nada en los pueblos nuevos como el nuestro. (21)

Con esto, Treveño también está negando la importancia de uno de los baluartes de la civilización y el progreso como es la educación, igual que había hecho antes con la juventud. La idea de que la juventud no debe recibir la formación de los libros va en contra de una de las preocupaciones más grandes de los gobernantes argentinos de ese periodo, la de formar a la población como remedio contra la barbarie y como herramienta para alcanzar la modernidad. Además, para hacer explícita la crítica contra el sistema educativo según estaba en ese momento, la narración de Julio lleva al lector a sus años escolares en un colegio de provincia. En ese colegio, el profesor no tiene método; simplemente empieza a hablar y regurgita “una recopilación de hechos y de datos, una enciclopedia de citas y de descripciones” (59). No es una educación práctica que vaya a colocar al individuo en posición de avanzar y de modernizar al país, sino que se trata de datos inútiles. Por otro lado, la descripción del colegio tampoco es demasiado halagüeña: “El colegio era un vasto edificio bajo, de muros espesos y coloniales, de grandes patios y espaciosa huerta, en la que no faltaban las clásicas higueras de antaño. Aquel colegio era un convento por las dimensiones e invitaba a la melancolía” (61). No se trata por tanto del mejor

ambiente donde desarrollar las capacidades del individuo, sino de un lugar deprimente y antiguo, que refleja un sistema de enseñanza antiguo también. Las referencias a la época colonial y a la presencia de “higueras de antaño” también ayudan a crear una atmósfera anclada en una antigüedad que no permite avanzar al país. La nación debe alejarse de esas tradiciones y de ese pasado colonialista para poder avanzar y unirse al grupo de países que se dirigen hacia la modernización.

Ese estado de cosas es una crítica y una llamada a que los gobiernos hicieran su papel en el desarrollo de la educación. La realidad era que para los presidentes del periodo 1862-1882 la educación sí fue un elemento importante a la hora de conseguir el progreso nacional. Para Mitre, según explica Adriana Puiggrós en Qué pasó en la educación argentina, la educación era central para formar una clase dirigente; su objetivo era crear una educación secundaria que formara una minoría ilustrada que pudiera gobernar el país y acabar con la barbarie (57). Durante el periodo mitrista existieron dos puntos de vista entre la oligarquía sobre la educación secundaria. Algunos defendían una educación secundaria y universitaria basada en los estudios enciclopédicos y políticos, ya que querían que sus hijos se dedicaran a una profesión política, mientras que otros, sobre todo los estancieros, favorecían una educación con conocimientos más prácticos. Esto se debía a dos formas de entender el futuro: mientras que algunos veían una futura Argentina de estancias que pusieran orden a la anarquía territorialista del país, otros pensaban de forma más progresista y veían una nación moderna e intelectual. En la novela este hecho aparece en las reacciones de Medea y de Don Ramón ante la educación de Julio. Mientras que Don Ramón

pretende que Julio tenga una educación acorde a los medios de que él y Medea disponen, universitaria e intelectualista, Medea aboga porque Julio consiga una educación práctica enfocada hacia un oficio (17). Es decir, cada uno hace lo que corresponde a su posición. Don Ramón está a favor de un tipo de educación que haga de Julio un hombre de provecho, un ciudadano moderno capaz de hacer progresar al país y salir él mismo de su posición de clase media baja; Medea, por su lado, no quiere que la clase a la que pertenecen de nacimiento tanto Julio como su marido salga de donde está. Como representante de la oligarquía le interesa más que Julio entre a formar parte de cualquier profesión y no suba de nivel.

A pesar de todo, los esfuerzos de Mitre no solucionaron todo, y el presidente hizo promesas sobre la educación que no pudo cumplir. Así, en 1863 se llevó a cabo un estudio que reveló la precariedad de las escuelas, según apunta Manuel Solari en Historia de la educación en Argentina, y en 1866 el ministro Costa desveló que “doscientos mil niños en estado de recibir educación no pasarían de veinticinco mil los que la recibían” (143). Roberto Follari también explica que en 1869 el Censo reveló que sólo el 17.9% de la población sabía escribir (88). Esta situación necesitaba de medidas que hicieran de la educación una herramienta útil para el progreso de la nación. En ese sentido, Sarmiento fue uno de los presidentes que más hizo a favor de la educación, ya que su premisa era que la educación debía de ser para todos, y no sólo para las clases dirigentes. Como menciona Solari, Sarmiento creía en el poder redentor de la educación y en su capacidad de civilizar el país, sacándolo de la barbarie (149). De ahí que favoreciera una educación general e integral que formara

a los futuros componentes de la democracia naciente, en la que incluía materias relacionadas con las “letras y humanidades”, “ciencias morales” y “ciencias exactas” (Solari, 145). Sarmiento era de la opinión que la educación era esencial para formar individuos inteligentes y morales que hicieran grande a la nación y la ayudaran a progresar (122-23). Para llevar a cabo sus reformas, Sarmiento se basó en modelos extranjeros, tanto franceses como norteamericanos⁷. Creó colegios por toda la nación para que todos tuvieran acceso a la educación y las masas se formaran con el fin de que el pueblo conociera el progreso (Solari, 150). En ese sentido, una de las preocupaciones mayores de Sarmiento fue la de formar buenos profesores que se encargaran de dar forma a las mentes de los argentinos, ya que para él el maestro era el intermediario que debía poner todo el conocimiento al alcance del individuo; de ahí que creara el magisterio como especialidad y que se inauguraran Escuelas Normales para la formación del profesorado, bajo la supervisión de pedagogos extranjeros (Solari, 151, 156). Otra de sus preocupaciones fue la enseñanza de la lectura, y por eso cambió la forma de enseñar a leer de un sistema de deletreo a uno silábico y se esforzó en la apertura de bibliotecas por todo el país (Solari, 155). Sarmiento estaba convencido de que la lectura era básica para vivir en una ciudad moderna, ya que existían carteles que los individuos debían poder leer para saber dónde estaban y qué estaba ocurriendo (128). La función educadora de Sarmiento también fue seguida por Avellaneda, quien sucedió a Sarmiento en la presidencia. Para Avellaneda, la

⁷ Es conocido que Sarmiento viajó por Estados Unidos, donde conoció a los educadores Horace y Mary Mann. Estos viajes influenciaron sus perspectivas sobre la educación en particular y sobre la modernidad en general. De ahí que en su discurso “Educación popular” unificara ambos aspectos situando a Estados Unidos como baluarte del progreso debido a su buen sistema educativo.

biblioteca también era el complemento principal al colegio, pero además incluyó la obligatoriedad educacional en su plan (Solari, 164).

Sin embargo, todas las buenas intenciones no consiguieron que el plan educacional de estos presidentes estuviera exento de problemas. Como queda dicho, la falta de alumnos en las escuelas era un problema, pero había otros como la falta de libros de texto o la resistencia de los padres a enviar a sus niños al colegio, de ahí la baja asistencia. Además, según apunta Puiggrós, en la segunda mitad del siglo XIX la iglesia católica tenía hegemonía sobre la educación, y los Colegios Nacionales y Escuelas Normales debieron luchar mucho para secularizar la educación. Así, la educación argentina se secularizó en la década de los 80, pero el discurso religioso no desapareció de vista, siguió presente en los libros de texto y el profesorado (Puiggrós, 61-64). Este último hecho también daría sentido a la comparación que hace Julio en la novela entre su colegio y un convento.

La presencia en la novela de ese contexto educativo ayuda a observar, por tanto, que la educación, como parte fundamental del progreso nacional en tanto que formadora de individuos a nivel de ciudadanía y a nivel de instrucción técnica carece del impulso necesario para que tenga éxito. La representación en el texto del fracaso de la escolarización argentina hace que aparezca como un elemento de atraso que impide que la modernización tan deseada llegue a buen puerto según López.

La novela ofrece relevancia a la educación a través de la estancia en el colegio de Julio, quien pasa allí algunos años antes de regresar a Buenos Aires prácticamente convertido en un adulto. A su regreso a la capital lo encuentra todo cambiado.

Incluso habla de que “una nueva generación política y literaria había invadido la tribuna, la prensa y los cargos públicos” (73). Con esta referencia a la generación del 80 a la que pertenecía López, también hace un guiño a los cambios que se habían producido en Buenos Aires durante los años que él había pasado fuera. Ahora la ciudad porteña es diferente; ya no es una aldea, sino una gran ciudad con tendencias europeas. La moda es europea y también la forma de hablar, en la que “era necesario salpicar la conversación con algunas palabras inglesas, y muchas francesas” (74), lo cual daba apariencias de europeísmo. La influencia de la cultura inglesa llega al punto de hablar inglés, tomar el té y adorar a la reina Victoria. Pero la influencia francesa no es menos importante, incluyendo inversiones en ferrocarriles y fábricas (Quesada, 390), al tiempo que tenía impacto en los intelectuales de la época por cuanto habían crecido leyendo a los filósofos y novelistas franceses. La cultura francesa tenía tanta importancia que los estancieros ricos creían que la mejor forma de gastar su dinero era en París, e incluso las prostitutas bonaerenses se hacían pasar por parisinas para tener más clientela (Quesada, 390-91). Aunque para Julio todo eso sea nuevo, la preferencia por lo europeo no lo era en esa época de la historia argentina, dado que ya en los años 30, los unitarios también habían mostrado un gran afán por todo lo que venía del viejo continente, sumándose a la fama que tenían entonces los liberales de adorar lo europeo. En general, la ciudad ha cambiado tanto que Julio dice lo siguiente: “me encontraba con un pueblo con grandes pretensiones europeas, que perdía su tiempo en flanear en las calles, y en el cual ya no reinaban generales predestinados, ni la familia de los Treveño, ni la de los Berrotarán” (74). La ciudad

ya no es el centro de operaciones de la aristocracia criolla de antaño, sino que ahora la clase que reina es la burguesía capitalista, centrada alrededor del dinero y que no tiene más que hacer que pasear y cultivar la cultura de las apariencias. Sin embargo, como se verá, la ciudad no ha cambiado en cuanto a la corrupción moral imperante y a la falta de interés en el progreso de la nación, que ha sido reemplazado por el interés en su propio bienestar. Con esto, López ofrece un mensaje de continuidad en cuanto a la falta de progreso; el tiempo avanza y la sociedad se ha transformado de una oligarquía aristocrática basada en la sangre y la posición a una sociedad capitalista, pero eso no significa que las nuevas clases que detentan el poder tengan un mayor interés por el avance nacional; al contrario, el egoísmo de clase y la obsesión por aparentar siguen presentes por encima del bienestar global.

Ya de regreso en Buenos Aires, Julio entra a trabajar como escribiente en la oficina de Don Eleazar de la Cueva, un importante hombre de negocios. Con esto se nota una de las tendencias de la clase media baja, la de repetir el ciclo de mediocridad que se ha visto en el pasado. Así, Julio realiza un trabajo similar al que hacía su padre, y que no le da más que para sobrevivir. Han pasado veinte años y sin embargo no ha habido progreso; todo lo que ha hecho no le ha servido para mejorar de forma efectiva su posición.

El trabajo que realiza Julio es en el edificio donde se encuentra la oficina de Don Eleazar, el cual está en ruinas. Todo está viejo y lleno de polvo, la decoración que alguna vez hubo ya no existe, y sin embargo Don Eleazar es un hombre de negocios activo e “innovador a toda prueba” (75). Esto viene a significar una crítica a

la sociedad argentina por comparación inversa: mientras que la superficie ha mejorado y todo es nuevo y tiene apariencias de progreso y modernización, por debajo existe una realidad diferente en la que a nadie le importa el país y donde sólo toman el ejemplo europeo en tanto que centro de modas y no como modelo para desarrollar la nación. La obsesión con las apariencias hace que se deje de lado la esencia y por tanto el país conozca un progreso únicamente exterior y no completo. Algo similar sucede con la casa de Medea, la cual refleja la condición de su dueña; sin embargo, Medea, como se verá más adelante, muere y es sustituida en su casa por Blanca Montifiori, quien pertenece a una nueva clase dirigente. La presencia de Blanca tendrá como consecuencia la destrucción de la casa, haciendo así desaparecer de forma metafórica la clase social a la que ha pertenecido la misma, y poniendo de manifiesto que tanto las apariencias (la casa y su decoración) como lo que hay debajo (las clases sociales que la habitan) lejos de conocer el progreso, van a desaparecer.

Tras entrar en bancarrota Don Eleazar, Julio decide dejar el trabajo, y es en este momento que su compañero de casa y amigo de su padre, Don Benito, decide tomarlo bajo su ala e introducirlo en la alta sociedad porteña a la que él sí pertenece. Así, la primera acción del nuevo cicerone es presentar a Julio en sociedad en un baile de gala del Club del Progreso, del que Julio habla en los siguientes términos:

Es un baile del Club del Progreso donde pueden estudiarse por etapas treinta años de la vida social de Buenos Aires: allí han hecho sus primeras armas los que hoy son abuelos. La dorada juventud del año 52 fundó ese centro del buen tono, esencialmente *criollo*, que no ha

tenido nunca ni la distinción de un club inglés ni el *chic* de uno de los clubs de París. (87)

Como la población que pulula por el Club, se trata de un lugar de apariencias que ni siquiera consigue lo que pretende; no es lo suficientemente sofisticado para ser como un club europeo, pero sí intenta serlo. Además, también es ejemplo de cómo ha cambiado la sociedad argentina. Las clases dominantes han pasado de ser criollas a ser burguesas capitalistas, y sin embargo, a pesar de ese cambio, no ha habido un avance real. Julio explica que el Club es un lugar anticuado que sólo vive de apariencias y de su decoración, como el hecho de tener periódicos ingleses y franceses por las mesas sin que nadie los lea. Es el lugar donde se pueden encontrar tipos sociales como el burgués gordo, el donjuán anticuado o el tonto del pueblo (88-89). Esto sirve de crítica a las clases adelantadas, las cuales no han hecho ningún esfuerzo por avanzar y sólo mantienen su posición, impidiendo que el país conozca el progreso. En ese sentido, el Club, igual que el edificio de don Eleazar, sirve como microcosmos de la nación, o al menos de un sector de la nación, y en él se encuentran los tipos sociales más perniciosos para la sociedad que no producen nada y tampoco dejan que Argentina avance hacia la modernidad. La descripción que hace Julio del salón también es sintomática a ese respecto. Está lleno de gente diferente, pero todos adolecen de la misma falta, la vanidad; a pesar de ser viejos quieren aparentar otra cosa (90). Toda la acción social está basada en las apariencias, y eso es criticado por el narrador, quien ve, desde su perspectiva de clase media baja, cómo la sociedad elitista ha pasado a ser únicamente un escaparate y no un núcleo de desarrollo.

Por otro lado, la presencia del Club del Progreso también tiene importancia en cuanto a la relevancia de los espacios abiertos y cerrados en relación a la diferencia en las clases. María Cecilia Graña, cuando habla del teatro en Buenos Aires, explica que los espacios abiertos y cerrados tenían importancia por cuanto representaban una división de clases, mantenían a las clases bajas separadas de la oligarquía (104-5). En este sentido el Club del Progreso también sirve ese propósito. Es un lugar elitista donde sólo tienen cabida las clases más privilegiadas de la sociedad, manteniendo así una barrera entre la élite y el resto de las clases. Este hecho también hace que el nombre del club tenga una resonancia irónica según aparece en la novela, ya que el espacio del club sólo es exclusivo en lugar de inclusivo, con lo que el progreso del nombre es inexistente si sólo participa de él la oligarquía ya enriquecida y que ha quedado establecida como un elemento social que trabaja activamente para impedir el progreso.

Aún así, ese progreso, como el club en sí mismo, existe únicamente en la apariencia, y ejemplo específico de eso es el doctor Montifiori, una de las figuras prominentes de esa nueva sociedad porteña. Es europeo y no se dice exactamente de dónde es, aunque el apellido evoque un origen italiano, lo cual tendría sentido dada la enorme inmigración italiana que conoció Argentina. Se le describe como a un viejo obeso que se perfuma demasiado, tiene demasiadas amantes y hace gala de un europeísmo muy afectado (93-95). Se le hace genéricamente europeo para criticar esa tendencia europeizante del Buenos Aires de 1882 y hacer ver que no todo lo que viene de Europa es necesariamente positivo. Montifiori representa lo peor de la alta

sociedad porteña y aquello en lo que ha devenido la nación argentina. Sólo está preocupado por las apariencias y el buen vivir; no tiene ningún tipo de inquietud en cuanto al progreso del país y no invierte más que en sí mismo. Hasta tal punto llega esa tendencia egocéntrica de Montifiori que cuenta la historia de un día que estaba en París acompañado de un príncipe y encontró a un argentino de las provincias en apuros. Montifiori decidió no hacer nada por ayudarlo y el provinciano acabó en la cárcel (96-97). Esta historia es representativa del tipo de sociedad que impera ahora. Montifiori no se digna en ayudar a un argentino sólo porque éste es de las provincias, no tiene tanto dinero o posición como él y además Montifiori mismo va acompañado de un príncipe. Esa falta de solidaridad nacional es otro aspecto que detiene el avance del país. Las clases pudientes no hacen nada por ayudar a las que están por debajo; únicamente se preocupan de su propio bienestar, con lo que no puede existir un auténtico progreso social.

La anécdota también es importante a la luz de lo que Nicolas Shumway llama la “mythology of exclusion”. Según Shumway, ese es uno de los factores que llevó al fracaso de Argentina y que fue creado por algunos intelectuales del siglo XIX. Explica que consiste en la idea de que la división social existe y que la falta de unión lleva a la creación de una sociedad en la que sus componentes están más interesados en humillarse unos a otros que en comprometerse y progresar (x-xi). Esto es exactamente lo que ocurre en La gran aldea. Montifiori prefiere no preocuparse por el bienestar de otro argentino, simplemente se preocupa por su propio beneficio y por quedar bien delante de un príncipe europeo. Esa falta de solidaridad es un factor

importante a la hora de impedir el progreso, ya que no se mira por el bienestar general sino por el desahogo particular, por tanto la nación no puede alcanzar el progreso.

Sin embargo, la ausencia de solidaridad no es el único problema presente en la sociedad argentina representada en el Club. Una de las dolencias que Julio observa en el Club y que ya se ha mencionado es la de las apariencias. Esas apariencias vienen dadas por la imitación de lo extranjero, sobre todo de lo europeo, especialmente las costumbres inglesas y francesas, mencionada con anterioridad. Esa obsesión de la élite gobernante en Argentina por lo extranjero tuvo también un impacto importante en la inmigración. Para empezar, se tenía la intención de promover Argentina en el extranjero, y para ello, según Sáenz Quesada, se instalaron oficinas de reclutamiento en puertos europeos (366). Quesada también explica que la población argentina aumentó a casi el doble entre 1869 y 1895, ello gracias a la inmigración europea (388). Quesada explica que este fenómeno llevó a un momento en que “en la capital argentina, la mitad de la población había nacido en el extranjero” (397).

No estaba el país exento de pensadores que consideraran que la inmigración debía ser defendida. Así, José Hernández, el famoso creador de Martín Fierro, observa lo siguiente en un artículo aparecido en el periódico *El Nacional* en 1869:

Observa *El Nacional* con razón que el desierto es la enfermedad crónica del país, observación que no escapa, efectivamente, a todo el que de cerca examina los fenómenos que se desarrollan a nuestro lado. Advierte en las masas el atraso, las preocupaciones, el retraimiento del

trabajo, y les asigna por causa el aislamiento del laborioso extranjero, cuyo ejemplo sería un estímulo, y cuya industria multiplicaría nuestras fuerzas. (295)

Hernández es defensor de la inmigración; piensa que se deben importar extranjeros para que sirvan de ejemplo a las masas que no quieren trabajar. Hernández considera que la inmigración debe ser fomentada, y en el mismo artículo explica que en Europa se piensa que en América hay una tierra de promesas y progreso (296). Pero aún así, incluso Hernández es cauteloso a la hora de llamar a la inmigración para que se convierta en la panacea a los males del país, es decir, el desierto. También dice que “la inmigración sin capital y sin trabajo, es un elemento de desorden, de desquicio, y de atraso. El mal crónico está en el desierto, es verdad, pero se necesita hallar el medio de subsanarlo” (296). La inmigración no es necesariamente mala para el progreso del país si trae el buen ejemplo del trabajo y capital que invertir; de otro modo lo que se encuentra es precisamente lo contrario del progreso.

Por otro lado, la inmigración siguió por unos caminos diferentes a los originalmente imaginados, como explica Zea:

El sueño sarmientino de una emigración que al hacer su propia grandeza hiciera la de la región rioplatense no fue posible. Una fue la emigración destinada a trabajar los campos y cuidar ganado y después dar los obreros de las fábricas, y otra fue la presencia de los grandes consorcios del capitalismo de Europa y los Estados Unidos que

enviaron, no trabajadores sino gerentes que se encargasen de obtener el mayor provecho de la región. (92)

Esto consiguió que los que realmente se enriquecieran fueran los centros capitalistas que invirtieron en Argentina, mientras que la propia nación no conoció el progreso que se esperaba que la emigración europea y norteamericana fueran a traer. Las palabras de Zea también traen a colación la importante diferencia entre los diversos tipos de inmigración. Es necesario distinguir entre la inmigración europea capitalista, sobre todo francesa e inglesa, que veía en Argentina un lugar para la inversión y el enriquecimiento y la inmigración que estaba compuesta de trabajadores pobres y que provenían principalmente de Italia. Es el segundo caso el tipo de inmigración por el cual suspiraba Sarmiento y que podría traer a la Argentina las costumbres del trabajo duro para alcanzar el progreso nacional y conseguir que la pesadilla que suponía la amplia extensión desértica argentina se convirtiera en una ventaja; el primer caso es el que trajo la influencia de lo europeo en términos de especulación y de obsesión por las apariencias, lo cual no ayudaba al mejoramiento del país.

Shumway explica lo que opinaban algunos pensadores argentinos sobre la paulatina europeización del país. Así, apunta que la obsesión llegó hasta tales extremos que incluso Sarmiento criticó a Urquiza por no hacer las cosas más a lo “europeo” (180-81). Sin embargo, ya en la década de los sesenta, Alberdi había reconocido que la europeización no era la solución, ya que significaría firmar la sentencia de muerte de la nación argentina. Alberdi pensaba que la inmigración no era necesariamente buena si iba a sustituir a la población y las costumbres argentinas

(184). Esta tendencia es la que también se critica en la novela de López: la obsesión por la europeización y lo que la oligarquía considera “de moda” y aceptable hace que se deje de lado lo que realmente importa, es decir, la modernización de Argentina desde sus raíces y para sus raíces, la preocupación por los intereses nacionales. De ahí la importancia del episodio de Montifiori en París: lo que se sacrifica es a un argentino en favor de un extranjero, con lo que el estancamiento del progreso argentino se acentúa. Junto con esta anécdota, también se critica en la novela la extranjerización nacional por medio de la ridiculización de los personajes que van al Club y que utilizan palabras extranjeras constantemente en detrimento del español.

Por otro lado, autores como Mansilla habían conectado los dos factores de obsesión por las apariencias y obsesión por lo europeo en la incapacidad de la oligarquía gobernante porteña de incluir en los planes nacionales a los auténticos hijos de la Argentina, que para él son los indios (Shumway, 259). Para Mansilla, esa incapacidad también es extensible al resto de clases sociales y no sólo a los indios. El hecho de que esa oligarquía sólo se centre en sí misma, hace que también las clases medias sufran por cuanto sus intereses no son tenidos en cuenta a la hora de crear planes nacionales, y por tanto su progreso, y el de la nación en general, se ve severamente perjudicado. Mansilla va incluso más allá y se atreve a decir que el progreso que consiguen las clases altas porteñas es de hecho antinacional, ya que va en contra de la auténtica identidad argentina. Este hecho puede ser aducido a que los Mansilla tradicionalmente favorecían a las facciones más provincianas, incluso

llegando a ser aliados de Rosas y los Federalistas, y desconfiaban de las élites porteñas.

En esa misma línea de pensamiento, según expone Shumway, intelectuales como Guido y Spano o Alvear mantienen que lo que realmente existe tras la fijación de importar modos extranjeros es un complejo de inferioridad: la idea de que Argentina no tiene ningún potencial y no es más que una granja (282). Esta concepción significaría que los planes de progreso nunca van a realizarse por completo y el país nunca conocerá una auténtica modernidad, ya que no se cree en la idea de que pueda llegar a ella; es decir, si los mismos individuos que están encargados de lograr que los planes nacionales para el progreso lleguen a fruición no creen que dichos planes sean factibles ya que consideran que Argentina es inferior y por tanto sólo puede servir como proveedora de materias primas y nunca como productora de manufacturas, la nación nunca podrá progresar porque no existirá el esfuerzo para que ocurra así. Como consecuencia, no solamente las clases medias van a sufrir, sino que con el tiempo incluso la oligarquía se verá abocada a un futuro vacío y exento de pasión por el progreso nacional.

El fatalismo hacia la inmigración llega al punto de que José Manuel Estrada en “Problemas argentinos” dice lo siguiente:

Poco o nada ha alterado la inmigración extranjera estas condiciones morales de la masa argentina. [...] La agricultura es explotada por los extranjeros, así como la cría del ganado lanar. Por lo demás, las masas europeas que se instalan en nuestras campañas, antes bajan al nivel de

los gauchos que los elevan a la altura de civilización que gratuitamente se les atribuye. Es una ilusión, como otras muchas predominantes en nuestra legislación económica y política, la esperanza de que serán regeneradas las muchedumbres argentinas por el establecimiento de muchedumbres inmigradas. (446)

Estrada se queja de que la inmigración, que prometía traer la civilización y el progreso a donde los pensadores argentinos habían situado la barbarie, no ha conseguido nada. No sólo no se ha civilizado y progresado como se había prometido, sino que además, como piensan muchos otros, la economía y la tierra argentinas están ahora en manos de extranjeros que sólo tienen en mente su propio beneficio.

La inmigración, por tanto, es también un factor de falta de progreso que se critica en la novela a través de Montifiori, el cual representa todo lo malo que engendra la inmigración en tierras argentinas. Y dado que, como dice Althusser y como se explicó en el análisis de Suprema ley de Federico Gamboa, la ideología se transmite en parte a través de la familia, Blanca, la hija de Montifiori, también refleja algunas de las malas características de su padre. Es una mujer joven y bella, pero no tiene más interés que el dinero y la posición social, hasta el punto de decir “ ‘ . . . jamás, aun amando mucho, me casaría nunca con un hombre pobre. Tengo horror, miedo, por la pobreza. . . ’ ” (100). Prefiere sacrificarlo todo por un hombre con dinero y una buena posición, aunque eso no le impide, como ella misma reconoce, engañar a su marido si aparece un hombre por el que sí sienta pasión. Al igual que su padre, Blanca demuestra una superficie interesada en el dinero y las apariencias, y su fondo

no deja de ser moralmente corrupto. La sociedad argentina se ha convertido en ese grupo de burgueses preocupados por el dinero y ha dejado de ser una sociedad interesada en el progreso del país. Por otro lado, y como representante de una segunda generación de inmigrantes, Blanca también ejemplifica la tendencia, incluso más marcada que en la primera generación, a no hacer nada por el país. La inmigración, vista desde cualquier punto de vista en la novela de López, es algo negativo que no logra nada que favorezca el crecimiento progresista de la nación.

Los deseos de Blanca de encontrar un marido rico se ven cumplidos cuando Medea pasa a mejor vida y deja a Don Ramón viudo y con una herencia de muchos millones. La muerte de Medea también explicita la desaparición factual de la generación a la que representa, la aristocracia criolla anticuada con sus valores de superioridad y su forma de ver el mundo en términos de clase alta o baja. Juan Pablo Spicer-Escalante especifica que ese efecto se consigue además por el énfasis que el narrador pone en aspectos de sangre al narrar la muerte de Medea, y en lo que le ocurría a su cuerpo, así como el hecho de que al morir escupió un cuajo de sangre (332), con lo que se consigue poner más atención sobre el hecho de que es la clase aristocrática la que desaparece, ya que era esa clase la que más se centraba en la importancia de la sangre. Además hay que unir esto al hecho de que Medea no tiene hijos, y por tanto no puede reproducir su clase social.

David William Foster también coincide en indicar que la muerte de Medea marca el cambio de los ideales de una generación a otra (99). Esa generación antigua ha dado paso a una que se interesa en el dinero como marcador de clase y en el

mantener las apariencias a pesar de todo. Y eso es precisamente lo que tienen los Montifiori en mente cuando ven una enorme oportunidad en el nuevo estado social de Don Ramón. Se decide que Blanca se case con Don Ramón. De esta forma metafórica se unen dos clases diferentes y dos momentos históricos diferentes. Por un lado está Don Ramón, el cual es de clase media baja y ha ascendido de clase gracias al matrimonio con Medea, poseedora de una fortuna aristocrática criolla. Ahora que Medea ha muerto, el matrimonio de Don Ramón y Blanca hace que éste pase a formar parte, de nuevo a través del matrimonio, de la nueva clase dirigente, la burguesía capitalista, y que Blanca, representante de esa burguesía, herede el dinero que a su vez ha heredado Don Ramón. Spicer-Escalante también apunta que esa boda logra al mismo tiempo unir a un representante del criollismo argentino con una representante de una cultura más eurocéntrica, consiguiendo así que se mezclen ambos lados del espectro (336). El hecho es que todo queda en las manos de las clases dirigentes, sea cual sea el periodo al que pertenecen, y las clases bajas no consiguen nada. El dinero se mueve siempre en los mismos círculos sin salir de ellos, con lo que el progreso efectivo de la nación queda afectado por cuanto se hace imposible.

Por otro lado, Spicer-Escalante sostiene que el hecho de que Blanca se case por dinero significa que se prostituye y que se legitima la prostitución (340). Aunque las mujeres se han casado tradicionalmente por dinero, en el siglo XIX se incluye el elemento del amor en el matrimonio. La focalización de Julio y su desprecio por Blanca colaboran a que se vea el matrimonio de Blanca con Don

Ramón como prostitución. Esto es precisamente lo que se critica en la novela también: el vender la integridad por dinero. La oligarquía bonaerense se prostituye a los intereses extranjeros, tendencia que había comenzado, como se ha dicho antes, cuando Mitre abrió el comercio a grupos extranjeros en 1862. Lo único que se consigue con esa posición es que la élite se enriquezca más, pero no el resto de la nación, con lo que el progreso en términos generales se ve impedido en favor del progreso de unos pocos.

Así, se hace efectiva la unión de Blanca y de Don Ramón, y la casa familiar de Medea se convierte en el nuevo centro social de Buenos Aires. Igual que Medea tenía tertulias políticas en 1862, Blanca tiene tertulias sociales en 1882, y al igual que Julio criticaba a los contertulianos de Medea, también critica a los que asisten a las tertulias de Blanca. Son personajes que hacen excesiva vida social y los describe como si fueran parásitos que arruinan al anfitrión; son animales ociosos (134-35). Si los contertulios de Medea no eran útiles al progreso porque no tenían ideas modernas que hicieran que el país avanzara, los de Blanca son igualmente inútiles porque no hacen más que consumir y extender su vida social sin producir nada y sin mostrar ningún interés en el futuro nacional. La misma Blanca es descrita como una persona caprichosa y antojadiza que sólo piensa en comprar vestidos lujosos y joyas para ir a los bailes de Buenos Aires (136-37). Tanto es así que empieza a dilapidar la fortuna de Don Ramón debido a su tren de vida, e incluso se habla de tener que tomar hipotecas (140-41). Esto demuestra que ese estilo de vida, lejos de producir un progreso, no consigue más que la pérdida de lo que se tiene, es decir, deviene en un

retroceso que no beneficia a la nación. Ese derroche es puesto en primer plano por el narrador para mostrar cómo no trae nada bueno. El hecho de que se muestre en el texto esa tendencia tan a las claras pone de manifiesto lo que las clases altas con dinero no hacen y sí deberían hacer en lugar de despilfarrar en joyas y fiestas; es invertir en la modernización de Argentina y conseguir que existiera más igualdad en la sociedad. Incluso escritores de la época hablan del ocio como un vicio a erradicar. Félix Frías en su artículo “Vagancia” de 1857 dice que la ociosidad es la madre de todos los vicios y sólo crea fallas morales (43-44). Esto es lo que se ve en la clase burguesa de Buenos Aires --mucha ociosidad que les lleva a perder toda clase de valores, y por tanto a no tener ningún interés en el futuro de la nación. Esta idea de moralidad no es inherente a Argentina, ya que también existe en otros países y épocas, como se vio con la discusión sobre el alcoholismo en Suprema ley.

Por su lado, José Manuel Estrada afirma lo siguiente:

La riqueza de cualquier manera que sea aglomerada imprime fuerza a las naciones y les da brillo. Mal distribuida, no obstante, genera conflictos, precipita inmoralidades y enciende discordias. [...]

Entretanto, es doloroso observar el influjo exclusivo que ejercen las máximas más bajas y duras del materialismo económico. Él condensa todos los errores y prepara todas las tempestades. Se revela en este síntoma: la preferencia dada sobre todas las ventajas y conveniencias de la vida social y privada, a la adquisición y aumento de la riqueza.

(450)

La novela critica precisamente este fenómeno apuntado por Estrada. La acumulación de riqueza mal distribuida no hace más que crear problemas, ya que son siempre las mismas clases adineradas las que continúan acumulando, mientras que las clases medias se quedan sin nada, como ejemplifica el paso de Julio por el Club del Progreso, y por tanto no puede existir una auténtica modernidad. Por otro lado, la acumulación de riquezas también hace que aparezcan la inmoralidad y el despilfarro, como demuestra el tren de vida de Blanca, lo cual hace que el dinero no se invierta en lo que realmente es necesario para el progreso de la nación, sino únicamente en el entretenimiento de la oligarquía.

Por otro lado el matrimonio de Don Ramón y Blanca es también sintomático de lo que ocurre con otras familias en el texto y lo que significa en cuanto a la falta de progreso criticada en la novela. Antes de ser viudo, Don Ramón y Medea nunca tuvieron hijos, y Julio lo expresa así: “Una mujer como mi tía, tenía que ser, como fue, de una esterilidad a toda prueba” (8). No se reproducen los valores que representa Medea, es decir, los de la aristocracia criolla, y que no deben permanecer para que la sociedad pueda mejorar. Por tanto su esterilidad es la forma de decir que esa visión del mundo va a extinguirse por su propia imposibilidad de reproducción. Sin embargo, y ya en 1882, Don Ramón sí encuentra una forma de reproducirse con Blanca. Tienen una niña de la que Blanca se aburre, porque prefiere su vida social a su vida familiar. En este caso, y a pesar de la reproducción, los hijos tampoco suponen un futuro, ya que la niña muere al final de la novela cuando la casa se incendia por accidente. Esa muerte, unida al hecho mismo del incendio de la casa

que representa a las élites tradicionales porteñas, como ya se mencionó, también significa la destrucción total de esa oligarquía rancia que no aportaba nada al progreso nacional. Se destruye el presente mediante el incendio de la casa, y el futuro mediante la muerte de la niña, quien tampoco representa una herencia sólida, dado que no se trata de un hijo varón que garantice la continuidad de la clase.

La unión de la clase media baja enriquecida y de la burguesía capitalista tampoco encuentra una forma de extenderse hacia el futuro, la forma de pensar de Blanca, que Don Benito explica que ha heredado de su madre (104), tampoco puede encontrar una forma de sobrevivir porque arruinaría el futuro. Esa falta de interés en la familia que demuestra Blanca debe desaparecer, igual que desapareció Medea. No piensa en la familia, sino en divertirse, aun sabiendo que está embarazada. Ella desestima la descendencia, que supone el futuro y el progreso, y prefiere un presente banal y caprichoso, igual que había hecho anteriormente el doctor Trevejo con la juventud porteña. La novela critica que el no prestar atención a la juventud y los hijos es una equivocación porque suponen el auténtico progreso, y tanto la generación de 1862 como la de 1882 cometen el mismo error. Spicer-Escalante explica que la familia y la reproducción deberían servir para crear un proyecto de nación unida que se preocupara por el progreso tanto social como económico y político, pero en realidad crean la idea de desunión, de que no es posible reconciliar clases e ideas (328). Además de la idea de Spicer-Escalante, es necesario tener en cuenta que la imposibilidad de uniones en la novela también explica que el progreso no va a ser

posible debido a la falta de consenso entre los intereses de los diferentes componentes de la sociedad.

En ese sentido y con relación a la familia, Estrada se encarga de argumentar que

todo podrá desmoronarse zapado por el materialismo revolucionario, menos la familia, mientras en su seno padres o madres sean capaces de inmolarsse por sus hijos. [...] La familia no es tan sólo un fragmento de la masa social: es un órgano de la estructura fisiológica y viva de esta entidad, es un núcleo de gobierno: el asiento y el teatro de la patria potestad. (450-51).

Esta tendencia, de pensar que la familia es el núcleo de todo y que tiene incluso carácter divino, se ve revertida en La gran aldea por Blanca. No solamente es incapaz de mantener unida a su familia, sino que tampoco es capaz de impedir la muerte de su hija, y con eso López critica la desintegración que se daba en las familias y que impedía a este núcleo avanzar y desarrollarse para conseguir que el progreso nacional fuera algo posible.

La gran aldea, por tanto, critica los elementos que estaban haciendo que el progreso argentino no fuera una realidad. Para empezar se critica la actitud de los representantes de la oligarquía porteña a través de los ojos de un huérfano perteneciente a la clase media baja, tanto en el periodo mitrista de 1862 como en el de Roca de 1882. Esa clase alta sólo se preocupa de su propio interés, sin tener en cuenta al resto de la nación; y su énfasis en las costumbres extranjeras, ironizado en la

novela mediante el uso de palabras inglesas y francesas, también colabora al abandono de lo autóctono argentino y de lo que realmente va a conseguir que el país avance, tanto en materia de educación, como en el plano económico e industrial.

La gran aldea presenta un espectro de clases menor que Suprema ley de Federico Gamboa, discutida en el capítulo anterior, pero sí presenta un problema similar: las clases altas acaparan todo, con lo que las clases medias bajas no tienen espacio para maniobrar y sobrevivir, haciendo que la nación entendida como un todo global no consiga alcanzar la modernidad. Esto lleva a Spicer-Escalante a destacar que Lucio V. López parece afirmar que Argentina no tiene futuro, ya que todos los representantes de las diferentes clases acaban mal parados o suponen elementos perniciosos para el progreso de la nación y por eso aparecen fuertemente criticados (342). A esto es posible añadir que incluso Julio, el personaje menos corrupto de todos, no consigue a ninguna de las dos mujeres que pretende, lo cual lleva en última instancia a la incapacidad de reproducirse, con lo que su clase está destinada a desaparecer.

La novela de López articula el cambio producido entre la Argentina de 1862 y la de 1882, y es en el paso de un momento histórico a otro que se puede observar la falta de progreso. Así, Palti explica que

[...] Mitre [...] fija el canon para la interpretación de la historia como un despliegue orgánico a través de etapas sucesivas en las que las élites locales aciertan infaliblemente a interpretar la voluntad y las necesidades de su pueblo, ya que sólo así se convierten en tales élites:

tan pronto como fracasan en su tarea, los grupos hasta entonces dirigentes invariable y automáticamente desaparecen de la historia para dejar su lugar a otros más aptos. (10-11).

Lo que La gran aldea ofrece es una visión negativa de las élites de 1862 y de las de 1882. Las últimas han sustituido a las primeras, pero en esa sustitución no se ha encontrado traducción a esa aptitud que mencionaba Mitre. Las clases dirigentes de 1882 no son mejores que las de 1862, arrastrando con ellas a toda la sociedad, y eso provoca la falta de progreso y el consiguiente estancamiento.

Capítulo 3: España

Fortunata y Jacinta de Galdós como crítica de la modernización española

Si el proceso de crecimiento y modernización en el contexto latinoamericano del siglo XIX fue convulso, no lo fue menos el que atravesó España en la misma época. La sociedad española empezó el siglo metida todavía en un sistema semifeudal en el que la Revolución Industrial no había tenido demasiado impacto y aún iba a tardar en tenerlo. El gobierno pasó por diferentes etapas; entre ellas, el absolutismo de Fernando VII, que murió en 1833; el trienio liberal que duró los tres años comprendidos entre 1820 y 1823 y que interrumpió el reinado de Fernando VII; y por último las guerras carlistas por el trono del país entre el hermano de Fernando, Carlos, y su hija Isabel II, la cual se mantuvo en el trono hasta la Revolución de septiembre de 1868. Esta Revolución dio paso al llamado Sexenio Revolucionario, que terminó con la vuelta al trono en 1874 de los Borbones en la figura de Alfonso XII, comenzando así el periodo conocido como la Restauración.

Fortunata y Jacinta (1887) de Benito Pérez Galdós aparece en los años culminantes de la Restauración, y responde a un momento en la obra de Galdós en el que gran parte de la atención del autor canario la merecen las clases medias. Esta novela surge en un periodo del pensamiento galdosiano en el que el desencanto sobre esas clases sociales había empezado a aparecer, y por tanto la presentación de las clases medias también incluye la crítica, como ocurre en textos como La de Bringas (1884) y Miau (1888), y que dará paso a un rechazo más directo en textos como Misericordia (1897) y Nazarín (1895).

Como se ha dicho, en el periodo anteriormente descrito se desarrolla Fortunata y Jacinta, aunque la narración alcance hasta décadas mucho más anteriores. La novela narra la historia de dos familias protagonistas, los Santa Cruz, pertenecientes a la alta burguesía, y los Rubín, de la clase media baja. Junto con la historia de estas dos familias, Galdós también presenta todo un universo social en el que aparecen representados todos los estratos sociales de la España decimonónica y en específico de Madrid, que era la capital del reino desde hacía más de dos siglos.

Galdós es uno de los escritores más prolíficos e influyentes de la literatura peninsular, y por tanto la crítica existente es abundante. Existen trabajos destacables recientes como el de Jo Labanyi sobre la relación entre el género y la modernidad, y también el ensayo sobre la relación entre clase y el fenómeno de la “cursilería” de Noël Valis, del que luego se hablará. Al mismo tiempo, hay trabajos en los que se analiza la presencia de la modernidad en Fortunata y Jacinta como los de Germán Gullón y Joaquín Casaldueiro, y también ensayos que incluyen nuevas perspectivas sobre el desarrollo de la modernidad, tales como los de Eva Woods y Susan Larson o el de Deborah Parsons. Merece mención la influyente recopilación de John Kronik y Harriet S. Turner en la que los ensayos van desde la simbiosis naturaleza/sociedad en Fortunata y Jacinta hasta la representación de la ley y el orden en la misma novela; y, por último, los clásicos artículos de Vernon Chamberlin en los que el crítico analiza la simbología en los textos de Galdós: desde la presencia de la música clásica y la ópera hasta el significado de los nombres y la simbología sexual del caballo. Sin embargo, en este entramado crítico que relaciona tantos elementos de la literatura

galdosiana no se ha prestado atención a la relación existente entre la representación de las clases medias en Fortunata y Jacinta y el progreso industrializador y modernizador que atravesaba España a finales del siglo XIX.

A través de la representación de todo su universo, Galdós pone en primer plano el estado de la sociedad española durante la Restauración, y eso le permite llevar a cabo una crítica de la falta de avance del país. Así, mediante la comparación y contraste de las diferentes capas sociales, sobre todo los diferentes niveles de las clases medias, y la inclusión de elementos culturales de la España de ese momento, el autor canario realiza su crítica de la modernización con la discusión de fenómenos como la moda, la industrialización o la educación, pasando por la comparación con naciones extranjeras. En ese sentido, se puede hablar de dos tipos de diferencias con respecto a la situación en Argentina o México. Para empezar, existe una diferencia en el aspecto socio-histórico: las clases sociales en España forman una amalgama más difícil de diferenciar, en la que las clases medias bajas y también las bajas interactúan con la alta burguesía para formar un entramado social complejo que da lugar a fenómenos específicos. Aunque tales fenómenos son similares a los que aparecen en Hispanoamérica, hay diferencias claves en la manifestación de ciertos impulsos sociales como se verá más adelante.

Por otro lado, también existe una diferencia en el ámbito de la representación del contexto antes mencionado. Así, en Suprema ley el lector encuentra la presentación de una familia de clase media-baja y su contexto social y económico. En La gran aldea la clase media-baja representada por Julio aparece inmersa en un

contexto de clase media-alta y explicado desde el punto de vista de la primera. Sin embargo, en Fortunata y Jacinta surgen la clase media-alta y la clase media-baja presentadas primero como entes separados y en interacción más adelante; es esa yuxtaposición y comparación y no la presencia única de una u otra clase lo que permite a Pérez Galdós comprobar la situación de la clase media-baja y la falta de progreso.

Tradicionalmente, la estructura social de la España decimonónica se considera dividida de la siguiente manera: en la capa más alta estaba la aristocracia tradicional que perdía terreno a pasos agigantados debido entre otros factores a las desamortizaciones que empezaron a darse ya en el siglo XVIII con Godoy y que continuaron en los años 1808-1823 gracias a la administración bonapartista y las Cortes de Cádiz, 1834-1854 por mano de Mendizábal y Espartero, y 1855-1924 a través de la Ley de Pascual Madoz. A pesar de todo esto, los aristócratas continuaban detentando el lugar más alto del escalafón social. A ellos les seguía la burguesía alta y adinerada. En algunos casos esa burguesía estaba compuesta por terratenientes emigrados a Madrid, pero también había componentes de las esferas comerciales y especuladoras de la tierra. Tras ella venía la pequeña burguesía, que formaba un grupo más ecléctico, incluyendo representantes de diferentes profesiones de carácter técnico como farmacéuticos, profesores, etc. y que también incluía a un cada vez más amplio grupo de burócratas. El más que deseo de formar parte del entramado gubernamental, y que afectaba más que a nada a esta clase social, era conocido como la “empleomanía”. Esta clase social es la que se puede denominar clase media baja

en el contexto español. Por último se encontraba el pueblo trabajador, las clases obreras que formaban un grupo relativamente variopinto dependiendo del tipo de jornal que tuvieran sus componentes pero que constituían las clases más marginadas y con menos influencia en la sociedad.

En Fortunata y Jacinta aparecen encarnadas todas ellas de una forma u otra, y todo ello forma una representación de la sociedad española del siglo XIX tal y como la comprendía Galdós tanto en su concepción descriptiva como normativa; es una sociedad que, aunque compuesta de todos esos grupos, no se encuentra tan estratificada como lo estaba durante el Antiguo Régimen, sino que las diferentes clases conviven las unas con las otras, creando un mosaico en el que todas las piezas se influyen entre sí, y en el que todas juntas tienen un impacto en la forma en que se desarrolló el proceso de modernización del país. A pesar de esto, Manuel Vivero apunta que “la sociedad madrileña que se presenta en Fortunata y Jacinta se reduce al ámbito de la burguesía y nada más [...]. Las clases sociales son las que se diferencian dentro de ese ámbito” (305). Vivero tiene razón al afirmar que la burguesía ocupa el centro de la novela y de la sociedad de ese momento, pero no es menos cierto que el resto de clases interactúan con ella y que son igual de importantes a la hora de evaluar cómo el proceso de modernización afecta a la sociedad española en general. Algunos de los críticos que reconocen la importancia de otras clases sociales en la novela, son Linda Willem, quien discute la presencia del llamado “cuarto estado” o pueblo llano en el texto, o Peter Goldman, quien crea un paralelo entre la escalera en la casa de Fortunata y la escala social, donde cada clase tiene un peldaño asignado (158-59). Es

importante tener en cuenta en este punto las palabras del propio Galdós en su ensayo “Observaciones sobre la novela contemporánea en España” de 1870: “La novela [...] necesita un círculo más vasto que el que ofrece una sola jerarquía, ya muy poco caracterizada; se asfixia encerrada en la perfumada atmósfera de los salones, y necesita otra amplísima y dilatada, donde se agite y respire todo el cuerpo social” (128). Según Galdós, la novela moderna ha de ser espejo de toda la sociedad en la que vive y no sólo de uno u otro grupo, para, no sólo poder competir con la tradición literaria de otros países, sino también tener una visión global de las corrientes que atravesaban los diferentes estratos de una sociedad determinada. De esta forma, Fortunata y Jacinta emerge como un vehículo en el que aparecen todas las clases sociales y sus respectivos papeles en la sociedad según los entendía Galdós y según su punto de vista sobre cómo deberían ser. Este hecho crea una discrepancia entre la teórica objetividad del realismo y la idea de que Galdós está ofreciendo su propio punto de vista normativo sobre cómo debería estar formada la sociedad. Esto significa que el realismo no es tanto un reflejo de la sociedad como una manifestación de los pensamientos de un autor, y de ahí quizá su encanto para los autores: pueden esconder sus propias convicciones tras la máscara de verosimilitud que acompaña a dicho movimiento.

Aunque aparecen representantes de todas las clases sociales, la novela que nos ocupa, sin embargo, se centra en las clases medias; por un lado la alta burguesía representada por la familia Santa Cruz, y por otro la baja burguesía, la clase media baja, ejemplificada en la familia Rubín y sus respectivos círculos amistosos y

sociales. Así, el texto empieza con la historia de la familia Santa Cruz y de cómo progresaron hasta llegar a ser parte de la alta burguesía madrileña. El narrador habla de “el insigne Santa Cruz que se había enriquecido honradamente con el comercio de paños” (I, 103). Don Baldomero Santa Cruz es parte de una familia comercial que se hizo rica vendiendo ropa y paños. El progreso en el caso de los Santa Cruz viene de su propio trabajo, y empezando desde abajo alcanzan las más altas capas de la burguesía:

Había empezado el padre por la más humilde jerarquía comercial, y a fuerza de trabajo, constancia y orden, el horterero de 1796 tenía, por los años del 10 al 15, uno de los más reputados establecimientos de la Corte en pañería nacional y extranjera. Don Baldomero II [...] heredó en 1848 el copioso almacén, el sólido crédito y la respetabilísima firma de Don Baldomero I, y continuando las tradiciones de la casa por espacio de veinte años, retiróse de los negocios con un capital sano y limpio de quince millones de reales. (I,118-19)

Este resumen de la formación de la fortuna de los Santa Cruz explica la idea de que a través del trabajo se puede progresar, como indica Olga Kattan: “Don Baldomero II, al frente de su próspero negocio, es el típico representante de la clase media alta. Pero su “posición” la consigue gracias a un trabajo duro y a la moderación de sus necesidades” (550). El mensaje parece ser que es posible ascender hasta alcanzar una buena posición económica y social.

Pero también refleja el fenómeno comercial de la España del siglo XIX. El comercio hace que se amasen grandes fortunas y se progrese de forma individual, y es algo que se dio a menudo; sin embargo, la abundancia de comercio también significa en este caso la escasez de la industria. El comercio creció tanto como la industria dejó de hacerlo, y la consecuencia fue que la nación no alcanzó tan rápidamente como se desearía la modernización industrial que otros países europeos como Inglaterra o Francia ya habían alcanzado para el último cuarto del siglo XIX. En ese sentido, es necesario tener en cuenta la idea de Susan Larson y Eva Woods en Visualizing Spanish Modernity, donde hablan sobre el lugar de España en el proceso de modernización de Europa: “the specificity of Spanish modernity does not mean that it lies outside a larger European modernity (France, Germany, England) or that Spain arrives “late” to modernity as is so often assumed” (5). Además notan que la modernidad en España es una experiencia variada y plural, con diferentes velocidades y espacios (1), y que se encuentra situada dentro del contexto de la modernidad europea y occidental (6-7). La conclusión que se debe inferir, entonces, es que España era parte de ese proceso de modernización europeo, pero dentro de dicho proceso, España tenía su propia “velocidad”. Sin embargo, las críticas a la modernización española abundan, como se podrá comprobar, debido a factores que se discutirán en este capítulo, tales como la falta de inversión o el poco desarrollo de la educación, entre otros. A ese respecto, Deborah Parsons en A Cultural History of Madrid, siguiendo a Jo Labanyi, explica que la cultura española ha sido construída como una perdedora en el contexto de la modernización europea, y eso es así debido a

las perspectivas de la modernización que venían del norte de Europa relacionadas con los avances industriales y tecnológicos como condiciones para la modernidad, y que España no cumplía (4). Ese es el motivo por el que el proceso de modernización de España no es inexistente, sino más lento cuando se compara con el de otras naciones europeas, y de ahí también la necesidad de imitar a esas naciones, consideradas como el modelo a seguir, de lo cual se hablará más adelante. En esa misma corriente de pensamiento, Larson y Woods explican que “many Spaniards ran headlong towards this idealized future, basing their hopes on images from more industrially developed countries while denying or wishing away their own surroundings” (6). Por tanto, la modernidad en España se presenta como una experiencia variada e incluida dentro del proceso europeo más amplio; sin embargo, la modernización española se ha fijado en los procesos extranjeros para construirse a sí misma, lo cual provoca que España aparezca como una seguidora en dicho proceso, siempre en la retaguardia y nunca en la vanguardia, siempre a remolque de otras naciones.

El comercio, como queda dicho, proporciona grandes fortunas, pero Galdós se encarga de mostrar que ese progreso monetario es inútil si no va acompañado de una buena inversión para que también se produzca el progreso industrial global. A ese respecto, Bahamonde Magro y Toro Mérida explican que “la banca madrileña en general se distinguió por su poca dedicación al fomento industrial y comercial, y en esto se diferenciaba funcionalmente de las otras bancas extranjeras” (135). Esto hace que el país no progrese al ritmo que lo hacen otras naciones, ya que el dinero no se

reinvierte y por tanto no existe uno de los motores de la industrialización como los fondos de investigación y desarrollo.

Esa industrialización se encuentra en España en un estado de atraso importante en comparación con otras naciones como Francia o Inglaterra. Así, según explica Jordi Nadal en El fracaso de la Revolución Industrial en España, la pérdida de las colonias en el primer tercio del siglo XIX hizo que la hacienda española dejara de tener un importante capital para la financiación del nuevo estado industrial, algo que sí tuvo Inglaterra, con lo que se manifestó el atraso español con respecto al Reino Unido (26). Es más, Nadal también recalca que, durante los años comprendidos entre 1852 y 1873, la quiebra del estado le obligó a tomar grandes préstamos del Banco de España, con lo que el Banco se vio casi imposibilitado a la hora de realizar transacciones con particulares (30-31). Eso supuso una falta de progreso personal ya que dichos particulares no podían tomar dinero prestado para progresar.

Uno de los sectores que sí conoció un auge más amplio fue el de la construcción y la especulación urbanística, ya que entre 1842 y 1856 se concedieron más de dos mil licencias para construir viviendas (Bahamonde Magro y Toro Mérida, 29). Sin embargo, eso trajo consecuencias como el permiso para subir los precios de los alquileres (29). Eso significó que la clase media alta, que era la que dominaba la especulación urbana, consiguiera aumentar su riqueza por medio de la recaudación de alquileres de la clase baja, impidiendo así el progreso de esta última, como más adelante se discutirá. De esa forma, la especulación urbana se convirtió en una de las fuentes de ingresos más importantes para la burguesía, como explica Bahamonde

Magro. Se trata, por otro lado, de inversiones seguras, ya que se pueden vender las fincas y conseguir beneficios o se les puede sacar rentas a través del alquiler (369). Sin embargo, ese tipo de inversión segura provocaba que el capital no se invirtiera en otro tipo de industria que promoviera el progreso nacional, con lo que el dinero sólo redundaba en sí mismo. En ese sentido, David Harvey en The Urbanization of Capital explica, siguiendo a Marx, que para mejorar las fuerzas de producción es necesario mejorar de manera continua las formas de comunicación y el transporte mediante la inversión (35-36). El problema era que en España no se llevaban a cabo dichas inversiones, y la acumulación no produjo ningún avance. Como resultado, y como demuestran las gráficas de Eric Hobsbawm, España sólo contaba para 1880 con una red de ferrocarriles de entre 100 y 249 kms cuadrados por cada diez mil de territorio, en comparación con el Reino Unido que poseía más de 750 (310).

Además, para que se produzca un verdadero desarrollo industrial, es necesario contar con las adecuadas fuentes de energía. Sin embargo, la electricidad no se empieza a probar en Barcelona hasta 1875, y en Madrid no se experimenta con ella hasta 1882, y aún así coexiste con el gas (Magro y Mérida, 107-108). Si se añade a esto el hecho de que en 1877 el ayuntamiento de Madrid impuso un impuesto sobre el carbón que entraba a Madrid y que consiguió que las industrias se paralizaran por la imposibilidad de conseguir todo el combustible necesario (Magro y Mérida, 127), es posible concluir que la industria española se viera afectada por estos acontecimientos y que estuviera en una posición de inferioridad con respecto a otras naciones.

En la década de los 50 y 60 la mayoría de las inversiones tanto públicas como privadas se centraron en el ferrocarril, auténtico motor de la modernización decimonónica según Nadal. A este respecto, Joaquín Casalduero apunta que “la locomotora representa la velocidad, el progreso; lo que acorta las distancias de modo insospechado, lo que une la ciudad al campo, lo que acerca las clases sociales” (16). Es decir, el tren era un elemento de cohesión que debía traer no sólo progreso, sino también armonía social, de ahí la importancia depositada en él. Pero eso en España supuso dejar de lado otras industrias, algo que no hicieron los ingleses. En Inglaterra, el desarrollo del ferrocarril sí fue un apoyo para el desarrollo de la industria, y no un elemento sustitutivo. La consecuencia a corto plazo para España fue la del atraso industrial general. Si se añade eso al hecho de que la mayoría del capital invertido en los ferrocarriles españoles era de origen extranjero, el resultado era el atraso y la falta de progreso industrial para España (37-42). De hecho, según dice Nadal, el progreso no era lo que importaba, sino el negocio de la construcción:

La red [...] se construyó de prisa y sin pensarlo mucho, porque el negocio estaba ahí: en construir. El futuro importaba poco, ya que, con independencia de los resultados económicos de la explotación, el enorme pararrayos estatal (subvenciones cuantiosas, impunidad para las compañías que no pagasen dividendos, autorizaciones para convertir la emisión de obligaciones en bola de nieve) habría de cubrir todos los riesgos. (46)

La construcción y los dividendos que producía era lo realmente atractivo para los inversores, no el hecho de que el ferrocarril pudiera convertirse en el corazón del desarrollo industrial español. A ese respecto, Bahamonde Magro y Toro Mérida explican que el desarrollo del ferrocarril tuvo una doble consecuencia: por un lado provocó la ruina de los artesanos que no podían competir con los productos industriales que venían de afuera; y por otro lado, posibilitó la apertura de mercados para los bienes de consumo industriales que ya habían superado la etapa artesanal (39). Sin embargo, en ese sentido el ferrocarril también fracasó ya que, como menciona Nadal, los mismos ingenieros del momento se dieron cuenta de que el tren podría promover y reforzar la industria si ésta existiera, pero no la podía crear por arte de magia. En España había ferrocarril, aunque no tuviera la extensión que había alcanzado en otras naciones, pero no había nada que transportar porque no se prestó atención al desarrollo industrial para que creciera con el ferrocarril, con lo que el progreso no existió (47).

De esa forma, la industria española decimonónica no se desarrolló, y para principios del XX España era todavía un país de base agraria, exceptuando, de forma irónica ya que las provincias eran generalmente consideradas más atrasadas, lugares muy puntuales como Cataluña y la incipiente industria metalúrgica vasca, aunque Galdós tendría un punto de vista más centralista debido a su afiliación madrileña. Entre otros problemas, Nadal menciona dos particularmente graves: el estancamiento del sector energético en favor del tradicionalismo del sector agrario y el despilfarro de los recursos propios en favor de las importaciones extranjeras (227-28). Con todo

esto, el comercio y la economía españoles también sufrieron un atraso durante el XIX que dejó al país en una situación secundaria en comparación con otras naciones como Francia e Inglaterra.

Además del ferrocarril, otro elemento básico del desarrollo industrial de un país es la agricultura. Según explica Gabriel Tortella en The Development of Modern Spain, en España no se dio el desarrollo agrícola necesario (50-51). Tortella ofrece cinco puntos que marcan la relación entre el desarrollo agrícola y el industrial: primero, se deben producir excedentes de comida para alimentar a la creciente población urbana; segundo, la agricultura debe crear un mercado fuerte para los bienes industriales como ropa y herramientas; tercero, el sector agrario debe producir ahorros que deben ser por su parte transferidos a la industria; cuarto, la producción agrícola debe crear una dieta mejor para ayudar al aumento de la población y por tanto producir un mayor número de trabajadores para otros sectores; y por último, la exportación agrícola debe ayudar a la importación de maquinaria y tecnología para el desarrollo del país. Sin embargo, en España no se dieron esos procesos, con lo que la industria sufrió un atraso (67-68). Tortella indica que se produjo un círculo vicioso en el que la agricultura no supuso un mercado para los bienes industriales y de consumo, y además los beneficios que salían de la agricultura no se invertían en industria ya que los agricultores la desconocían y no se fiaban de los bancos (69-71). Tortella reconoce que sí se dieron esfuerzos a nivel privado y público que produjeron algún fruto como mejoras en el sistema educativo o la parcial modernización de

algunas industrias, pero la Revolución Industrial en sí no ocurrió (73-74), y lo único que pasó fue que el dinero sólo se utilizó para producir más dinero.

Así, la acumulación estéril de capital que no se utiliza para procurar un avance industrial es también un fenómeno que se da con frecuencia en ese periodo de la historia española y que va a aparecer en otras ocasiones en la novela como se tendrá ocasión de comprobar. En ese sentido, el hijo de Don Baldomero, Juanito Santa Cruz, es ejemplo de esto último. Juanito es rico, guapo y con educación, pero contrariamente a sus antepasados no tiene ningún oficio, sólo se dedica a vivir de las rentas que le dan sus padres. En esa dirección, el narrador dice que Don Baldomero “le ofreció [a Juanito] un pequeño capital para que emprendiera negocios por sí; pero al hijo le iba bien con su dorada indolencia y no quería quebraderos de cabeza” (I, 248). Juanito es el último eslabón en la cadena de Santa Cruz. Su abuelo creó el imperio comercial que capitalizó su padre a través del trabajo duro, y ahora él se dedica a no hacer nada, no produce absolutamente nada, con lo que su capital sólo sirve para alimentar su vida de burgués regalado, impidiendo así el progreso. Su propia esposa, Jacinta, piensa de su esposo: “Si no tenía absolutamente nada que hacer más que pasear y divertirse... Su padre había trabajado toda la vida como un negro para asegurar la holgazanería dichosa del príncipe de la casa” (I, 284). De esta forma pone de manifiesto la pasividad de Juanito como representante de la burguesía alta. Eric Hobsbawm en The Age of Capital lo explica de la siguiente manera: “The very thing for which the bourgeoisie strove, profit, ceased to be an adequate motivation once it had brought sufficient wealth” (237). Según esto, Juanito y la

clase a la que representa se ha convertido en una clase social que no hace nada por el bienestar nacional y sólo se preocupa por el individual; las rentas de su familia son más que suficientes para vivir holgadamente, con lo que Juanito no tiene necesidad de hacer otra cosa que no sea vivir de ellas. Carmen Menéndez Onrubia opina lo siguiente sobre el desarrollo de la clase burguesa: “La incógnita que hay que despejar es esta: ¿ha llegado la burguesía comercial a su más alto grado de desarrollo y, por lo tanto, ha cumplido ya con la función histórica que tiene encomendada, o quizá puede existir aún la posibilidad de un desarrollo ulterior, de una nueva generación?” (109). La novela parece presentar esa misma pregunta, y la respuesta que ofrece es que la burguesía comercial ya ha comenzado su decadencia, y el ejemplo que propone es el de Juanito, extendido, como se verá más adelante por su hijo ilegítimo con Fortunata. Por eso es posible concluir que según la novela la burguesía alcanza su auge con Don Baldomero II y con Juanito comienza la caída, máxime cuando también existe el problema de la reproducción dentro de su clase, como se tendrá ocasión de comprobar. Además, David Harvey, de nuevo siguiendo a Marx, explica que el papel del comerciante en un sistema capitalista debe ser el de la mejora en la circulación de los productos, y el beneficio vendría de la eficacia demostrada en ese papel. Pero su posición en dicho proceso hace que los comerciantes tengan ventajas y también quieran enriquecerse como sea: especulación, trampas, etc., lo cual lleva a la acumulación excesiva (38). Esto es lo que le ocurre a la burguesía comercial representada por la familia Santa Cruz, han llegado al punto en el que la acumulación,

y no la inversión, es lo que les interesa, y eso provoca que el progreso nacional sea el que sufra.

De esta forma, la decadencia de la alta burguesía tiene consecuencias a dos niveles. Por un lado, supone que su inactividad vaya en detrimento del progreso nacional ya que no ponen su capital en movimiento y sólo lo utilizan para vivir de sus rentas. Por otro lado, puede ser lo que consiga que la clase media baja suba de nivel para homogeneizar una estructura social que ya había empezado ese proceso; esto sería incluso lógico teniendo en cuenta que si la burguesía no cumple con su función, entonces es la clase media baja la que debe subir para llevar a cabo esa misma labor.

Esa idea de la acumulación estéril del capital también está presente en la clase media baja que representa la familia Rubín. Así, el narrador dice de Maxi: “Inclinábase el chico a economizar, y tenía una hucha de barro en la cual iba metiendo las monedas de plata y algún centén de oro que le daban sus hermanos cuando venían a Madrid” (I, 459). El concepto es el mismo aunque se trate de un nivel menor debido a que la familia Rubín no tiene los posibles de los Santa Cruz. Maxi ha aprendido la virtud del ahorro de su tía Doña Lupe, que es prestamista, es decir, su trabajo es precisamente el de acumular dinero a través del dinero mismo. Doña Lupe “gastaba lo preciso y de mes en mes su fortuna aumentaba” (I, 496). La única producción que existe es la del dinero; al igual que ocurre con los Santa Cruz, no aparece la inversión en un futuro progreso, sino sólo en la acumulación presente, que no permite dicho progreso a nivel global, sino únicamente individual.

Doña Lupe aprendió sus artes usureras de Torquemada, personaje recurrente en la obra de Galdós y que también es prestamista:

Después de viuda, viéndose con cuatro cachivaches y cinco mil reales, imaginó fundar una casa de huéspedes; pero Torquemada se lo quitó de la cabeza, ofreciéndose a colocarle sus dineros con buen interés y toda la seguridad posible. El éxito y las ganancias engolosinaron a Doña Lupe, que adquirió gradual y rápidamente todas las cualidades del perfecto usurero. (I, 540)

La figura del prestamista, por tanto, es importante por cuanto representa una tendencia peligrosa para la modernización del país. Su trabajo consiste precisamente en acumular capital a través de la utilización del dinero, pero no de la inversión en proyectos industrializadores o modernizadores, y eso dificulta el avance del progreso por que no permite el uso de esos fondos para las mejoras técnicas en el país. Ese fenómeno, sin embargo, no es exclusivo de los ámbitos urbanos, también ocurre en contextos rurales como apunta Maxi: “esa gente de los pueblos no gasta un cuarto y no hace más que acumular, acumular...” (I, 500). Esto convierte a la acumulación estéril de capital en una manifestación nacional, y que por tanto impide el progreso tanto a nivel urbano como a nivel rural, redundando así en los problemas con la agricultura mencionados con anterioridad. Pero esa acumulación, siendo estéril en el plano práctico, no lo es en el plano de la idiosincrasia nacional. De esa forma, el dinero y las posesiones tienen tanta importancia que Maxi llega a contarle lo siguiente a Fortunata: “Porque cuanto más aseguradas estén las materialidades de la vida, más

segura es la conservación del honor. La mitad de las deshonras que hay en la vida no son más que pobreza, chica, pobreza” (I, 513). La decencia y el honor, tan importantes para la psique española a lo largo de los siglos, también vienen por medio del dinero, lo cual explica que una clase social pueda ascender a otra por medio de esa acumulación. Sin embargo, ese hecho no deja de repercutir en la idea de que el acopio de capital no produce nada que vaya a ayudar al país a modernizarse y ponerse al nivel de otros países europeos. Ese fenómeno era tan notable que Hubbard, el director de la revista Gaceta de los caminos de hierro, escribió lo siguiente en 1858:

En España se considera el capital bajo un punto de vista completamente distinto que en otras naciones. Aquí el capital es sinónimo de ahorro inmobiliario, destinado exclusivamente a producir una renta, que proporciona la opulencia o sirve de garantía contra la miseria; si alguna vez se expone es para correr los riesgos de la usura o los albuces del juego; nunca para que se reproduzca por medio del progresivo y regular desarrollo de la industria. En España el capital es instrumento de holganza; en otras partes es instrumento de trabajo. Esta es la misión que debe cumplir, si se quiere que un país llegue al más alto grado de prosperidad. (Citado en Bahamonde Magro y Toro Mérida, 22)

Los mismos contemporáneos se dan cuenta de que el dinero acumulado no sirve de nada a la nación si no se pone en movimiento, si no se invierte para que se alcance una modernización industrial real y no sólo aparente. Hubbard también incide en el

fenómeno de la usura ya mencionado, que es el único ejemplo de movimiento de dinero en la novela y que sólo sirve para producir más dinero. Gabriel Tortella explica que uno de los factores que influyen en la debilidad del espíritu empresario español “is the major importance of foreign businessmen within the economic history of Spain, from at least the end of the Middle Ages [...]” (207). Es decir, no se invierte porque existe una tendencia histórica a no hacerlo ya que la responsabilidad de la empresa española siempre ha recaído en los extranjeros, y los burgueses españoles se dedicaban a vivir de rentas y acumulación sin el deseo de convertirse en empresarios, que es lo que en realidad procuraría el progreso nacional.

Esa idea de acumulación de dinero se lleva en la novela hasta el punto de que los Santa Cruz ganan 250.000 reales en la lotería de Navidad (I, 379), la cual es una cantidad enorme para la época. Precisamente la familia que menos lo necesita es la que gana la lotería, aunque comparten el dinero con la gente que también participó con ellos en el boleto. Sin embargo, Juanito piensa que la lotería es un atraso: “¡La lotería! ¡Qué atraso tan grande! Es de las cosas que debieran suprimirse; mata el ahorro; es la Providencia de los haraganes. Con la lotería no puede haber prosperidad pública” (I, 382). La hipocresía de tal afirmación queda reforzada por el hecho de que él, teniendo posesión de una gran fortuna, tampoco hace nada por la prosperidad pública que tanto pregona. Su indolencia es también causa de la falta de la misma. Por otro lado, utiliza cínicamente la palabra “haraganes” para referirse a los que ponen sus esperanzas en la lotería, mientras que él mismo, como ya se ha mencionado, no tiene ningún trabajo de provecho para la “prosperidad pública”, aún

poseyendo la educación y la fortuna para coadyuvar a la marcha del progreso.

Además, no hay que olvidar que la lotería ofrece dinero sin haberlo “ganado” de verdad, es decir, sin hacer nada productivo y sin haber llevado a cabo una inversión sustancial de capital para apoyar el progreso nacional.

Por otro lado, la escena de la lotería de Navidad también es representativa de otro fenómeno que se dio en el siglo XIX: la creación de las sociedades de crédito. Jordi Nadal explica que entre 1856 y 1868 se crearon las sociedades de crédito en España. El problema era que la gran mayoría del capital era de origen extranjero, sobre todo francés, y sólo un par de compañías españolas eran apenas capaces de competir con las extranjeras. Eso provocó que el capital que se movía fuera foráneo y que también acabara en las arcas francesas, con lo que el progreso para España era mínimo (36-37). Algo similar ocurre con la lotería. Es Don Baldomero el que hace la gran inversión y por tanto el que recoge los mayores beneficios, mientras que otras personas que no pueden realizar semejantes desembolsos no reciben los mismos beneficios y por tanto no pueden progresar al mismo nivel, son gente como el carbonero o la cocinera, cuyos dividendos son tan pequeños que la misma Doña Bárbara exclama “¡Qué miseria!” (I, 380). Al igual que sucedía con las sociedades de crédito, son los grandes inversores los que pueden enriquecerse, ya sean los franceses o la burguesía madrileña (extranjera a las clases bajas). Esto significa que el progreso en uno y otro ejemplo, en el aspecto real de las sociedades de crédito y en el metafórico de la lotería de Navidad, se ve frenado para los que en realidad lo necesitan. Además, esto también repercute en la idea de acumulación estéril. Tanto

las sociedades de crédito como la lotería están encaminadas hacia la consecución de dinero provocada por la inversión del dinero en sí mismo, impidiendo así también el progreso material.

También es necesario tener en cuenta que las ganancias en la lotería en realidad no le son necesarias a la familia Santa Cruz, que ya ha amasado una fortuna importante gracias al negocio de la ropa. En ese sentido, en la novela se describe la moda como un motor de la vida: “¡Los trapos, ay! ¿Quién no ve en ellos una de las principales energías de la época presente, tal vez una causa generadora de movimiento y vida?” (I, 153). Ese comentario pone de manifiesto uno de los procesos económicos más importantes del comercio decimonónico: la compraventa de paños y ropa.

Así es como se enriquecieron los Santa Cruz, como se ha mencionado antes, y el narrador explica de la siguiente manera cómo Don Baldomero mejoró el negocio creado por su padre:

En las postrimerías de aquel reinado fue cuando la casa empezó a trabajar en géneros de *fuera*, y la reforma arancelaria de 1849 lanzó a D. Baldomero II a mayores empresas. No sólo realizó contratos con las fábricas de Béjar y Alcoy y para dar mejor salida a los productos nacionales, sino que introdujo los famosos Sedanes para levitas, y las telas que tanto se usaron del 45 al 55, aquellos patencures, anascotes, cúbicas y chinchillas que ilustran la gloriosa historia de la sastrería moderna. (I, 120)

De esta forma, y mediante la metáfora del progreso en la moda, se explica también el progreso económico de la familia Santa Cruz y su enriquecimiento, uniendo el comercio de los productos nacionales con los extranjeros. Sin embargo, y a pesar de las modernizaciones introducidas en la moda en sí, D. Baldomero no realiza mejoras en cuanto a los métodos comerciales:

En el reinado de D. Baldomero II, las prácticas y procedimientos comerciales se apartaron muy poco de la rutina heredada. Allí no se supo nunca lo que era un anuncio en el Diario, ni se emplearon viajantes para extender por las provincias limítrofes el negocio. El refrán de el buen paño en el arca se vende era verdad como un templo en aquel sólido y reputado negocio. [...] El escritorio no alteró jamás ciertas tradiciones veneradas del laborioso reinado de Don Baldomero. (I, 122-23)

Esto significa que se deja de lado uno de los aspectos más importantes del comercio, la modernización de los procedimientos comerciales, con lo que el progreso también se ve afectado. Esta idea no deja de ser un paralelo de otra que ya se ha mencionado: la falta de industrialización en el país. Esa insistencia en no mejorar los métodos también se da en la industria, indicando que los talleres artesanales españoles no alcanzaron el nivel de industrialización que sería de esperar, haciendo que la modernización se viera atrasada. Gabriel Tortella explica lo siguiente de la industria algodonera, por ejemplo: “[...] the surest bet is that the cotton industry would have adapted to foreign competition, transforming itself into an industry that no doubt

would have been very different from that which developed under the shelter of the tariff” (81). Es decir, el proteccionismo del estado, influenciado por la burguesía que ocupaba puestos gubernamentales, también contribuyó a impedir que esa industria en específico se desarrollara y fuera competitiva para hacer frente a las industrias extranjeras. Y aunque el mismo Tortella reconoce que la industria catalana sí creció a un ritmo comparable al inglés, también explica que no pudo crecer mucho por problemas como los altos precios y la presencia de los luditas, todo lo cual supuso el retraso de la Revolución Industrial (76-77).

La tienda de los Santa Cruz, sin embargo, sí conoció cambios que se dieron en Madrid y el resto de España:

[...] desde el 45 para acá, sufrió la casa de Santa Cruz la transformación impuesta por los tiempos [...] En el escritorio y en el almacén aparecieron los primeros mecheros de gas hacia el año 49, y el famoso velón de cuatro luces recibió tan tremenda bofetada de la dura mano del progreso, que no se le volvió a ver más por ninguna parte. En la caja habían entrado ya los primeros billetes del Banco de San Fernando, que sólo se usaban para el pago de letras, pues el público los miraba aun con malos ojos. [...] Aún no se conocían el sello de correo, ni los sobres ni otras conquistas del citado progreso. [...] Para que el progreso pusiera su mano en la obra de aquel hombre extraordinario [...] fue preciso que todo Madrid se transformase; que la desamortización edificara una ciudad nueva sobre los escombros de

los conventos; que el Marqués de Pontejos adecentase este lugarón; que las reformas arancelarias del 49 y del 68 pusieran patas arriba todo el comercio madrileño; que el grande ingenio de Salamanca idease los primeros ferrocarriles; que Madrid se colocase, por arte del vapor, a cuarenta horas de París, y por fin, que hubiera muchas guerras y revoluciones y grandes trastornos en la riqueza individual. (I, 146-50)

Todo este progreso material no deja de ser algo superficial e incompleto, ya que esas mejoras no permitieron que España saliera del atraso y sólo supuso que los comercios que se beneficiaron de las mejoras fueran los únicos que sacaran partido de ellas. El narrador crea un paralelo entre el progreso de la tienda y el del país, pero no es nadie más que la familia Santa Cruz y los componentes de su misma clase social los que salen beneficiados, la burguesía comercial, ya que por debajo de ellos existían otros estratos sociales que no tuvieron acceso a esa modernización hasta mucho tiempo después.

Por otro lado, esta cita también pone de manifiesto otro elemento de importancia a la hora de considerar el progreso español. Las palabras del narrador proponen un paralelo entre el progreso individual de Santa Cruz y el progreso global de Madrid, es decir, para que progrese el primero debe producirse la modernización del segundo. Por tanto, el progreso de los personajes y de la clase que representan aparece dentro del progreso de la ciudad misma. De la misma forma que la ciudad tiene un pasado y también conoce cambios, los individuos tienen su vida pasada (como ejemplifica la historia de la familia Santa Cruz) y también atraviesan sus

cambios (como se ve en las relaciones entre Fortunata y Juanito y Maxi y Fortunata). A ese respecto, Michael Ugarte explica que “far more than a setting, the city provides the reader with a sense of historical change, a sense that the novel itself is part of the continuum of history” (571), y de esta forma, el crítico inserta el texto de Galdós dentro de la historia misma de España. Este hecho se puede considerar en una forma alegórica para explicar que el mismo fenómeno debe darse a nivel nacional. En este caso sería el progreso de los individuos que la forman el que marcaría el progreso de España como nación. Sin embargo, a la luz de que España quedó a remolque de países como Francia e Inglaterra en materia de progreso, también se puede concluir que los individuos tampoco alcanzan la modernización. Galdós, por tanto, plantea una crítica a la falta de modernización nacional e individual a través de la conexión alegórica entre individuo y geografía.

En relación con esto último, llaman la atención las palabras “grandes trastornos en la riqueza individual”. Como se comentó con anterioridad, la riqueza y la acumulación de capital a nivel individual, como en el caso de Doña Lupe o los Santa Cruz, proporciona un cierto progreso a esos individuos, pero también provoca que dicho progreso no se dé a nivel global. Lo que significarían esas palabras en ese contexto, por tanto, sería una crítica a ese mismo fenómeno y una llamada a la necesidad de que las riquezas individuales sean puestas en movimiento para favorecer el progreso nacional.

Como consecuencia de todo esto, la moda y el progreso asociado a ella, traen la influencia de lo extranjero:

Las comunicaciones rápidas nos trajeron mensajeros de la potente industria belga, francesa e inglesa, que necesitaban mercados. [...]

También se dejó sentir aquí, como en otras partes, el efecto de otro fenómeno comercial, hijo del progreso. Refiérome a los grandes acaparamientos del comercio inglés, debidos al desarrollo de su inmensa marina. (I, 150).

Esa influencia extranjera tiene un impacto negativo en el comercio nacional, que pierde mercado a favor de los productos foráneos. Por tanto, lo que por un lado pudiera parecer un elemento positivo, no lo acaba siendo debido al detrimento para el comercio español que acarrea la consiguiente falta de progreso.

La metáfora de la moda también trae a la palestra un fenómeno que ya se ha discutido antes en los contextos mexicano y argentino, el de la imitación de una clase social hacia otra y la obsesión con las apariencias para intentar ser de una clase a la que no se pertenece. En ese sentido Noël Valis en The Culture of Cursilería explica que “from mid-nineteenth century on, the Spanish middle classes were nervously obsessed with their appearance, their representation publicly and privately as the newest (and most unstable) symbol of success and power”(32). Para ellas es necesario mantener una cierta apariencia de éxito, de progreso. Pero en muchas ocasiones, las apariencias no pasan de ahí, ni tan sólo en el plano nacional, como se verá más adelante. Ese afán imitador tiene un nombre específico en España: cursilería. Valis, al exponer el origen de dicho fenómeno, apunta que las mismas clases medias que necesitaban demostrar su pertenencia a la alta sociedad

had also to contend with the realities of cultural, social and economic dyssynchronicity, a sharply felt sense of inferiority (in relation to powers like France and England), and insufficiency. As a metaphor for the times, *lo cursi* symbolically captures the sense of inadequacy that a marginalized society in transition experiences when moving from a traditional economy to an industrialized, consumer-oriented economic organization. (32)

Las clases medias en España se sentían inferiores, a nivel nacional e internacional. Esto hacía que se quisiera aparentar lo que no se era, y de ahí apareciese ese fenómeno presente en la novela por el cual se intenta reproducir al estrato inmediatamente superior. Además, es notable que se hable de inferioridad con respecto a otras naciones consideradas parangones de la modernidad, ya que eso también pone de manifiesto la presencia de la imitación en el plano nacional y su fracaso por cuanto no resulta más que una fachada sin sustancia. Michael Ugarte explica ese fenómeno diciendo que “*Fortunata* is a novel of appearances: surface versus interior reality” (571). Este fenómeno en el que se diferencia lo que hay por fuera de la realidad subyacente, lo explicó también Galdós en su ensayo de 1870 “Observaciones sobre la novela contemporánea en España” con relación a la facilidad de acceso a las cosas que eran antes sólo para los de arriba:

[...] una infinidad de productos de arte, de objetos bellos y de valor que estaban reservados a las clases altas y poderosas, le son hoy accesibles a todas las clases; [...] No es extraño que esta maravilla

realizada en nuestro siglo haya fomentado el vicio de la presunción, y que este mal se haya propagado, causando muchos grandes disturbios en el seno de la familia. La vanidad en las mujeres, el lujo en el vestir, es hoy uno de los males de que más se preocupa la categoría de los maridos trabajadores y modestos. (135-36)

El deseo de aparentar y de parecerse a las clases altas es tan fuerte que provoca que las familias menos pudientes se vean abocadas a una situación negativa por cuanto no pueden permitirse el mismo tren de vida que las adineradas⁸. Por otro lado, aunque esta cita hace referencia específica a las mujeres como las culpables del deseo de aparentar, también los hombres “caen” en el pecado de la vanidad, como demuestra Juanito Santa Cruz, quien también presta atención a los cambios en la moda, como los pantalones de camal estrecho con que se viste. Esto podría considerarse como una feminización de la clase media española. Dicha feminización se añadiría a la crítica que Galdós hace de la clase media por cuanto supone un rasgo de debilidad. La feminización implica la pérdida de masculinidad, lo cual por su parte significa un paso hacia la decadencia. La conclusión es, por tanto, que la clase media aparece como un estrato decadente, como antes se explicó con la figura de Juanito.

El narrador también hace mención al fenómeno de la imitación al hablar de los pañuelos de Manila: “La aristocracia cedía [los pañuelos] con desdén a la clase media, y ésta, que también quería ser aristócrata, entregábalos al pueblo, último y fiel adepto de los matices vivos” (I, 150). El mantón de Manila llegó a ser una de las

⁸ En esa misma vena, Galdós escribió *La de Bringas* (1884), en la que una mujer casada acaba por tener que prostituirse debido a que su afán por las compras a crédito la lleva a la ruina.

características más notables del pueblo llano, y esta explicación pone de manifiesto como fue desapareciendo de escalón social en escalón social hasta permanecer únicamente en la clase baja. La clase media quiere ser como la aristocracia y por lo tanto la imita en el vestir, y es de suponer que la clase baja acabará haciendo lo mismo para imitar a la clase media, como expone Julio Rodríguez Puértolas:

[...] se hace preciso diferenciar al menos tres categorías: a) el grupo de los que mandan *naturalmente* debido a su pertenencia a la clase dominante; b) el grupo de pequeños burgueses que imita a “los de arriba”, que quisiera también mandar y que lo hace en su reducido ámbito; c) las gentes del pueblo o desclasadas, que han internalizado los conceptos ideológicos dominantes y los manifiestan de modo más o menos consciente. (117-18)

De esta forma se explicita el funcionamiento del proceso de imitación, de abajo hacia arriba para aparentar ser como las clases superiores. Haciéndose eco de esa idea y uniéndola con el concepto de la moda como factor social, Rudolph von Jhering escribió lo siguiente en 1883:

[...] it is the mad pursuit of that class vanity through which a single phenomenon endlessly repeats itself: the endeavor of one group to establish a lead, however minimal, over its pursuers, and the endeavor of the other group to make up the distance by immediately adopting the newest fashion of the leaders. The characteristic features of contemporary fashion are thus explained: above all, its origins in the

upper circles and its imitation in the middle strata of society. (Citado por Walter Benjamin en The Arcades Project, 74)

Así se puede observar cómo la moda actúa como elemento social con el resultado de que puede borrar las diferencias entre las diversas clases sociales. Pero esa falta de diferenciación es sólo aparente. El hecho de imitar no significa que se consiga el avance hacia la clase superior, ese progreso no existe como la novela demuestra en diversas ocasiones, creando una metáfora entre la imposibilidad del progreso social individual y la falta de progreso nacional. Valis lo explica diciendo que “lo cursi is, more than anything else, particularly lower-middle class, reflecting the need to keep up appearances and the inability to do so in a satisfactory way” (11). El deseo de aparentar no es necesariamente garantía de que se vaya a conseguir, y lo mismo sucede con el progreso nacional, existen las apariencias de progreso, pero no la sustancia del mismo. Además, Valis define la cursilería como una “structure of feeling”, siguiendo la terminología empleada por Raymond Williams (35). La cursilería, de esa forma, aparece como un conglomerado de sentimientos cuyo lenguaje se expresa en forma de comportamiento y pensamiento (42); asimismo, Valis también argumenta que esas “structures of feeling” operan en la frontera entre el interior y el exterior, entre el “yo” y el “otro” (40). Como correlato a esa idea, María Soledad Fernández, siguiendo a Foucault, apunta que los mecanismos del poder tienden a imponer su discurso sobre el otro (267-68), es decir, la clase dominante tiene un discurso (no sólo de lenguaje, sino también presente en la ropa, en el comportamiento, etc.) que las clases por debajo van a aceptar y a imitar. Todo esto

conlleva una forma de entender el mundo en la que lo cursi actúa como una metáfora que proyecta los sentimientos de inadecuación y de inautenticidad antes mencionados, y que Valis denomina “ruptured middle-class narrative of identity” (41), y esos sentimientos, según Valis, pueden ir desde el ridículo social hasta la nostalgia irónica (45). Ese sentimiento de inadecuación social, combinado con la idea de Valis de que la cursilería es una narrativa de representación y “performance” (42), es el motor que empuja a la clase media baja a la imitación de las clases superiores.

Como explica Valis, lo cursi con su aparato de sentimientos, aparece sobre todo en la clase media baja, y esa idea tiene abundante presencia en la novela. De esta manera, el padre de los Rubín es el primero en sufrir las consecuencias de este fenómeno:

Tiempo hacía que las deudas socavaban la casa [...] El motivo de la ruina, según opinión de todos los amigos de la familia, fue la mala conducta de la esposa de Nicolás Rubín, mujer desarreglada y escandalosa, que vivía con un lujo impropio de su clase, y dio mucho que hablar por sus devaneos y trapisondas. (I, 448)

La esposa de Rubín lleva un tren de vida que no está acorde con la clase social a la que pertenece, y eso conlleva que no se pueda mantener ese ritmo, con lo que la ruina resulta la consecuencia lógica. La imitación de una clase social más alta lleva a cubrir la realidad social propia con unas apariencias que no sólo impiden el progreso, sino que llevan a la ruina.

Ese patrón de comportamiento también es posible encontrarlo en su descendencia. Como explicaba Althusser, la extensión ideológica puede llevarse a cabo de diferentes formas, entre ellas la influencia de la familia en el comportamiento; este fenómeno también aparecía en Suprema ley y en La gran aldea, y en el texto que nos ocupa, la transmisión de esa ideología se manifiesta con claridad en el hijo mediano de los Rubín, Juan Pablo. También sigue los pasos de su madre: “Todas las ganancias se le iban por entre los dedos, frecuentando mucho los cafés en sus ratos de descanso, convidando sin tasa a los amigos y dándose la mejor vida posible en las poblaciones que visitaba” (I, 451). A pesar de tener un trabajo como vendedor ambulante que le proporciona un sueldo, Juan Pablo no posee capital. Vive una vida de derroche y apariencias que no se corresponde con la clase a la que pertenece. Intenta aparentar algo que no es imitando un estilo de vida de una clase superior, con lo que su progreso se ve limitado por su falta de posibles.

Maximiliano Rubín tampoco es ajeno al fenómeno de aparentar lo que no se es. Él también tiene sueños de ser alguien mejor:

Tenía Maximiliano momentos en los que se llegaba a convencer de que era otro, esto siempre de noche y en la soledad vagabunda de sus paseos. Bien era oficial del ejército y tenía una cuarta más de alto, nariz aguileña, mucha fuerza muscular y una cabeza... una cabeza que no le dolía nunca; o bien un paisano pudiente y muy galán, que hablaba por los codos sin turbarse nunca, capaz de echarle una flor a la

mujer más arisca, y que estaba en sociedad de mujeres como pez en el agua. (I, 461)

Los sueños de Maximiliano tienen que ver con la mejora física y la forma de actuar en sociedad, pero no dejan de ser representativos de la clase media baja a la que pertenece. Al igual que su clase, Maxi aspira a algo mejor, a ser quien no es, tener una mejor fachada para progresar y salir de su recipiente de clase media baja y convertirse en una clase superior. El querer cambiar de aspecto físico puede ser considerado una metáfora para hacer un comentario sobre la pequeña burguesía y la obsesión con las apariencias, la fijación con ser de una clase superior y el convencimiento de que si se aparenta de esa forma se será de esa clase. Como queda demostrado con Maximiliano, el estar convencido de algo no lo convierte en realidad, y el hecho de querer ser de una clase superior no indica que se vaya a conseguir por mucho que se aparente.

Por su lado, Fortunata también tiene deseos de ascenso, de ser como las señoras de la clase alta: “Era lo más que podía desear... ¡Tener un nombre, no tratar más con gentuza, sino con caballeros y señoras!” (I, 505). En este caso, Fortunata aspira a tener un nombre; estar casada y ser parte de una familia decente le aportaría las apariencias de decencia y la ilusión de mejora, pero esa ilusión no deja de ser más que eso, ya que la auténtica mejora, el auténtico progreso, no llega nunca. A este respecto, Fortunata también piensa lo siguiente: “Pero a este sentimiento mezclábase con extraña amalgama otro muy distinto y más acentuado. Era un deseo ardentísimo de parecerse a Jacinta, de ser como ella, de tener su aire, su aquel de dulzura y

señorío” (I, 625). De nuevo la palabra clave es “parecerse”. Las apariencias, el deseo de imitar para ser como la clase alta es lo que mueve a Fortunata, pero no podrá existir una mejora auténtica porque Jacinta pertenece a la clase alta por nacimiento y por matrimonio, y Fortunata está estancada en la clase baja, y toda la imitación y la fachada del mundo no pueden cambiar el hecho de que no le resultará posible tener las condiciones materiales que atestiguarían su progreso. Además, es sintomático notar que existen diferencias de género a la hora de conseguir el ascenso social. Mientras que los hombres tienen opciones a la hora de obtenerlo, como el trabajo o la acumulación de capital, las mujeres se encuentran en otra situación: bien lo logran por nacimiento, bien por matrimonio, pero las opciones de alcanzarlo por medio del trabajo son mínimas, como más adelante se comprobará, y quizá este hecho también colabore a la hora de que las mujeres tengan más tendencia a la imitación, intentan conseguir en apariencia lo que no pueden conseguir en la realidad⁹.

De la misma manera que las clases sociales intentan progresar hacia arriba imitando a las clases superiores e intentando aparentar lo que no son, la nación también lleva a cabo su propio proceso de imitación. En este caso se imita lo extranjero como forma de progreso. De ahí que Doña Casta, en una conversación con Doña Lupe diga que “un establecimiento montado como los mejores del extranjero, no puede menos de hacerse de oro, pues habiéndolo aquí, las señoras de la grandeza no tendrán que ir a Bayona y a Biarritz a comprar la última novedad” (II, 291). Estas palabras no dejan de repercutir en la idea de que la acumulación de capital no lleva al

⁹ Para ver cómo Galdós trató el tema del ascenso social en las mujeres, se puede ver [La desheredada](#) (1881).

auténtico progreso. Pero además, se hacen eco de la impresión de que imitando las formas extranjeras se va a conseguir la modernización nacional. Eso no es cierto por cuanto lo que se imita es la superficie, la moda, el tipo de tienda que se abre, etc., y lo que hay por debajo no cambia. Esto viene a demostrar que el esfuerzo debería venir por el lado de la industrialización y no de la moda para conseguir que el país avanzara.

La situación de Aurora, hija mayor de la familia Samaniego que había emigrado al país de su marido francés y que había trabajado en la tienda de éste, y la tienda misma siguen sirviendo de metáfora para comparar España con el extranjero. El narrador dice lo siguiente:

Viuda y con poco dinero, aunque también sin hijos, Aurora volvió a Madrid, donde las disposiciones y hábitos de trabajo que había adquirido no pudieron tener empleo por no existir aquí *grandes almacenes*, y los que hay, están servidos por esos gandulones de horteras, que usurpan a las muchachas el único medio decoroso de ganarse la vida. (II, 289)

En el extranjero, específicamente en Francia, había adquirido costumbres de trabajo que permitían que una mujer pudiera ganarse la vida de forma decente para poder sacar adelante a su familia y progresar. Lo que encuentra en España es que no puede llevar a cabo sus deseos por cuanto los hombres ocupan casi de forma absoluta ese mercado de trabajo. Jo Labanyi opina lo siguiente a ese respecto: “the only professions open to women [...] were that of prostitute, servant, wet-nurse, factory

worker, or shop assistant (the last two, largely male preserves)” (51). España no progresa tampoco en ese sentido, el de permitir que una mujer tenga la posibilidad de trabajar, como se dijo con anterioridad. Ese fenómeno no era ajeno a los contemporáneos de Galdós, y Emilia Pardo Bazán decía lo siguiente:

Si no parece ¡qué melancólica existencia la de esa señorita,
sentenciada a la miseria y al ocio, o cuando más al trabajo vergonzante,
escondido como se esconde un crimen, porque la clase social a la que
pertenece la expulsaría de sus filas si supiese que cometía la
incongruencia de hacer algo más que “gobernar su casa”! (49)

La clase media no veía con buenos ojos que la mujer trabajara, ya que como también apunta Pardo Bazán “las señoritas no tienen más carrera que el matrimonio” (50). Esto también implica que esas mujeres, no sólo estarán ociosas, sino también que no van a colaborar con ningún tipo de progreso. Aún así, Aurora encuentra la posibilidad de mejorar gracias a que su primo, Samaniego, decide abrir una tienda y ponerla a ella al frente, ya que ella conoce los métodos y Samaniego quiere un comercio “con arreglo a los últimos adelantos del extranjero” (II, 289). La conclusión es que si dicho comercio va a ir hacia adelante es porque se le aplicarán los métodos extranjeros, ya que el comercio en España es demasiado tradicional y por eso no conoce el progreso.

Sin embargo, el problema que aparece es que “las novedades de exquisito gusto, traídas de París por Pepe Samaniego, atraían a mucha gente, y las señoras se enracimaban y caían como las moscas en la miel” (II, 309). Los productos que

funcionan son los traídos del extranjero, son los que tienen salida. Lo que esto significa es que los productos de origen nacional no se venden, no se promocionan, y esto provoca un estancamiento de la industria nacional con respecto a la foránea. El resultado es que el progreso en España se ve impedido por la obsesión con el producto extranjero, y la paradoja que se presenta es que la imitación de los métodos forasteros puede ayudar al país a progresar, pero si la imitación se convierte en obsesión y aparece el impedimento a los productos nacionales, entonces el progreso que se pudiera haber logrado desaparece. De ahí que el proteccionismo no fuera la solución a los problemas de España, ya que la presencia extranjera es necesaria para conseguir un mercado orgánico y libre en el que los productos nacionales pudieran competir, pero la fijación con lo extranjero logra que dicha competición no sea posible, ya que la imitación de modelos extranjeros signifique una pérdida para el producto y la identidad nacional.

La obsesión por lo extranjero llega al punto de que D. Manuel Moreno-Isla le dice al rey D. Alfonso XII: “Desengañese Vuestra Majestad, han de pasar siglos antes de que esta nación sea presentable. A no ser que venga el cruzamiento con alguna casta del Norte, trayendo aquí madres sajonas” (II, 332). Aquí ya no se trata de imitar, sino de realmente cruzar las razas sajona y española para que la modernización y el progreso lleguen a España. La implicación es que en la nación española no existe la motivación ni el conocimiento para llegar a un momento de progreso, por eso se hace necesario mezclar ambos países para imbuir a España del ímpetu modernizador que había llevado a Inglaterra a la cabeza del mundo civilizado. Además es de

señalar que el problema es tan grave que Galdós coloca al nuevo rey en el centro, haciéndole partícipe. De esta forma, la novela ofrece el mensaje de que dicha cuestión afecta a todos los estratos de la sociedad; todas las capas sociales sufren del mismo mal de falta de progreso. Además, es necesario tener en cuenta que el rey debía ser el centro de la identidad española y, en el contexto de la Restauración y para algunas facciones conservadoras, la solución a los problemas del país; sin embargo, se le coloca en una posición en la que se le implica en el debate sobre la necesidad de la influencia extranjera en la mejora de España. Esto vendría a significar que la monarquía recién restituida tampoco iba a ser capaz de encontrar una solución a los problemas de modernización del país.

Moreno-Isla es ejemplo de un español extranjerizado, vive gran parte del tiempo en Londres y el narrador dice de él que:

Aquel ricacho soltero alardeaba de carecer en absoluto del sentimiento de la patria, y estaba tan extranjerizado que nada español le parecía bueno. Los autores dramáticos lo mismo que las comidas, los ferrocarriles lo mismo que las industrias menudas, todo le parecía de una inferioridad lamentable. Solía decir que aquí los tenderos no saben envolver en un papel una libra de cualquier cosa. (I, 280)

Habiendo vivido en ambos sitios puede comparar, y España pierde en dicha comparación. En España no existe el progreso, todo lo que hay está atrasado a todos los niveles, y eso hace que la nación como un conjunto global no pueda situarse en la vanguardia del mundo moderno. Hasta tal punto llega Moreno-Isla que incluso entra

en discusiones sobre la higiene nacional, diciendo que en España hay pulgas y en Francia no (II, 71); y va incluso más lejos:

-Yo de mí sé decir que cuando paso la frontera para acá recibo las más tristes impresiones. Habrá algo que admirar; a mí se me esconde, y no veo más que la grosería, los malos modos, la pobreza, hombres que parecen salvajes, liados en mantas; mujeres flacas... Lo que más me choca es lo desmedrado de la casta. (II, 71-72)

Lo que esto viene a indicar es que no sólo no hay progreso en España, sino que lo que existe es una profunda situación de atraso en comparación con el extranjero. Todo es peor, la higiene brilla por su ausencia, la presencia física de la gente es mediocre y demuestra la mala alimentación, con lo que ni tan solo las apariencias hacen de España una nación en progreso. En ese sentido, hay que tener en cuenta el concepto de Marshall Berman recogido por Deborah Parsons de “modernism of underdevelopment” explicado de la siguiente manera:

For Berman, the examples of Paris and St. Petersburg illustrate an inherent binarism within the history of modernism, in which spectacular examples of industrial and economic progress constitute a norm against which other nations and cities become anomalies [...] late forms of modernity attempt to live up to the example of the leading world economies. ‘The modernism of underdevelopment’, Berman continues, ‘is forced to build on fantasies and dreams of modernity’ [...] Without equivalent means and resources, however, these visions

remain hauntingly unachievable, resulting only in superficial reflections or grotesque distortions of the modernity they mimic. Madrid's attempt to imitate the larger, more productive and more economically prosperous metropoli of Paris and later New York, were indeed hesitant and largely unsuccessful. (5-6)

Este “modernismo del subdesarrollo” es lo que se encuentra en España. Se tiene una obsesión con lo extranjero (sobre todo Francia e Inglaterra) en la que esos países están muy desarrollados y España tiene un complejo de inferioridad, que se podría relacionar con las “structures of feeling” de Valis. Ese complejo lleva a la nación española a crear una idea en la que se debe imitar a esos países para ser moderno, pero la realidad española no llega a los niveles de desarrollo de Francia e Inglaterra debido a factores ya mencionados como la falta de inversión, el lento paso de la industria y los transportes, o la falta de energía.

En ese sentido es sintomático lo que ocurre en casa de los Santa Cruz durante una cena de Noche Buena. Uno de los convidados, Ruiz, afirma que “nuestro porvenir está en África” (I, 405). El futuro de la nación está de nuevo en el extranjero, pero esta vez en forma de colonización. Es sintomático que sea el continente africano el lugar del futuro y no América, que era tradicionalmente hacia donde se miraba cuando se hablaba de porvenir. Es posible que el significado sea de colonización en un continente menos explotado. Es decir, el extranjero sí puede ser el lugar donde España encuentre su porvenir, pero siempre dentro de un contexto colonialista y de explotación. Con el añadido de que la presencia española en África

fue una realidad que se alargó hasta entrado el siglo XX, y aún hoy persiste, pero que no produjo frutos de ningún tipo ni proporcionó a España un paso adelante hacia la modernidad.

Por otro lado, la mención de África también puede ser considerada a la luz de la explicación de David Harvey, quien argumenta que el capital acumulado puede ser prestado al extranjero para crear nuevas potencias productoras en otras regiones (55). Dado que España ya no poseía territorios americanos en los que invertir ese dinero, la posibilidad de invertirlo en África aparece más real. Sin embargo, esa inversión nunca llegó a realizarse por el afán de acumulación, dejando así en blanco esa opción de gasto como alternativa de progreso.

Toda esa dinámica de apariencias para parecer lo que no se es trae consigo el problema de que las familias y las naciones pueden encontrar dificultades en el plano personal económico. Cuando eso sucede, la solución más a mano es la de acudir a los prestamistas de los que ya se ha hecho mención. De esa forma: “Doña Lupe prestaba dinero, por mediación de un tal Torquemada, a militares, empleados y todo el que cayese” (I, 496). Lo que esto implica es que en su afán de parecerse a la clase alta y aparentar lo que no es, la clase media baja ha de recurrir a la solicitud de préstamos para mantener su tren de vida. Ese hecho hace que se endeuden más, ya que los préstamos acarrearán intereses, y como resultado la clase media baja se encuentra en una situación de falta de progreso debido a que su propio estilo de vida impide que exista uno auténtico. Como ejemplo de esto último, Torquemada habla de un tendero que le debía dinero y para pagarle tuvo que darle su reloj y joyas de su mujer,

mientras que esa misma tarde fue visto subiendo a un coche para ir a los toros (I, 526). El tren de vida que pretenden llevar hace que tengan que pedir dinero que luego no pueden devolver. Eso se convierte en un círculo vicioso que impide el progreso de la clase media baja. Y como reflejo de esa situación de la clase media baja se encuentra también la situación nacional. El gobierno se veía obligado también a tomar dinero prestado para poder llevar a cabo sus planes presupuestarios. De esta manera, el texto se hace eco, de forma alegórica, de la situación que atravesaba la nación a todos los niveles.

El problema de las casas de empeños y los prestamistas se multiplicó durante el siglo XIX, como explican Bahamonde Magro y Toro Mérida, quienes también apuntan que los intereses que cobraban podían llegar al cuarenta por ciento (137). Incluso revistas de la época como *La Gaceta Industrial* se hicieron eco de esa problemática argumentando que las clases medias bajas y las bajas eran las que más dinero prestado tomaban para mantener un tren de vida que no les obligara a trabajar y pudieran dedicarse al ocio del juego y otras actividades de dudosa moralidad (Magro y Mérida, 137).

Sin embargo, aunque la clase media baja sea la que más dinero pida, el fenómeno de querer mantener un tren de vida lujoso también afecta a las clases altas, quienes se ven abocadas a pedir dinero también a los prestamistas. En estos casos también se da el problema de tener que devolverlo, y cuando el interesado no puede el prestamista recurre al embargo. Es el caso de Doña Lupe y la esposa de Torquemada, que van juntas a cobrar una deuda y en su lugar se llevan muebles de la deudora para

decorar sus casas (I, 542-43). Así, pueden ornamentar sus salas con muebles y objetos obtenidos de la usura, pero son objetos que pertenecen a una clase superior a la suya. Esta forma de imitación salida de ese círculo vicioso también supone ser *cursi*. Es un intento de aparentar que no trae, sin embargo, un auténtico progreso, ya que la subida de clase no es real sino superficial, y sólo supone reincidir en la ya mencionada acumulación estéril de capital.

La novela explicita este conglomerado de apariencias y realidad a través de diferentes personajes. El primero en proponer esa dicotomía es Evaristo Feijoo, el presunto alter ego de Galdós y benefactor de Fortunata. Feijoo recoge a Fortunata en su casa, en una situación de casi concubinato, pero sin que nadie sepa de dicha situación, y por eso le dice a Fortunata que “así se consiguen dos cosas, la tranquilidad dentro, el decoro fuera” (II, 102). Lo que esto significa es que las apariencias de decoro y decencia esconden otra cosa: una vida interna menos decente. Sin embargo, el esconder algo no lo convierte en algo diferente. La realidad es que la situación en la que viven no se acomoda a las exigencias de la época, por eso es necesario esconderla. Y más adelante Fortunata reproduce la misma idea: “¡Qué cosas hay, pero qué cosas!...Un mundo que se ve, y otro que está debajo, escondido...” (II, 171). Esos dos mundos son los que gobiernan la sociedad del momento, una esfera privada y una pública. Lo importante es aparentar, que la esfera pública vea la fachada y no el interior. Este mismo fenómeno es el que se da con respecto a la modernización y el progreso. En apariencia, el progreso existe: van apareciendo elementos palpables como electricidad, billetes de banco, ferrocarriles,

etc. Pero eso es superficial, la realidad es diferente. Seguía habiendo pobreza y el prestamismo y la usura eran rampantes, los ferrocarriles no supusieron el motor industrial esperado, y la mayoría de la población todavía no tenía acceso a muchos de los avances que se dieron. Con todo esto, el resultado es que la dicotomía apariencia/realidad se da a todos los niveles sociales y de vida, y en todos ellos la dinámica es la misma: una fachada de superficial progreso esconde una realidad de falta del mismo.

En relación con dicha dinámica aparece también el fenómeno del deseo y la ambición, necesarios para llegar a un auténtico progreso. Así, el primer ejemplo que se encuentra es el pensamiento de Juan Pablo Rubín, representante junto a sus hermanos Maxi y Nicolás de la clase media baja. Juan Pablo era viajante, pero “aspiraba a un cambio de vida y ocupación más lucrativa y noble” (I, 451). Ese deseo de mejora es lo que puede posibilitar el progreso, se debe querer avanzar para lograrlo. Algo similar sucede con el progreso nacional: si no se desea lo suficiente y no se ponen los medios, es imposible llegar a él. Juan Pablo acaba convirtiéndose en gobernador de provincia debido a su deseo de mejora y a su empeño en visitar oficinas y crear conexiones que le ayudaran en su ascenso, ejemplificando así cómo el ascenso es posible si se llevan a cabo las inversiones suficientes de tiempo y esfuerzo (sea físico o económico). Así, el mensaje alegórico es que España debería progresar de la misma forma, pero no lo consigue ya que no pone los medios para lograrlo, no se invierte lo suficiente para que los frutos sean notables, y el único interés está en que el dinero produzca más dinero. Por otro lado, Fortunata representa la corriente

opuesta, la idea de que “no debemos aspirar a lo mejor, sino aceptar el bien posible que en los sabios lotes de la providencia nos toca” (I, 657). Pero el conformismo sólo lleva a un mantenimiento del status quo sin movimiento, sin progreso. Es por eso que Fortunata cambia y cada vez quiere más; no desea a Maxi sino a Juanito (I, 701), es decir, cambia sus aspiraciones en dirección hacia arriba para conseguir lo más posible sin conformarse con el marido que “le toca”. Aunque Fortunata quiso a Juanito desde el principio, ahora se trata de una elección, ya que está casada con Maxi; ella prefiere no permanecer con Maxi, quiere estar con Juanito. Es posible ver una relación alegórica entre Fortunata y la situación nacional. En primer lugar, el cambio efectuado en Fortunata puede ser entendido como un reflejo del deseo de aparentar: conseguir a Juanito sería imitar a Jacinta, que ya está casada con él. Por otro lado, España también ejemplifica la actitud primera de Fortunata, la del conformismo, y esa falta de ambición es lo que impide que aparezca el progreso de verdad.

El conformismo aparece en la novela también en forma de conciencia de clase, y de nuevo es Fortunata la que demuestra esa actitud. Cuando se entera de que Nicolás Rubín va a ir a visitarla al convento de las Micaelas, el narrador dice que Fortunata “no se conceptuaba, además, con bastante finura para recibir a sujetos de tanta autoridad” (I, 558). Su propia conciencia de clase no le permite sentirse al menos igual a Nicolás, con lo que ese complejo de inferioridad le va a impedir ascender, resultando en la actitud conformista mencionada antes. La misma situación queda ejemplificada en el momento en que Fortunata se encuentra cara a cara con Jacinta cuando la última va a visitar a Mauricia en su lecho de muerte. En ese

instante Fortunata “sentía [...] una gran turbación, mezcla increíble de cortedad de genio y de temor ante la superioridad” (II, 191). Fortunata directamente reconoce a Jacinta como su superior, alguien por encima de ella y a quien nunca podrá alcanzar. De nuevo el complejo de inferioridad hace su aparición ahogando a Fortunata en su conformismo. De esa forma nunca se alcanzará el auténtico progreso. De la misma forma, la nación no hace nada por avanzar, se conforma con el status quo y no se moviliza, ya sea por medio de inversiones o de creación de infraestructuras, o de modernización del comercio. La falta de ambición aparece a nivel individual y a nivel nacional.

Uno de los factores que acarrea la existencia de la apatía antes explicada es la falta de ciudadanos que tengan una mentalidad ambiciosa y que quieran hacer que la nación prospere, y esa falta viene originada por la desastrosa situación de la educación española. No quiere esto decir que no existieran planes para la mejora de la educación, como el Plan Pidal de 1845 o el Plan Moyano de 1857, el cual se mantuvo vigente más de 100 años. Este plan fue promovido por el Ministro de Fomento Claudio Moyano, y fue el que dividió la enseñanza en tres segmentos: primaria, secundaria y superior. Además estableció la gratuidad relativa para la enseñanza primaria y la centralización de la enseñanza, haciendo que el Estado decidiera qué textos se iban a utilizar y obligando a que los docentes tuvieran el título de maestro. Aún así, también se otorgó a la Iglesia el derecho a velar por la pureza ideológica de los estudios, con lo que la secularización de los estudios que el Plan

pretendía se vio algo truncado¹⁰. Con todo y con eso, los planes educativos no hicieron que el sistema de enseñanza en España ascendiera a los niveles necesarios para el progreso nacional. La educación en España, igual que ocurría en Hispanoamérica, se encontraba en una situación de precariedad en el siglo XIX.

Para empezar, la educación primaria estaba muy desestructurada. Esteban Medina en Educación y sociedad explica que el número de escuelas era muy reducido, ya que en 1870 había 22.711 escuelas, y para 1880 ese número sólo había aumentado en 421. Para Medina eso significó una tasa de desescolarización más alta, debido a que la población sí había aumentado, pero no el número de plazas escolares (71). La situación, apunta Medina, era tan precaria que, añadido al problema de que los maestros no cobraban, se encontraba también que “el estado de los edificios escolares era deplorable, los métodos particulares de enseñanza de cada profesor absolutamente anticuados” (72). Esto provocó que la educación, que debería ser uno de los bastiones del avance de cualquier país, se encontrara en un estado tan lamentable que no pudiera posibilitar tal progreso. Ese estado tan penoso también viene explicado por Estíbaliz Ruiz de Azúa, quien añade que los locales reunían unas condiciones lamentables para la enseñanza, y en los que tanto los materiales como el mobiliario debían ser renovados (429-30).

Otro problema añadido a ese era el del elitismo y la separación de las clases sociales respecto a su educación; en este sentido, Ruiz de Azúa apunta que

¹⁰ Esta información aparece en una página web de la Universidad de Sevilla. Para más información sobre la Ley Moyano y para ver el texto completo de la ley; la referencia a dicha página aparece en la lista de Obras Citadas.

Deliberadamente se establecen dos escuelas distintas: la de las clases populares, sin recursos económicos, y la del resto de la sociedad, que sí puede pagar la enseñanza recibida. Para los primeros bastan unas nociones generales, presentadas en unas cuantas asignaturas de las que *Religión y Moral* y *Lectura* son las principales. [...] La “otra escuela” está concebida para las clases medias y el estrato superior, a quienes se reservaban los estudios de carácter medio y universitario con los cuales alcanzarán una titulación que les facilitará su acceso a los cuadros de la administración, de la política o al libre ejercicio de la profesión elegida. (416)

Lo que esto sugiere es que los diferentes tipos de educación van a posibilitar diferentes desarrollos posteriores en términos de progreso. Así, las clases bajas únicamente recibían una educación primaria moral que sólo les llevaba a ser ciudadanos decentes, pero sin la educación básica para progresar, es decir, únicamente para mantener su clase social; mientras que el resto de las clases sí van a ver posibilitado su acceso a la sociedad. Sin embargo, no deja de ser sintomático que las profesiones destacadas por Ruiz de Azúa para las clases medias y altas sean las de administración y política. No se mencionan profesiones en las que vaya incluido el progreso industrial y técnico que haga avanzar a la nación, sino el de contenido burocrático que no supone el progreso nacional, como más adelante se verá ejemplificado en Juanito Santa Cruz.

Por otro lado, la enseñanza media tampoco se encontraba en mejor situación. Medina apunta que desde el principio se le atribuyó a la enseñanza media un carácter burgués, pero aún así el crecimiento fue minúsculo: sólo había 173 alumnos de cada cien mil habitantes en 1863, y para finales de siglo esa cantidad había aumentado únicamente hasta los 200. Y a ese problema hubo que añadirle el hecho de que los planes de estudios propuestos por el estado siempre tuvieron el “mismo carácter de provisionalidad e ineficacia” (72).

Si las enseñanzas primaria y media no estaban en la mejor forma posible, la universitaria no les andaba a la zaga. Según Medina, entre los problemas que acuciaban a la enseñanza universitaria se encontraban “las sucesivas crisis, las periódicas limitaciones de la libertad de cátedra, la separación de profesores, el control de la enseñanza y la falta de puesta al día en el terreno humanístico, filosófico y científico-técnico” (74). Elena Hernández Sandoica también abunda en la situación de los estudios universitarios en España en el siglo XIX explicando que existe

uniformidad en la enseñanza, pero no sólida preparación profesional; horarios y planes comunes a todos los cursantes, pero incuria en su elaboración y cumplimiento; preocupación casi exclusiva por la disciplina escolar, aunque frágil vinculación corporativa; retraso constante en la incorporación de nuevas corrientes científicas o filosóficas, junto al desprecio (o la penalización incluso) de su familiaridad o cultivo en los trayectos curriculares de profesores y alumnos. (379)

Es decir, los programas de estudios universitarios se encontraban imposibilitados para producir especialistas bien formados en cualquiera de los campos, con lo cual la modernización del país se veía detenida, ya que la falta de expertos la imposibilitaba. Sin embargo, Hernández Sandoica también atribuye la falta de buenos planes de estudio relacionados con el desarrollo técnico e industrial a la falta de tal desarrollo en la sociedad española (380). Lo que eso implica es un círculo vicioso en el que la falta de industria provoca la falta de formación de gente que la mejore, con lo que el progreso nacional es el que acaba sufriendo un enorme atraso. A eso hay que añadir el hecho de que los intentos de formar a los trabajadores no se centraban “en la formación técnica y manual del trabajador, sino [en] los intentos de proporcionarles una cultura más sofisticada, no directamente relacionada con las necesidades industriales” (Medina, 75). Esta tendencia pone de manifiesto de forma clara las dificultades que tendría España para crecer y progresar en el apartado industrial cuando sus trabajadores no eran formados para ella. Con todo esto, no es de extrañar que las tasas de analfabetismo, según Medina, fueran del 80% en 1845 y todavía del 68% para 1887. Además, Ruiz de Azúa apunta que en 1853 se llevaron a cabo exámenes públicos para comprobar el estado de la enseñanza primaria en España. Dichos exámenes resultaron realmente decepcionantes, ya que los estudiantes no conocían las materias que deberían haber dominado. Ese fracaso fue atribuido a los profesores, que eran o bien de edad avanzada o bien no tenían ni las fuerzas ni el interés para llevar a cabo su labor docente (434). Asimismo, otro problema que también apareció y que dificultó los avances en el sistema educativo fue la resistencia

de los padres. Estos preferían enviar a sus hijos a ganar un jornal a una fábrica antes que a la escuela.

La educación es una de las maneras en que el individuo puede mejorarse a sí mismo y llegar a ser algo mejor, y su presencia se repite a lo largo de la novela, en la que esa mejora individual puede ser entendida como una representación de cómo la nación podía prosperar gracias a la educación. Así, desde el principio del texto, y a pesar de la importancia que la educación podría tener, se hace evidente que los personajes no la consideran como tal, como se puede ver en la explicación sobre la vida de Juanito Santa Cruz y de sus años universitarios: “Allí pasaban el rato charlando por lo bajo, leyendo novelas, dibujando caricaturas o soplándose recíprocamente la lección cuando el catedrático les preguntaba. Juanito Santa Cruz y Miquis llevaron un día una sartén [...] y frieron un par de huevos” (I, 99). La universidad no es para ellos más que un lugar al que ir a divertirse y hacer barrabasadas. El lugar que debería ser donde la juventud española se formara para llegar a convertirse en ciudadanos de provecho para la nación y baluartes del progreso, es en realidad escenario para las travesuras de personas como Juanito Santa Cruz, quien no tiene que preocuparse demasiado por su futuro ya que puede vivir de las copiosas rentas familiares, como se explicó con anterioridad. Durante sus últimos años de carrera se opera un cambio en Juanito y comienza a aplicarse en sus estudios. Sin embargo, ese cambio tampoco sirve para progresar, por cuanto esos conocimientos sólo le sirven para discutir con sus amigos:

Juanito se reunía con otros cachorros en la casa del chico de Tellería [...] y allí armaban grandes peloterías. Los temas más sutiles de Filosofía de la Historia y del Derecho, de Metafísica y de otras ciencias especulativas (pues aún no estaban de moda los estudios experimentales, ni el transformismo, ni Darwin, ni Haeckel) eran para ellos, lo que para otros el trompo o la cometa. (I, 106-07)

Esta cita puede tener dos lecturas. Por un lado es una crítica de los estudiantes que no usan lo que han aprendido en la universidad para hacer que el país progrese y conozca la modernidad, haciendo así que la nación se estanque. Por otro lado, también le sirve a Galdós para poner de manifiesto el tipo de estudios que todavía primaban en las universidades españolas: filosofía, metafísica y ciencias especulativas, es decir, todo relacionado con la teoría y nada con la práctica. Las corrientes positivistas que estaban presentes en otras naciones no lo estaban en España, impidiendo que las disciplinas de estudio más prácticas anduvieran por los currículos universitarios españoles. La consecuencia de esto es que la mayoría de los estudiantes estaban formados en disciplinas como filosofía y derecho, que no iban a aportar ningún avance significativo al progreso nacional.

Aún así, es necesario mencionar los esfuerzos de la corriente de pensamiento krausista y de la Institución Libre de Enseñanza para intentar paliar los problemas que tenía la educación en España. El krausismo, introducido en España por Sanz del Río, tenía un plan de reforma social en el que la educación de las masas serviría como un medio de avance social (Labanyi, 191-92). Labanyi también explica que “the purpose

of this reform programme was to recycle human refuse back into the system, making it socially useful” (192). La educación, por tanto, no sólo servía para formar ciudadanos, sino para reformar a los considerados fuera de la sociedad para que formaran parte del sistema de valores de la burguesía, y que no fueran un peligro para la posición de dicha clase, lo cual repercute en lo antes mencionado sobre los diferentes tipos de educación para las diversas clases sociales.

Por otro lado, el krausismo también fue responsable de la fundación de la Institución Libre de Enseñanza, creada en 1876 por Giner de los Ríos, la cual era una institución secular e independiente que ponía énfasis en el debate crítico (Labanyi, 27). La Institución Libre de Enseñanza abogaba por la educación igual para hombres y mujeres, aunque los mismos krausistas pensaran que la mujer era complementaria del hombre y su educación debía ir acorde con esa idea (Labanyi, 83). La Institución Libre de Enseñanza también se preocupaba de la formación de ciudadanos, como explica Labanyi, y para ello pensaba que la mejor forma de imbuir un sentimiento de ciudadanía era a través de la enseñanza de la geografía (27). Pero, como se explicó con anterioridad, todas esas buenas intenciones no hicieron que mejoraran las tasas de escolarización de forma significativa ni que la educación supusiera el vehículo definitivo para que el progreso de España se pusiera a la par con el de otras naciones europeas, ya que, como se mencionó con anterioridad, y como también muestra Hobsbawm en una gráfica, la tasa de analfabetismo en España era de más del 50% en 1850, y seguía siendo mayor del 30% para 1913 (345).

La educación se presenta también como un diferencial de clase. Así, el mismo Juanito reconoce que “las diferencias de educación y de clase establecen siempre una gran diferencia de proceder en las relaciones humanas” (I, 236). Además de demostrar la superioridad de la que Juanito hace gala, también se demuestra, según él, que la educación supone estar por encima de otros, es decir, un progreso. Asimismo, Guillermina Pacheco sigue una línea de pensamiento similar al afirmar que “la falta de educación es para el pobre una desventura mayor que la pobreza” (I, 272). Es decir, la educación debería ser la panacea que curara todos los males de las clases bajas y que les permitiera progresar, posibilitando así también el progreso nacional. Pero si ese es el pensamiento de los componentes de las clases altas, los de las clases medias bajas y bajas van por un camino similar. Así, Fortunata “se lamentaba de que en su niñez no la hubieran puesto a la escuela” (I, 492), sin olvidar que lo que más urgente le parece a Maxi que aprenda Fortunata es leer y escribir (I, 491). Y lo mismo opinan en el convento de las Micaelas, que sabiendo leer y escribir y conociendo la doctrina cristiana, uno puede desenvolverse en el mundo (I, 633).

Sin embargo, por buena que sea la educación, tan escasa no puede por menos que ser insuficiente para progresar. Para ejemplificar este hecho, la novela presenta a Maxi Rubín como un estudiante de farmacia a punto de acabar la carrera, con lo que

Desde luego entraría de practicante en la botiga de Samaniego, el cual estaba gravemente enfermo, y si se moría, la viuda tendría que confiar a dos licenciados la explotación de la farmacia. Maxi entraría seguramente de segundo, con el tiempo llegaría a ser primero, y por fin

amo del establecimiento. En fin, que todo iba bien y el porvenir les sonreía. (I, 659)

No es sólo leer y escribir lo que le va a permitir a Maxi progresar, sino una carrera universitaria que le posibilite llegar a ser farmacéutico y con el tiempo dueño de la farmacia. En este caso, Maxi tendría una ocupación de clase media baja, la de farmacéutico.

Es importante notar algunas diferencias entre la situación de Juanito Santa Cruz y Maxi. Para empezar, la carrera de Juanito es de humanidades y la de Maxi de ciencias. Esta diferencia puede ser de gran importancia en un momento en el que pensar y discutir no proporcionan ningún progreso, como ya se ha dicho, y van a ser las ciencias las que procuren la modernización del país. Joaquín Casaldueño afirma que el progreso depende de “la ciencia, la industria y la economía” (17), lo cual redundaría en el hecho de que Juanito no hace ni estudia nada que pudiera resultar útil al progreso nacional. Además, es sintomático que Maxi siga una carrera cuyo fin último es “curar”, es decir, hacer que los ciudadanos tengan una mejor calidad de vida que les permita vivir más y mejor y por tanto sean útiles al progreso nacional.

Por otro lado, las carreras de Juanito no le cambian, ni personalmente ni en cuanto a su posición: es burgués y burgués continúa siendo, sin ambiciones de usar su educación para el beneficio de una carrera política que pudiera ayudarle a él y al país. Maxi, por otro lado, sí demuestra deseos de mejorar: su carrera le va a posibilitar empezar como aprendiz y ascender hasta ser el amo de la botica, progresar. Juanito ya ha alcanzado un nivel de comodidad social y económica del que no tiene deseos de

salir, mientras que Maxi sí los tiene para poder pasar de ser un pobre estudiante a boticario. El problema que se presenta es que boticario es lo máximo a lo que puede aspirar Maxi, es decir, a reproducir la clase media baja de la que procede. En el caso de Juanito, la educación no le sirve para nada, y en el de Maxi para repetir un patrón del que no puede salir, aunque sí conozca un movimiento ascendente y no sólo lateral, y si bien ser dueño de una botica no dejaba al individuo en el escalafón más bajo de la clase media, tampoco le permitía alcanzar el nivel de vida del que disfrutaba el círculo de los Santa Cruz.

En un caso similar al de Maxi se encuentra Ido del Sagrario, quien dice lo siguiente en una visita a casa de los Santa Cruz: “-En este país Sr. D. Juanito, no se protege a las letras. Yo que he sido profesor de primera enseñanza, yo que he escrito obras de amena literatura tengo que dedicarme a correr publicaciones para llevar un pedazo de pan a mis hijos...” (I, 299). Se trata de un caso en el que la educación no le ha servido absolutamente para nada. No sólo Ido no ha progresado, sino que se ha visto reducido a vendedor ambulante hambriento. La crítica a la situación de la educación aparece por tanto por la presencia de un maestro que no tiene trabajo, que debe andar vendiendo casa por casa en lugar de tener una ocupación acorde a su preparación en la educación nacional.

Aunque las clases altas utilizarían su educación como herramienta para mantener su posición e idealmente para conseguir el progreso nacional y posibilitar el de las clases bajas, la necesidad de la educación como elemento de ascenso social parece ser patrimonio exclusivo de las clases bajas. Ese hecho también aparece a

través del mecenazgo de las clases altas, tanto por parte de Jacinta encargándose de la hija de Mauricia, como por parte de D. Baldomero. Este último, al enterarse de que el Pitúsín no es en realidad hijo de Juanito, dice lo siguiente: “Yo le pensiono. Para que se le dé educación y una crianza conveniente. Aprenderá un oficio, y quién sabe, quién sabe si una carrera” (I, 426). La educación que se le va a proporcionar es para que tenga un “oficio” (un trabajo en el que pueda usar sus manos y tener un salario que le permita sobrevivir), es decir, para que siga siendo parte de la clase baja y no pueda progresar, siendo la clase alta la que hace posible esa falta de progreso. Además, esa “crianza conveniente” viene a indicar que a ese individuo se le va a criar para que siempre sepa exactamente cuál es su lugar, con lo que la conveniencia en realidad es para las clases altas, las cuales no pierden el control sobre las bajas. Si por un lado las palabras de Don Baldomero muestran el control y dominio que las clases altas tenían sobre las bajas, de lo cual se hablará más adelante; por otro lado, y en relación con lo anterior, también muestra cómo la clase alta no posibilita el progreso de la baja. Manuel Vivero ofrece la siguiente explicación sobre esa relación de clase:

Esa dependencia de la voluntad de las clases poseedoras toma su expresión más explícita de la caridad, que establece relaciones que descansan en lo personal, lo que supone [...] la falta de derechos fuera de los que quiera adjudicar personalmente, de acuerdo a sus propias ideas del mundo, el miembro de la clase superior que se ponga en contacto con cualquier miembro del “cuarto estado”. (313)

Es decir, el mecenazgo y las ayudas para que las clases bajas tengan una vida mejor son una buena idea, pero el deseo implícito es que las clases bajas se mantengan donde están para que las altas no pierdan su posición ni su control social, lo cual redundaría en la conveniencia de la crianza del Pitusín antes tratada. De esta manera se explicita la falta de interés de la clase alta en el progreso de verdad. Esa falta de interés incide en el conformismo individual y nacional del que antes se habló y en la apatía de Juanito, para poner de manifiesto que la burguesía misma supone uno de los impedimentos al progreso a todos los niveles, desde el individual al nacional.

El proporcionar una educación es uno de los momentos en que aparece en la novela el mecenazgo de las clases altas hacia las bajas, pero no es el único. También está presente en el texto en la relación sentimental entre las clases. Así, durante su luna de miel, Juanito le habla a Jacinta sobre Fortunata en estos términos: “[..] un animalito muy mono, una salvaje que no sabía leer ni escribir. Figúrate, ¡qué educación! ¡Pobre pueblo!, y luego hablamos de sus pasiones brutales, cuando nosotros tenemos la culpa...”(I, 205-6). Juanito considera a la clase baja un grupo de animales sin educación, pero al mismo tiempo reconoce la responsabilidad de la clase alta hacia la baja. Es decir, si la clase baja no puede progresar es debido a que la clase alta no se lo permite, o por lo menos no hace nada para que ese progreso pueda producirse, como se dijo antes con respecto al mecenazgo. Jacinta, por otro lado, tiene la perspectiva de que el pueblo no puede mezclarse con la clase alta: “El hombre bien criado y la mujer ordinaria no emparejan bien”. (I, 210), poniendo así sobre el tapete esta afirmación premonitoria sobre la relación entre Juanito y Fortunata. Ese

punto de vista en el que la mezcla de clases no puede ocurrir es reforzado por las palabras de Juanito:

-El pueblo no conoce la dignidad. Sólo le mueven sus pasiones o el interés. Como Villalonga y yo teníamos dinero largo para *juergas* y cañas, unos y otros tomaron el gusto a nuestros bolsillos, y pronto llegó un día en que allí no se hacía nada más que beber, palmotear, tocar la guitarra, *venga de ahí*, comer magras. Era una orgía continua. En la tienda no se vendía; en ninguna de las dos casas se trabajaba. El día que no había comida de campo había cena en la casa hasta la madrugada. (I, 212)

Esta explicación de Santa Cruz revela que efectivamente la mezcla no es posible, que la interacción de clases se da a un nivel que no produce nada. La clase baja se aprovecha del dinero de la alta, pero sólo para las fiestas y las orgías, mientras que nadie trabaja y no se vende nada en la tienda de la tía de Fortunata. Esa mezcla sólo provoca la falta de progreso, la parada del trabajo, que no tiene consecuencias mientras exista la presencia del dinero burgués, pero empieza a tenerlas en el momento en que desaparece.

Ese aprovechamiento de una clase sobre otra aparece en el texto en diversas ocasiones y nunca libre de consecuencias. Así, Juanito, en el mismo viaje y durante una borrachera, le dice a Jacinta lo siguiente sobre cómo se aprovechaba de Fortunata: "... y yo, después que me divertí con ella, la dejé abandonada en medio de las calles" (I, 229). Juanito abusa de Fortunata, hace lo que quiere con ella y luego la

abandona a su suerte. Lo que esto significa a nivel alegórico es que la clase alta se aprovecha de la baja para su divertimento, y luego, lejos de ayudarla, la deja de lado¹¹. Con esto, el progreso se convierte en una imposibilidad, ya que la clase baja disfrutará de mejores condiciones en tanto que la alta quiera algo de ella, pero en el momento en que lo consiga y se aburra, la clase baja deberá volver a su lugar, sin ningún tipo de avance.

Por otro lado, Juanito entra en un círculo vicioso en su relación con Fortunata. Primero se enamora de ella, luego la abandona, después vuelve a buscarla cuando se aburre de Jacinta, y cuando está hastiado de Fortunata vuelve con Jacinta. Lo que esto crea es una dinámica en la que Juanito, representante de la clase alta, se aprovecha de Fortunata, de clase baja, todo cuanto quiere para luego abandonarla, creando así un patrón de circularidad que no supone ningún tipo de progreso y en el que la que más sufre es Fortunata.

Al igual que Doris Sommer recoge las relaciones alegóricas entre las uniones sentimentales y la situación nacional, en Fortunata y Jacinta también se puede llevar a cabo un análisis similar. John Sinningen explica que “las relaciones entre Fortunata, Juanito y Jacinta se desenvuelven en un proceso de atracción y repulsión basado en condiciones de clase y de sexo” (54). La idea es que las relaciones de clase y las relaciones amorosas tiene una conexión, y la forma en que Juanito abusa y controla a Fortunata es reflejo de la forma en que las clases altas dominaban a las bajas, impidiéndoles el progreso. Manuel Vivero explica esas relaciones de esta manera:

¹¹ La idea de que las clases bajas servían para el divertimento de las altas también se puede observar en otros textos de la época, como en la visita a la feria de San Isidro en Insolación (1889) de Pardo Bazán.

“desde la perspectiva de la burguesía y de las capas medias [...] se piensa en Fortunata como en un objeto que servirá para la consecución de unos fines que responden exclusivamente a sus intereses [...] No sólo le niegan su esfuerzo para convertirse en integrante y partícipe, sino que la manipulan como a un objeto” (312-13). Uno podría añadir “como a un animalito”, como dice Juanito, para mostrar cómo las relaciones entre estos personajes de clases sociales diferentes ofrecen un reflejo de la situación social en la que se encontraban: las capas altas de la sociedad utilizaban a las bajas e imposibilitaban que progresaran, haciendo con ellas lo que se hace con un animal al que ya no se desea, abandonarlo en la calle.

Para la clase alta, el progreso de la clase baja sólo puede llegar de la mano de la primera. Villalonga le dice lo siguiente a Juanito: “Te acordarás de aquel cuerpo sin igual, de aquel busto estatuario, de esos que se dan en el pueblo y mueren en la oscuridad cuando la civilización no los busca y los *presenta*” (I, 433). Es decir, la clase baja necesita de la alta para progresar, es ésta la que va a sacarla de su pozo, y sin su ayuda no podrá progresar. Esta idea aparece ejemplificada en diversas ocasiones. Así, Maxi se convierte en maestro de Fortunata: “Pero Maximiliano se había erigido en maestro, con rigores de dómine e ínfulas de académico. No la dejaba vivir, y estaba al acecho de los solecismos para caer sobre ellos como el gato sobre el ratón” (I, 482). En este caso es la clase media baja la que trata de adoctrinar a la baja a través de la educación, y algo similar ocurre con la intención de Doña Lupe de reformar a su criada Papitos:

La recogí de un basurero de Cuatro Caminos, hambrienta, cubierta de andrajos. Salía a pedir y por eso tenía todos los malos hábitos de la vagancia. Pero con mi sistema la voy enderezando. Porrazo va, porrazo viene, la verdad es que sacaré de ella una mujer en toda la extensión de la palabra. (I, 545-46)

La idea en este caso es que Papitos necesita a Doña Lupe para progresar y convertirse en una mujer. Es una situación similar a la presentada antes entre Juanito y Fortunata en tanto que se considera que la clase baja es un animal que debe ser domesticado (y a golpes) para que pueda progresar y ser incorporada a la nación. En estos dos casos, el hilo que los une es el deseo de control. Todas las clases tienen el deseo de controlar a las que están por debajo de ellas, lo hacen Juanito y Maxi con Fortunata y Doña Lupe con Papitos. Desean reformarlas para que, en teoría, se conviertan en personas decentes y progresen. Lo que eso significa en realidad es que desean adecuarlas a sus propias ideas sobre cómo debe estar estructurada la sociedad y lo que significa pertenecer a una clase u otra; Juanito por ser de la clase alta, y Maxi y Doña Lupe por ser de clase media baja y querer pertenecer a la media alta tienen sus propias ideas prescriptivas sobre la clase social. La consecuencia es que a través de ese control se consigue que las clases que están por debajo permanezcan ahí y no amenacen al status quo social, es decir que no exista el progreso para ellas. Y este fenómeno se da a todos los niveles: la clase media alta no deja que la media baja progrese por cuanto la última persigue imitar a la primera sin llegar a progresar; la clase baja se ve controlada por el resto y tampoco avanza. Esto conduce a que las

clases dominadas se rebelen y tengan sus propias ideas sobre lo que desean.

Fortunata dice que “libertad, libertad y libertad era lo que le pedían el cuerpo y el alma” (I, 486). Y en una vena similar, Mauricia “la dura” le dice a Fortunata “que no se rían de ti porque naciste pobre” (I, 632). En ambos casos la idea es la de no dejar que nadie se aproveche de ellas, que las clases que están por encima de ellas no las controlen para que puedan progresar. Pero como se ha visto, ese tipo de libertad aparece como imposible por cuanto las clases media alta y media baja no van a aflojar la presión sobre las bajas. Tanto es así que Juanito le dice lo siguiente a Jacinta:

Nuestras ideas deben inspirarse en las ideas generales, que son el ambiente moral en que vivimos. Yo bien sé que se debe aspirar a la perfección; pero no dando de puntapiés a la armonía del mundo, ¡pues bueno estaría!... a la armonía del mundo, que es... para que lo sepas... un grandioso mecanismo de imperfecciones, admirablemente equilibradas y combinadas. (I, 421)

La “armonía del mundo” que pregona Juanito es más fácil de aceptar para él como representante de la clase media alta, ya que dicha armonía supone que él permanezca arriba y los de abajo donde están. Sin embargo, para las clases bajas la armonía no existe debido a que las que sufren son ellas, son las que deben permanecer marginalizadas por cuanto la armonía del mundo no deja de ser una armonía burguesa. Son las clases bajas las que no alcanzan el progreso dentro del orden social burgués, y eso conlleva que el progreso nacional tampoco exista, ya que según lo explicado, sólo unos pocos privilegiados son los que consiguen avanzar.

Quizá los ejemplos más claros en el que la clase alta impide el progreso se encuentre en los enfrentamientos físicos. Ocurren en dos ocasiones, por un lado entre Juanito y José Izquierdo, tío de Fortunata, y por otro entre Juanito y Maxi. José Izquierdo va a casa de Juanito a anunciarle que Fortunata está embarazada, visita que Juanito relata de la siguiente manera:

Me amenazó; díjome que la Pitusa estaba cambrí de cinco meses... [...] Alcé los hombros... Dos palabras él... dos palabras yo... alargué este brazo, y plaf... Izquierdo bajó de golpe un tramo entero... Otro estirón, y plaf... de un brinco el segundo tramo... y con la cabeza para abajo... (I, 231)

Juanito, que es de clase alta, abusa físicamente de Izquierdo, de clase baja. Esta confrontación pone de manifiesto el poder de una clase sobre otra; la clase alta es más fuerte que la baja y por tanto puede abusar de ella cuando ocurre algo que puede alterar el status quo, en este caso un hijo ilegítimo que alteraría la vida de Juanito. Además, el hecho de que Juanito tire a Izquierdo escaleras abajo puede ser leído de forma metafórica como un impedimento para que la clase baja ascienda, la clase alta impide el ascenso de la clase baja y provoca su caída.

En el segundo caso, Maxi confronta a Juanito por su relación con Fortunata. La respuesta de Juanito es la de corresponder al ataque verbal de Maxi con violencia física, y dado que es más fuerte que Maxi consigue vencerle. No sólo le golpea y le tira al suelo, sino que además está a punto de asfixiarlo primero con sus manos y luego poniéndole un pie en el cuello mientras exclama “Si no te callas, te aplasto” (I,

706-7). La humillante victoria de Juanito sobre Maxi supone la superioridad de la clase alta sobre la media baja y el hecho de que la clase media baja está a merced de la clase media alta, puede hacer con ella lo que quiera y la última no va a oponer resistencia. De nuevo, la lectura metafórica del asfixiamiento ofrece la interpretación de que la clase media alta está ahogando a la clase media baja, no la deja respirar ni por tanto progresar. Además, el hecho de que Juanito recurra a la violencia en lugar de al diálogo también resulta una crítica de su clase social, ya que incluso con dos carreras universitarias y con todas sus ideas sobre la armonía del mundo, es incapaz de recurrir a la lógica cuando su posición peligra.

En ambos casos la estructura de los acontecimientos es la misma: representantes de una clase inferior a la de Juanito van a reclamarle por algo que consideran un agravio (un embarazo, adulterio) contra ellos. En ambas situaciones el representante de la clase alta sale ganando y no existen consecuencias para él. La lectura es que la clase alta hace lo que quiere con las clases inferiores, y cuando estas reclaman lo que es suyo, la clase alta, no sólo no se muestra razonable, sino que además se muestra violenta y acaba humillando a las otras, es decir, no permite que avancen. Peter Goldman apunta que los burgueses “se apoderan de las clases trabajadoras y se aprovechan de los infortunios de la nación” (154). Por otro lado, es posible crear una conexión entre el dominio físico a través de la violencia y el dominio físico sexual, ya que ambos están relacionados con el control a través del cuerpo. En primer lugar, existe la relación sexual entre Juanito y Fortunata, que marca el hecho de que Juanito pueda hacer lo que quiera con Fortunata y la manipule

a su antojo. Sin embargo, la no existente vida sexual entre Maxi y Fortunata puede ser considerada un reflejo de la imposibilidad de Maxi de controlar a Fortunata que se da a lo largo de la novela en los intentos fallidos de Maxi de transformar a Fortunata en una mujer decente.

Una vez más, se ofrece la idea de que es la clase media alta la que impide el progreso de las demás, y por extensión el progreso nacional. Por último, ese control y dominio también son reflejo de un contexto histórico-político más amplio. Julio Rodríguez Puértolas establece que existe un correlato entre el dominio que la clase media alta ejerce sobre la media baja y la baja y la Restauración, que también intentaba controlar al pueblo para mantener el orden público y que la burguesía no se viera agitada (115). De este modo también queda establecida la relación alegórica entre el texto y la sociedad de Galdós: en ambas esferas existe una clase alta que controla y se aprovecha de la clase baja para su propio beneficio. Por tanto, la conclusión es que el bienestar de la clase alta es la razón por la cual no existe el progreso de las clases que están por debajo de ellas, sean medias bajas o pueblo llano.

La mezcla de clases de la que se ha hablado también aparece en relación con una de las instituciones de más importancia para la sociedad decimonónica: la familia. John Sinnigen explica a este respecto que “las relaciones entre las clases sociales que son fundamentales en la obra se expresan principalmente por medio de diferencias entre y dentro de las familias” (53-54). Así, cuando el narrador explica la historia de la familia Moreno, dice lo siguiente:

Hay los Moreno-Isla, los Moreno-Vallejo y los Moreno-Rubio, o sea los Morenos ricos y los Morenos pobres, ya tan distantes unos de otros que muchos ni se tratan ni se consideran afines. Castita Moreno [...] había nacido en los Morenos ricos y fue a parar, con los vaivenes de la vida, a los Morenos pobres. (I, 243)

La mezcla social en este caso demuestra que a través del matrimonio es posible subir o bajar de clase, es decir, progresar o retroceder. Castita se vio en el segundo caso, ya que a través de su matrimonio pasó de ser rica a ser pobre. La idea de que la unión puede llevar al progreso ya ha sido mencionada con anterioridad al hablar de la obsesión con lo extranjero. Moreno-Isla mantenía que la única forma en que España iba a progresar iba a ser mediante la unión con la población del norte de Europa que sí conocía el progreso, y era considerada superior a la Europa del sur.

Es pues, la unión con un estrato superior lo que va a traer el progreso según los ejemplos que aparecen en el texto en diversas ocasiones. El primer ejemplo de importancia es el de Jacinta, que al casarse con Juanito subió de nivel debido a que su familia tenía menos hijos por el alto número de hijos, de lo cual se hablará más adelante. Pero además, Barbarita decide que una hermana de Jacinta debería casarse con Moreno-Isla a pesar de una gran diferencia de edad para que la hermana no acabe casada con “un subteniente, un oficial de la clase de quintos u otra lotería semejante” (II, 337). Es decir que para progresar es necesario crear una familia con alguien superior en lo económico y en lo social.

Esa familia traerá como lógica consecuencia la reproducción, los hijos. La descendencia, que debería ser considerada el futuro, lo que va a posibilitar que la familia y la nación avancen, es en ocasiones lo que provoca el efecto contrario. La familia de Jacinta tiene nueve hijos, de los cuales siete son mujeres, con lo que eso acarrea en la época en términos de “casarlas bien”. Ese alto número de hijos hace que la familia encuentre dificultades: “Las ganancias del establecimiento no eran escasas; pero los esposos Arnaiz no podían llamarse ricos, porque con tanto parto y tanta muerte de hijos y aquel familión de hembras, la casa no acababa de florecer como debiera” (I, 157). La familia no puede progresar porque el gran número de hijos que mantener impide que pueda haber algún tipo de avance. De ahí la necesidad de casar bien a las hijas, como se hace con Jacinta y como se intenta hacer con su hermana. Pero esa situación se da en todos los estratos sociales. Don Basilio de la Caña, uno de los sempiternos cesantes galdosianos se queja “comparando la exigüidad de la paga con la muchedumbre de bocas que constituían su familia” (II, 19). La prole podía ser una carga para el progreso familiar, ya que suponen bocas que alimentar y que no aportan nada a la economía familiar. De la misma forma, la nación tampoco puede progresar si no existe un grupo de gente que lo haga posible, que colabore para ello. Lo que sí hay es un grupo de gente que no trabaja y lo único que hace es pasar el tiempo en los cafés quejándose de su mala suerte, de los que forma parte Don Basilio, y que no hacen nada por el porvenir de su familia o de su país.

A pesar de todo, los hijos son el futuro y una familia necesita hijos que hereden el nombre de la familia y la lleven hacia el porvenir. Jacinta y Barbarita también son de la misma opinión, tanto es así que desean “un muchacho que perpetúe la casta” (I, 239). Esta cita muestra no sólo el deseo de la clase media alta de reproducir su propia ideología para mantener la estabilidad social que les permite a ellos estar arriba impidiendo el progreso del resto, sino que además ejemplifica la impermeabilidad de su clase social mediante el uso de la palabra “casta”. Las connotaciones de este vocablo son de una rígida estratificación social ancestral, grupos sociales inamovibles de los que no se puede salir o entrar.

El problema aparece cuando Juanito y Jacinta no pueden tener hijos, es decir, no pueden reproducir y perpetuar su casta. John Sinningen lo explica diciendo que “a esta genealogía le falta la continuidad, el hijo” (56). La implicación es que para mantener una posición de superioridad y control es necesaria la reproducción de la clase, máxime cuando las clases bajas sí se reproducen con una facilidad pasmosa, como constata Jacinta cuando va con Guillermina a los barrios de clase baja a buscar al supuesto hijo de Juanito que resulta ser falso (I, 318). Sin embargo, el problema de la esterilidad no es de Jacinta únicamente, Fortunata también es consciente de que su relación con Maxi no va a producir fruto alguno (II, 142). La reproducción sí se da, en cambio, entre Juanito y Fortunata, es decir, entre la clase alta y la clase baja. Juanito y Fortunata tienen dos hijos durante su larga y tortuosa relación, aunque el primero muriera poco después de nacer, y es el hecho de tener hijos lo que hace que Fortunata se sienta superior: “ella [Jacinta] será [...] todo lo santa que se quiera, pero

está por debajo de mí en una cosa: *no tiene hijos*” (II, 247). Por tanto, la reproducción sirve como elemento tanto a nivel metafórico como real. Por un lado, los hijos suponen el porvenir, y por otro acarrearán que Fortunata sea superior a Jacinta al menos en un aspecto. Asimismo, Manuel Vivero argumenta que “la asunción de poder significa un vivir normativo que se aparta de la naturaleza y conduce a la decadencia y la esterilidad [...] esa esterilidad compromete el futuro social [...] el remedio está en la asimilación a la sociedad de la intuición, la energía y la fecundidad populares” (317). Esta explicación abunda en la idea de que la clase media alta necesita a la baja para poder reproducirse, ya que de otra forma se encontraría en una situación en la que no podría mantener su posición debido al estancamiento genético. Y esto también incide en la animalización de las clases bajas, que se ven así transformadas en instrumentos de reproducción como si se tratara de caballos.

El significado de que sean las clases altas y bajas las que pueden reproducirse puede ser entendido como un voto a favor de la mezcla de clases, es decir, el futuro de la nación (representado por los hijos) viene de la mezcla exitosa entre esas clases. Sin embargo, el final de la novela va por otro camino. Cuando Fortunata siente que se está desangrando y que va a morir pronto, le escribe una carta a Jacinta que le dicta a Plácido y en la que le dice: “le mando a usted [...] ese mono del Cielo” (II, 521). El fruto de la mezcla entre clase alta y baja va a ser criado por la clase alta, sobre todo cuando queda claro que Juanito lo reconoce como hijo suyo (II, 532-33). Lo que eso significa es que el progreso que podría haber supuesto la mezcla de clases no va a existir por cuanto el niño va a ser criado en un ambiente de clase alta y por tanto

reproducirá su misma ideología, es decir, la del mantenimiento de su posición en detrimento del progreso de los demás. Fortunata es literalmente eliminada, y su única presencia en la vida de su hijo está en la descripción del niño como “mono”, la misma palabra que Juanito había utilizado para describirla a ella. La relación entre clase alta y baja es necesaria, entonces, por cuanto la clase alta no puede reproducirse y necesita de la clase baja para hacerlo, ya que la endogamia no tiene fruto. La clase baja es utilizada, por tanto, como una cantera, y esa idea aparece reflejada en la novela en palabras que su amigo Villalonga le recuerda a Juanito: “El pueblo es la cantera. De él salen las grandes ideas y las grandes bellezas. Viene luego la inteligencia, el arte, la mano de obra, saca el bloque, lo talla” (I, 433). La relación entre clases se presenta aquí como una de retroalimentación. La clase alta necesita a la baja para poder reproducirse, pero esa clase baja debe ser moldeada a su imagen y semejanza para asimilarla a la sociedad y de esa forma homogeneizarla según los ideales burgueses.

Por otro lado, y dado que la reproducción en Fortunata y Jacinta supone que se ha de dar la infidelidad matrimonial, Jo Labanyi explica que las novelas de incesto aparecen en lugares en los que la modernización ha fallado o se resiste, y expone que “if incest symbolically represents the pre-modern order, adultery -as Galdós perceived- is an image of modernity triumphant: an ambivalent image which presents the newly established exchange economy as a gain in freedom at the expense of commodification” (107). Labanyi habla de las relaciones explicadas por Marx y Engels entre el adulterio y el capitalismo. Las sociedades decimonónicas se iban moviendo hacia un sistema de consumo, capitalista, en el que primaba la economía de

intercambio. Las relaciones sentimentales también son vistas como consumo, según explica Labanyi, y el adulterio como la libre circulación de productos; en ese contexto, las novelas de adulterio marcan ese nexo en lugares en que dicha economía no tiene la presencia que debiera para promover el progreso nacional. El adulterio aparece entonces como una forma de economía de intercambio que no existe en la sociedad, una modernización que no se ha dado a nivel nacional. En Fortunata y Jacinta aparecen ambos aspectos de esta ecuación. Juanito se casa con su prima, con la que se ha criado como si fueran hermanos, formando así una relación endogámica en la que no existe el intercambio y que no produce frutos. Pero Juanito le es infiel a Jacinta con Fortunata, y ese adulterio representa la economía de intercambio que sí produce beneficios en forma de hijos como elemento de progreso y futuro.

Por tanto, se presenta Fortunata y Jacinta como una compleja red de relaciones sociales y familiares. Estas relaciones sociales muestran cómo el progreso en España se vio estancado debido a diversos factores como la falta de interés en las inversiones industriales y un sistema educativo enfocado hacia el mantenimiento y no la mejora. Y aunque sí se dieron cambios en el país, Peter Goldman afirma que esos cambios “no representan un proceso de evolución sino un mero cambio de un estado estático en otro, sin ningún incremento en el valor intrínseco del sujeto” (162). Esa falta de evolución viene provocada en parte por la clase media alta, que impide el progreso de las demás y de la nación como conjunto. A diferencia de los textos de Gamboa y López, en los que la clase media baja era el centro de atención, el de Galdós crea un entramado social en el que todas las clases interactúan para demostrar que el progreso

fue un proceso más lento en España. Fortunata y Jacinta no sólo es reflejo de lo que Galdós veía en la sociedad española, sino que crea un universo en el que todos tienen responsabilidades que cumplir para que todos remen en la misma dirección y conseguir el beneficio mutuo. Crea una serie de alegorías en las que la modernidad es un deseo incumplido. Por todo ello es posible concluir, como Germán Gullón, que el logro de Galdós está en la presentación de un espacio en el mundo moderno y las consecuencias para sus habitantes (198). De esa forma, las consecuencias que aparecen son la falta de progreso y la imposibilidad de mejora a nivel individual y colectivo. Como él mismo explicaba en 1870, las clases medias, tanto altas como bajas, eran consideradas por Galdós el modelo a seguir por el resto de la sociedad española, sin embargo, el paso del tiempo acabó por quitarle la razón, obligándole a afirmar en 1897 que esa clase media no sólo no progresó, sino que también se convirtió en el obstáculo principal en una sociedad sin futuro. Joaquín Casaldueiro lo explica diciendo que Galdós acabó pensando que la burguesía se traicionó a sí misma y no pudo hacer fructificar sus virtudes (22). Ese cambio operado en Galdós puede ser explicado por el hecho de que se diera cuenta de que el progreso que él esperaba que se produjera de la mano de dicha clase no ocurrió, y que, lejos de ser el modelo social que él anticipaba, eran de hecho los que estaban causando los problemas a los que alude Galdós en sus novelas, como apunta Jo Labanyi: “Galdós’s trajectory from *La desheredada* to *Fortunata y Jacinta* likewise shows an increasing conviction that it is the bourgeoisie that is ‘rotten’. The bourgeoisie’s concern with regulating the lower orders starts to be directed against itself” (214). Y ese desencanto con la clase

media continuó creciendo y dándose en otras novelas posteriores como Misericordia (1897) o Nazarín (1895).

La imagen que se presenta en Fortunata y Jacinta según todas estas ideas es una de estancamiento. La sociedad no se mueve, la industria no avanza, el dinero no se reinvierte, y las clases sociales que están por debajo de la clase media alta son incapaces de progresar debido al peso que la primera ejerce sobre ellas. Las indicaciones de que eso pueda cambiar, como el hijo entre Juanito y Fortunata, son aplastadas en cuanto el fruto de esa relación es asimilado a la clase media alta. Al igual que el disco de la noria que Maxi ve parado al pasar junto al convento de las Micaelas (I, 704), el progreso de España como nación se encuentra paralizado.

Conclusión

En el siglo XIX una de las mayores obsesiones de las diferentes naciones tanto europeas como americanas fue la modernización; el progreso, el movimiento hacia adelante que traían las máquinas de la Revolución Industrial se convirtió en uno de los principales objetivos hacia el que todos los gobiernos enfocaron la mayoría de sus esfuerzos. En Europa, la obsesión por la consecución del progreso fue una de las consecuencias de la Revolución Industrial. En América Latina, y tras los años de las Guerras de Independencia y de reorganización nacional, la modernización también se elevó como el primero de los objetivos hacia el que los gobiernos destinaban su “orden y progreso”. Esa idea abstracta de progreso tenía su especificación en elementos como la industria, la economía, el comercio, la educación, la burocracia, el estilo de vida, y todos los componentes, por dispares que fueran, que formaban parte de una sociedad que hoy entenderíamos como moderna, tales como la electricidad o las empresas de crédito, como se ha podido observar en el análisis de las tres novelas propuesto.

Al mismo tiempo, y junto con el desarrollo de las naciones a nivel material, también tuvo lugar en el siglo XIX una importante serie de movimientos y transformaciones que hicieron que las jerarquías sociales tradicionales cambiaran de forma. Así, lo que hasta ese momento había existido como aristocracia, burguesía y pueblo llano, se transformó también como consecuencia de la Revolución Industrial y otros fenómenos socioeconómicos como las desamortizaciones de España. Poco a poco, el sistema social español se fue transformando. La aristocracia era cada vez

menos numerosa y más empobrecida; la clase media estaba dividida en alta (comerciantes, terratenientes, etc.), y baja (profesionales como profesores, farmacéuticos, burócratas, militares o burguesía venida a menos); y había un pueblo llano que más adelante se convertiría en el proletariado. Todas estas convulsiones aparecieron, además, dentro del marco de la nueva explosión en el crecimiento urbano, que si bien se dio de forma más lenta en el mundo hispanohablante, sí dio lugar al desarrollo de ciudades como Madrid, Buenos Aires, Ciudad de México, y en menor medida urbes en vías de desarrollo y llamadas a ser importantes como Santiago de Chile, Caracas, Barcelona o Valencia. Tal es así que Leopoldo Zea menciona que Sarmiento, tras haber sido influenciado por sus visitas a Estados Unidos y ver sus urbes, pensaba en la ciudad como el centro de todo, donde ocurre la civilización que había de oponerse a la barbarie (85). Por otro lado, María Cecilia Graña, al hablar de Buenos Aires, menciona la percepción ambivalente de la ciudad que produjo su rápido crecimiento en los habitantes de la urbe argentina. Por un lado, la ciudad produce desasosiego y desapego al no saber interpretar sus cambios de forma correcta, y por otro se celebra su modernidad (96-97). Es un objeto de pensamiento, provoca reacciones encontradas, pero al final es el núcleo del desarrollo decimonónico y uno de los símbolos más sobresalientes de la modernidad, de ahí su presencia en la mente de los escritores del periodo, y por tanto en los textos que aparecen en este estudio. Iris Zavala en El rapto de América y el síntoma de la modernidad también ahonda en la importancia de la ciudad en el siglo XIX al explicar

que el espacio urbano es el centro del proceso modernizador (68) y que Galdós pone la ciudad como elemento primordial de la modernidad (58).

Como no podía ser de otra forma, todo ese movimiento conoció un correlato en la literatura; sobre todo la literatura realista y naturalista, como apunta Iris Zavala, nos permite ver y reconocer los elementos que mueven el proceso modernizador. De esa forma, la literatura del siglo XIX ha sido estudiada tanto en su vertiente social como en su vertiente modernizadora, como lo demuestran los textos de Brushwood, Foster, Sinnigen, Valis, Labanyi entre otros autores mencionados a lo largo de esta tesis. Sin embargo, lo que no existe son estudios en los que se relacionen ambos aspectos del desarrollo del siglo XIX, tanto lo social como la consecución del progreso. Este estudio ha ofrecido un análisis de tres textos que pone de manifiesto la existencia de dicha relación y las conexiones entre ambos aspectos. A través del análisis de Suprema ley del mexicano Federico Gamboa, La gran aldea del argentino Lucio Vicente López, y Fortunata y Jacinta del español Benito Pérez Galdós, se ha visto que esos textos proponen una relación entre la clase media baja y el proceso de modernización de los países en los que aparecieron, poniendo de manifiesto que la falta de desarrollo de la primera tiene un reflejo en la inexistencia del segundo. Esta relación aparece a diferentes niveles, ofreciendo críticas de elementos relacionados con el proceso de crecimiento de los países como la industria, la educación, el trabajo, o las actitudes hacia el dinero.

Es importante notar que algunos de los elementos criticados aparecen a nivel textual o temático, mientras que otros se dan de forma alegórica. La presencia de la

familia como centro de la sociedad decimonónica ofrece una alegoría sobre la falta de progreso en las naciones en las que aparecen, y los diferentes comportamientos que aparecen en las familias también pueden tener una lectura alegórica. Como se ha observado, la imitación es uno de esos comportamientos, y aparece de diferentes formas. La imitación que unas clases hacen de otras funciona como una alegoría que critica la imitación de corrientes extranjeras por parte de los gobiernos nacionales; al mismo tiempo, la representación de la familia y sus ramificaciones y relaciones también ofrece una alegoría sobre la nación, como se ha visto en el análisis de los tres textos, haciendo énfasis de esa forma en la importancia que estos escritores e intelectuales depositaban en la familia como parte del proceso de desarrollo nacional en el siglo XIX.

Estos fenómenos antes mencionados se dan de diferente forma en los tres textos como se ha podido comprobar, ya que pertenecen a lugares geográficos diferentes con idiosincrasias diferentes, pero también existen puntos en común que permiten observar la relación entre clase media baja y progreso en el ámbito hispanohablante, demostrando de esta manera que este tema supuso una grave preocupación para los intelectuales hispanohablantes del siglo XIX.

Así, en las tres novelas aparece la educación como elemento esencial del desarrollo de una sociedad. Como se ha visto, en las tres novelas se presenta de una forma u otra la necesidad de conseguir una buena educación para progresar, y en las tres se ofrece una visión pesimista de este pilar de la modernización. John J. Johnson apunta que la educación en el siglo XIX era equiparada al progreso, ya que la

industria necesitaba nutrirse de gente que supiera manejar las máquinas que debían mover al país hacia la modernización (6), de ahí el énfasis que los tres textos ponen en ella, y el tono crítico que se ofrece, ya que las tres novelas presentan la educación como un componente modernizador que no funciona muy bien.

En Suprema ley se pone de manifiesto que la educación no va a lograr que se progrese ya que, a pesar de los esfuerzos del gobierno, la analfabetización en México era del 85% para 1905, como apunta Mílada Bazant, con lo que las clases medias bajas, que eran las que realmente debían aprovecharse de la educación para abandonar su situación de precariedad, no podían conseguir salir de ella, como se ve en la novela con el ejemplo del hijo de Julio Ortegual. Algo similar ocurre en La gran aldea a través del paso por la escuela del protagonista Julio. La antigüedad y falta de método existente hace presente la inutilidad de los esfuerzos que casi todos los presidentes argentinos del periodo 1862-1882 llevaron a cabo para reformar la educación argentina, con el perjuicio que ello conllevaría para las clases sociales que necesitaran dotarse de una educación para poder progresar. Incluso Sarmiento en su discurso “Educación popular” afirmaba que “la ignorancia es sinónimo de retroceso” (126), y que encaminándose la sociedad hacia los núcleos urbanos, era necesaria la educación para poder sobrevivir en una ciudad moderna, donde hay carteles y diferentes signos que es necesario decodificar (128), pero todas esas intenciones no fueron suficientes para hacer que la educación alcanzara los niveles deseados para modernizar el país. Así, López no sólo ofrece un fenómeno social, sino que propone una crítica al estado de la educación en Argentina.

En Fortunata y Jacinta, la presencia de la crítica a la educación aparece con semejanzas y diferencias con respecto a los textos hispanoamericanos. Para empezar, no se critica la situación de la educación en general y a través de los ejemplos textuales, sino el aprovechamiento que las diferentes clases sociales hacen de ella y cómo la utilizan para el mejoramiento nacional. Así, la existencia de dos tipos de educación, una para las clases altas y otra para las bajas hacía, en primer lugar, que esa educación tuviese el efecto de dejar que cada clase se mantuviera en su lugar, con el consiguiente perjuicio para las clases medias bajas y bajas que no podían ver mejorada su situación con ayuda de la educación. De esta manera, Fortunata y Jacinta entronca con La gran aldea, en la que Medea aboga por enseñar a Julio un oficio para que mantenga su posición de clase media baja. Algo similar ocurre en la novela de Galdós cuando se decide que el falso hijo de Juanito reciba una educación y aprenda un oficio que le mantendrá donde pertenece, en la clase baja. Además, en Fortunata y Jacinta también tiene importancia la aplicación de la educación por parte de las diferentes clases sociales; se pudo observar que Juanito, quien tiene la educación, la posición y el dinero para ayudar al progreso nacional, decide no hacerlo; mientras que Maxi, perteneciente a la clase media baja, sigue una carrera de farmacéutico, que sí tiene el potencial de ser útil para la modernización de España.

De esta forma, la educación, siendo un elemento vital para el progreso de cualquier nación, aparece criticada en las tres novelas. Era una institución atrasada, con métodos antiguos, o bien no contaba con la confianza o el interés del pueblo, con lo que todos los esfuerzos de los diferentes gobiernos no lograron que los números de

la analfabetización bajaran de forma realmente considerable para cuando finalizó el siglo XIX. La insistencia que los autores ponen en la educación y el hecho de que sea un factor tan prominente en los tres textos, explica que era, en la mente de estos escritores, uno de los principales elementos en el desarrollo de las naciones modernas y un tema de gravedad para los autores e intelectuales del momento. Teniendo en cuenta esa importancia y el hecho de que las tres novelas ofrecen puntos de vista negativos sobre la educación, se puede concluir que los autores creían que la educación no se había desarrollado, y veían en esta falta de desarrollo uno de los impedimentos a la falta de maduración de la modernización en sus naciones. No se producían individuos bien formados para llevar a cabo los avances industriales y para ser ciudadanos útiles al progreso nacional, tan sólo para que todos mantuvieran su posición y nadie pudiera mejorar.

La educación como instrumento tiene el uso específico de conseguir un trabajo, y este concepto también aparece en las tres novelas con similitudes y diferencias. En Fortunata y Jacinta, Juanito Santa Cruz es un caso interesante por cuanto no tiene ninguna profesión; Juanito representa a un grupo de personas que no necesitan trabajar para vivir. Su padre y su abuelo hicieron que la tienda que poseían creciera y diera suficientes rentas para hacer que ahora Juanito no tenga que hacer nada; no trabaja, no pone sus estudios a buen uso, como se mencionó con anterioridad, y ni tan sólo desea dedicarse a invertir dinero que le da su padre, sólo se dedica a gastar dinero y a ir a fiestas y tertulias. Como contraste a Juanito aparece

Maxi Rubín, quien debe buscar un trabajo para sobrevivir, ya que pertenece a la clase media baja, y ese es su deber, sobre todo una vez que se casa con Fortunata.

Por otro lado, Galdós también ofrece una ventana al mundo de los cesantes y de la empleomanía, representada en el hermano de Maxi, Juan Pablo, y en su periplo por los cafés madrileños, donde se encuentran los cesantes que se pasan el día discutiendo y lamentándose por no disponer de un empleo en la administración burocrática del Estado. Estas personas también representan un atraso debido a que su única ocupación consta en ir de café en café participando en las tertulias sin llevar a cabo ninguna actividad productiva para ellos o para la nación, siendo de esta forma criticados por no colaborar en el progreso del país. Parte del problema es que no aspiran a ser miembros productivos de su sociedad, sino sólo a trabajar lo suficiente para poder retirarse con una paga. Esto no deja de ser un subproducto del afán de imitación de las clases altas por parte de las de abajo, del que luego se hablará. Ya es posible observarlo cuando Juanito le habla a Jacinta sobre sus fiestas con Fortunata y su familia y dice que “allí no trabajaba nadie” (I, 230). Esas personas sobreviven porque Juanito y su amigo Villalonga los mantienen, pero no porque hagan nada; siguen el ejemplo de Juanito y su amigo, que sólo se dedican a las fiestas, sin ningún tipo de beneficio para el país.

En Suprema ley, por otro lado, aparece Julio Ortegale como representante de las clases medias bajas que tienen un empleo en el aparato burocrático del régimen porfirista. Ese trabajo apenas le permite sobrevivir a él y a su familia numerosa, y su hijo Julito se ve obligado, en contra de los deseos de su padre, a conseguir un empleo

en el mundo de la artesanía para poder mantener a la familia. También en La gran aldea aparece ese tipo de empleo en el protagonista, Julio, quien posee un trabajo como escribiente en una oficina de Buenos Aires. Sin embargo, Julio abandona ese trabajo para dedicarse a vivir como la clase alta junto a un amigo de su padre, y gracias en parte a la posición adinerada de su tío. En todos estos casos, los componentes de las clases medias bajas poseen trabajos que no les permiten más que la supervivencia y no el progreso, y los que salen de esa dinámica lo hacen bajo los auspicios de las clases altas, como Julio en La gran aldea, o la familia de Fortunata mientras que Juanito y su amigo no se aburren de hacer fiestas con ellos. La indolencia de las clases altas, que no se preocupan del bienestar general, provoca en parte que las clases menos pudientes no puedan progresar, y esto también tiene su reflejo alegórico en el progreso nacional, que, al igual que el de las clases medias bajas, se ve impedido por la falta de interés de las clases más adineradas.

En los tres textos se puede observar que el trabajo aparece como un baluarte del avance personal y nacional, y sin embargo en las tres novelas resulta evidente que la desidia de las clases altas por el trabajo y la imposibilidad de mejorar en sus trabajos de las clases medias bajas resultan elementos perjudiciales para el progreso nacional tanto en el contexto peninsular como en el hispanoamericano.

De la misma manera que la educación y el trabajo pueden hacer que se progrese, ese progreso también puede darse de forma aparente, dando lugar a un fenómeno que aparece en las tres novelas: la imitación y la obsesión por las apariencias que se da a nivel alegórico en los tres textos, demostrando lo pernicioso

que podría ser para estas naciones la imitación de modelos extranjeros en detrimento de la idiosincrasia nacional. Así, en Suprema ley la dicotomía apariencia/realidad cobra mucha importancia, por ejemplo en los paseos dominicales por la Alameda con ropa elegante, o la contratación de una criada que la familia Ortegale no se puede permitir, ya que la idea es que si se imita a las clases altas se pertenecerá a esas clases, es decir, la apariencia como garantía de la realidad. Esto resulta sintomático por cuanto Eric Hobsbawm diferencia entre las clases sociales que tienen sirvientes y las que podrían serlo (238), por eso los componentes de la clase media baja quieren tener sirvientes, puedan pagarlos o no, para poder demostrar que ellos no son potenciales empleados del hogar para los de la clase media alta. De esta forma, Gamboa plantea una crítica al sistema de clases a través de la presentación del fenómeno de la imitación y de las apariencias.

Algo similar aparece en La gran aldea: las apariencias tienen más y más importancia en el Buenos Aires de 1882, en el que se pretendía ser de clase alta, cosmopolita, y la imitación estaba a la orden del día. En España, esa dinámica recibe un nombre muy específico: la “cursilería”, definida por Noël Valis como una “structure of feeling” que obliga a los individuos a tener en cuenta problemáticas como la percepción de otros y el ridículo social. Todas las clases sociales imitan a las clases inmediatamente superiores porque la percepción es que esa imitación hará que pertenezcan a esa clase, aunque según Valis la “cursilería” sea un fenómeno específico de la clase media baja.

Esas apariencias, en realidad, no llevan a ningún sitio, ya que imitar algo o a alguien no convierte automáticamente en ese algo o alguien, es decir, no se progresa por imitar a alguien de un estrato superior. Lo que estas novelas ponen de manifiesto a nivel alegórico con la crítica a esa actitud, es que la obsesión que tenían los gobiernos por imitar a naciones extranjeras y consideradas modernas, no iba a lograr que sus propios países llegaran a ser modernos. Esa necesidad de imitación es explicada por Carlos Alonso al afirmar que después de las independencias se crearon contactos debido a los intercambios comerciales entre América Latina y Europa, y eso hizo que en Latinoamérica se tuviese la percepción o el mito de que había metrópolis que representaban la modernidad, y por tanto había que imitarlas para alcanzar esa modernización (19). De esa forma, el porfirismo, representado en Suprema ley, fue un régimen caracterizado particularmente por las apariencias, en el que se construían edificios según las modas europeas y se hacían fiestas a imitación de las de París; sin embargo, todo ello no logró encubrir la realidad de un país en el que, como se ha podido comprobar, la industria no lograba avanzar, la agricultura seguía usando métodos arcaicos, la educación no suponía ningún tipo de solución, las epidemias acababan con numerosas personas y los individuos apenas lograban sobrevivir, mucho menos progresar, y del que John Brushwood decía que sólo una cuarta parte de la nación logró prosperar (253). A esto hay que añadir el hecho de que una de las críticas más comunes al gobierno de Díaz era que hubiera dejado que los grandes capitalistas extranjeros tuvieran demasiados intereses en México, y que prácticamente malvendiera el país en detrimento del progreso nacional.

Similarmente, en Argentina también se produjo un fenómeno parecido de imitación de lo extranjero, hasta el punto que Silvia Cirvini afirma que a partir de 1880, año en que se convirtió en capital federal, Buenos Aires empezó a invertir en obras públicas para dar a la ciudad un aspecto moderno y parecerse a París (186), aunque el cambio en la fachada de una nación no signifique el auténtico progreso. Pero esta vez existe un reflejo en la inmigración que llegó al país. La obsesión con lo foráneo llevó a algunos, como Bartolomé Mitre, a manifestar su apoyo a la inmigración como forma de hacer que el país avanzara. En la novela de Lucio Vicente López, la existencia de personajes como la familia del señor Montifiori pone de manifiesto la crítica hacia dicha actitud, ya que su presencia es negativa y pernicioso para el resto de los personajes y para la nación en general. En el contexto argentino, la presencia de los grandes grupos inversionistas extranjeros fue lo que más perjudicó al país, ya que sólo tenían en mente su propio beneficio y no el de la región en la que invertían, como hace la familia Montifiori con sus relaciones sociales.

Por otro lado, España no era ajena a la obsesión con todo lo extranjero, y el texto de Galdós también lo pone de manifiesto. Las tiendas que aparecen imitan a las de Francia, y de esa forma lo único que se consigue es que la superficie mejore, pero no la realidad sustancial, ya que los métodos de comercio no fueron modernizados; así, se critica el hecho de que la imitación de lo extranjero a nivel superficial no va a llevar a una nación al progreso real, ya que no se moderniza lo que realmente importa: la industria, los métodos agrícolas, el comercio, etc., de la misma forma que

para el individuo, la imitación de una clase superior no hace que dicho individuo cambie de clase social. Por otro lado, la crítica a lo extranjero también aparece en cuanto que los productos que más se venden en los comercios son los foráneos, con el detrimento que eso conlleva para los productos de origen nacional. Además, Gabriel Tortella explica que en todos los aspectos del desarrollo económico español existía capital, conocimientos o empuje foráneo, tanto en la banca, la agricultura, la minería, la energía, etc. (206-228), poniendo así trabas al progreso de lo nacional. De esta forma, Fortunata y Jacinta muestra que lo extranjero, cuando se aporta en las dosis inadecuadas, puede ser perjudicial para el individuo y para la nación, al igual que ocurre en Suprema ley y La gran aldea. En ese sentido, resulta sintomático del nivel al que se encontraba el progreso en los países de habla española durante el siglo XIX el hecho de que Leopoldo Zea hable de que España se había quedado atrás, y si América quería progresar debía mirar hacia otros países como ejemplos de modernización, lo cual significa que los mitos de progreso estaban fuera de los países de habla española para encontrarse en Inglaterra, Francia o Estados Unidos.

De esta forma todas las novelas analizadas critican las apariencias y la imitación como soluciones a la falta de progreso de las naciones, ya que la mimesis no produce en realidad ningún avance. Esos fenómenos sólo consiguen que se pierda de vista la idiosincrasia nacional y que se deje de lado el interés en la auténtica y propia modernización a favor de la consecución de una imagen sin fondo de realidad. En las tres novelas hay ejemplos de imitación no sólo de unas clases hacia otras, sino también de unas naciones hacia otras, siempre con resultados negativos para el

progreso, enfatizando así que la búsqueda de un avance nacional propio era deseable por encima de la imitación de otros procesos. Esto también explica que la clase media baja no vaya a poder avanzar a través de la imitación de las clases superiores, sino sólo con la conciencia de que son una clase diferente con sus propias características y necesidades. En ese sentido, el progreso de la clase media baja supondría una inversión de la “structure of feeling” de Raymond Williams utilizada por Valis, y los sentimientos de ridículo social e inferioridad han de ser sustituidos por una idea de pertenencia que debería ser trasladada al nivel nacional para que las naciones también dejaran de verse como inferiores ante las metrópolis consideradas modernas.

Un cuarto elemento que aparece en las tres novelas, además del deseo de aparentar e imitar, la necesidad de la educación y el trabajo, es la presencia de la familia, uno de los núcleos estructurales sociales más importantes del siglo XIX, en tanto que la burguesía lo consideraba el pilar básico del resto de la sociedad. De ahí su relevancia a la hora de presentarse, a nivel alegórico, en las tres novelas analizadas. Así, en Fortunata y Jacinta se presentan dos familias protagonistas de clases sociales diferentes: los Santa Cruz, de la alta burguesía, y los Rubín, de la clase media baja. En Suprema ley existe una familia protagonista, los Ortegá, que pertenece a la clase media baja, y en La gran aldea lo que se ofrece es una mezcla: Julio, el narrador protagonista, pertenece por nacimiento a la clase media baja, pero tras la muerte de su padre es criado por sus tíos en un círculo de clase alta. Todo esto trae diferentes observaciones sobre el comportamiento social de cada una de ellas, y

su relación con el progreso tanto individual como nacional, si tenemos en cuenta que la familia puede verse como un trasunto de la nación.

De esa forma, llama la atención la existencia de factores en común. Por ejemplo, tanto en Suprema ley como en Fortunata y Jacinta, el número de hijos es un factor importante a la hora de entender la posición de una familia. En los dos textos encontramos ejemplos que dicen que el número alto de hijos impide que una familia progrese; los Ortegala y los Arnaiz poseen un elevado número de hijos que no les permite que la economía familiar pueda progresar, quedándose en el ámbito de la clase media baja, mientras que tener pocos hijos es símbolo de pertenencia a una familia de clase burguesa, como ocurre con los Santa Cruz en Fortunata y Jacinta, o con la familia de Clotilde en Suprema ley.

Por otro lado, la presencia de las diferentes familias en estos textos también pone de manifiesto la importancia de los hijos a nivel de la mezcla de clases. Así, en Fortunata y Jacinta es posible comprobar que el matrimonio burgués no puede procrear, y han de recurrir al pueblo, a Fortunata, para poder hacerlo. La relación entre Juanito y Fortunata produce dos hijos, uno que muere muy poco después de nacer, y otro que Fortunata ofrece como regalo a Jacinta antes de morir. Esto significa que la crianza de ese niño será de la clase alta, reproduciendo sus valores y homogeneizando así la sociedad con el consiguiente perjuicio para la clase media baja, que no puede ver sus valores reproducidos, sino obviados por la omnipresencia de la clase alta burguesa.

También en Suprema ley existe un trasvase de hijos de una familia a otra y de una clase social a otra. Cuando la mujer de Julio abandona el hogar con sus hijos, son acogidos en casa del jefe de Julito, Don Eustaquio, quien pertenece a una clase superior y puede hacerse cargo de la crianza de los hijos de la familia Ortegá, quienes de esa forma estarán en contacto con los valores de la clase alta y serán moldeados según sus normas. En La gran aldea, sin embargo, existe una diferencia, ya que la hija fruto de Blanca Montifiori y Don Ramón, que son de clases diferentes, muere en un incendio accidental, con lo que no podrá reproducir ningún tipo de valor: ni los de su padre de clase media baja ascendido por el matrimonio, ni los de su madre, de una aristocracia derrochadora y disoluta. Con todo esto, y de una forma alegórica, es la clase media baja la que siempre acaba perdiendo, ya que su progreso se ve coartado por el control de la clase alta representado en la crianza de los hijos o la muerte de los mismos. Jo Labanyi explica ese fenómeno diciendo que la clase alta se regenera a base de regenerar a la clase baja (200), haciendo efectivo de esa forma el estancamiento de dichas clases, y por extensión el nacional.

Además de la presencia de los hijos, el adulterio es un factor que aparece en los tres textos, y en los tres tiene un significado de desintegración del núcleo familiar. La infidelidad de Juanito con Fortunata acaba obligando a Jacinta a considerar que están divorciados y que la familia está deshecha. Similarmente, en Suprema ley, la mujer de Julio Ortegá se va de casa cuando la situación se hace insostenible debido a la infidelidad de su marido y su dilapidación de la economía familiar, haciendo así efectiva la desintegración de la familia. Por último, en La gran aldea, Blanca

Montifiori es la causante de que su matrimonio con D. Ramón se diluya debido a sus indiscreciones extramatrimoniales, con la consecuencia añadida de la muerte de su hija recién nacida, de la que ya se ha hablado. En los tres casos existen consecuencias negativas para las clases medias bajas. En Fortunata y Jacinta, la infidelidad de Juanito con Fortunata no sólo consigue la descomposición de su matrimonio con Jacinta, sino también la del matrimonio entre Fortunata y Maxi, de la clase media baja. Igualmente ocurre con los diferentes matrimonios de clase media baja en las novelas mexicana y argentina. De esa forma, si la desintegración familiar supone la detención del progreso de esas familias, y son los de la clase media baja los más afectados, la conclusión que se puede extraer es que el adulterio señala un problema en las relaciones sociales a nivel alegórico que también ocurre a nivel nacional, con lo que se puede ver la ligazón entre la falta de progreso de la clase media baja y la de los países en los que aparecieron estos textos.

Como se puede observar, las relaciones familiares son de gran importancia en las tres novelas, lo cual indica su relevancia en la sociedad de su tiempo. Los tres textos plantean relaciones familiares complicadas en las que nunca hay una solución feliz. La desintegración que resulta explica también una desintegración a nivel nacional; y ya que las diferentes familias no conocen el progreso ni la mejora sino la desaparición, es posible concluir que los autores plantean una situación nacional en la que el progreso no existe tampoco. Las familias que aparecen en los tres textos son familias fragmentadas, no existe la unión debido al adulterio, y de ahí viene la desaparición y la imposibilidad de avance. De la misma manera, las naciones se

encontraban en una situación de fragmentación que impedía el progreso. No existía ningún criterio a la hora de aunar esfuerzos para conseguir el objetivo común de la mejora: las clases sociales más favorecidas sólo prestaban atención a su propio bienestar, la educación no tenía objetivos claros y cuando los tenía no había metodología para conseguirlos, los gobiernos se preocupaban más por parecerse a otros países que por mejorar los suyos, y las inversiones sólo existían en el ocio y no en la industria. De esa forma, el progreso no podía ser más que una quimera, y los textos literarios ofrecen la perspectiva negativa que los autores tenían sobre el proceso de modernización.

Es posible comprobar, por tanto, que el progreso está ligado al destino y la evolución de la clase media baja, y para poner de manifiesto tal relación, los tres textos hacen uso de ejemplos morales, en particular los vicios que pueden hacer disminuir la productividad de la gente. De esa forma, tanto en el contexto español como en el mexicano, el alcohol es el problema más acuciante, y las novelas ofrecen ejemplos que lo demuestran. En Fortunata y Jacinta aparece Mauricia “la dura”, que se dedica a “correr” mercadería para Doña Lupe, y que también está ingresada en el convento de las Micaelas con Fortunata. Mauricia es buena “corredora” y podría ganar mucho dinero, pero el alcohol no le permite ser productiva, la convierte en una mujer violenta que se ve obligada a dejar a su hija con su hermana por no poder cuidar de ella, y que acaba muriendo víctima de ese vicio. De la misma forma, en Suprema ley aparece el mismo fenómeno en la figura de Julio Ortegá, y sobre todo en el lamentable espectáculo que ocurre tras la cena homenaje a uno de los jueces, en

la que se pone de manifiesto que el alcohol era una lacra social que convertía a la gente en animales y los hacía inútiles para el progreso. Como se puede observar, los ejemplos de ambas novelas pertenecen a las clases bajas, a las cuales se consideraba inmorales por beber, desde un punto de vista de la moralidad de las clases altas. De esta forma, se enfatiza que, en su afán por controlar y moldear a las clases inferiores para mantener su posición, las clases altas se olvidaban de poner un auténtico remedio a ese problema, limitándose a juzgar y a dejar que el progreso se viera impedido.

Teresa Fuentes Peris explica que en el siglo XIX se empieza a ver el alcohol como un problema social a partir de la Revolución Industrial. Dice que se asociaba el alcoholismo con la falta de moralidad y con la de productividad (88-95). Todo esto hace ver también que la bebida supondría un problema para el progreso ya que traería dificultades como el absentismo laboral y la falta de eficiencia, colaborando así en el atraso en la modernización. La muerte de Julio y de Mauricia corrobora que el alcohol, desde la perspectiva crítica de estos autores, no supone más que un problema.

En La gran aldea, sin embargo, no es en el alcoholismo de las clases bajas donde se marca la inmoralidad, sino en el estilo de vida de las clases adineradas. Llevan una existencia disoluta, interesadas sólo en las fiestas, las apariencias y su propio bienestar, y de esa forma entroncan con la abulia y la dejadez de las clases altas presentes en las otras dos novelas a la hora de llevar a cabo tareas que realmente ayudaran a progresar a sus países. Así, los vicios también son parte de la crítica en los tres textos; en todos aparece alguna falla juzgada de forma moral que también

colabora a que los personajes no progresen o no ayuden al progreso, manifestando de esa manera la falta de progreso general.

Ese control de las clases altas sobre las bajas que se ha mencionado con anterioridad, aparece en los textos en forma metafórica mostrando que la presión y la influencia de los grupos más pudientes hacía que los menos influyentes se encontraran a su merced y sujetos a su voluntad. Para enfatizar esa situación, en Fortunata y Jacinta aparecen los enfrentamientos físicos entre Juanito y José Izquierdo y entre el mismo Juanito y Maxi más adelante; en ambos casos es Juanito el que sale vencedor, poniendo de manifiesto el dominio de una clase sobre otra. De forma similar, en La gran aldea aparece la relación entre Medea y Don Ramón, en la que Medea es la parte dominante, representante de la aristocracia criolla, y Don Ramón, perteneciente a la clase media baja por nacimiento, se ve sometido a ella. Con estas metáforas, los textos revelan que el progreso de las clases medias bajas y, por extensión, de las naciones, se veía impedido por el control de las clases altas, que no permitía dicho progreso. Noël Valis explica que las diferentes clases sociales tienen miedo de caer en el estrato inmediatamente inferior (13), y esta puede ser la razón por la cual las clases más acomodadas sentían la necesidad de controlar y moldear a las de abajo, como ya se dijo antes, para no perder su posición. En ese sentido, Fuentes Peris afirma que las clases bajas suponían una amenaza, y por eso existía el deseo de categorizar y discriminar a los pobres, ya que no se adecuaban al nuevo orden burgués (12), y eso trajo la consecuencia de que las clases bajas no dispusieran de las mismas oportunidades de poder progresar.

Similarmente, otro ejemplo de cómo las clases altas provocaban la falta de progreso aparece también en su forma de relacionarse con el dinero. Así, en Fortunata y Jacinta predomina la tendencia a la acumulación de dinero que no produce nada más que dinero, es decir, hay una falta de inversiones que provoca que el progreso no aparezca; el único interés de las clases adineradas es el de reproducir sus fortunas. Además, es posible ver una relación entre la esterilidad industrial y física de la alta burguesía: Juanito y Jacinta no pueden tener hijos, y además no reinvierten el capital acumulado, doblando así los frentes en los que se critica la falta de producción de su clase social. En La gran aldea, por otro lado, la crítica ya mencionada a la vida disoluta y derrochadora de la clase alta esconde una situación similar a la de España: las clases adineradas prefieren no invertir su dinero, optan, en este caso, por la dilapidación de sus fortunas, provocando igualmente que no se dé el progreso. La obviedad de esa situación es tal, que Tulio Halperín Donghi afirma que Sarmiento llegó a pensar que la élite letrada debía dirigir a la nación políticamente, pero que diversos engaños políticos le hicieron ver que a esa élite no le importaba el pueblo argentino, sino la satisfacción de su propio ocio (xl-xli). Por su lado, la explicación que da José Manuel Estrada en “Problemas argentinos” es que la sociedad acaba por darse cuenta de que el gobierno y la política no funcionan, y entonces la sociedad empieza a preocuparse sólo por su propio enriquecimiento y su vida ociosa (440). Como añadido, esa dilapidación de las fortunas también tiene un paralelo en la familia, como ocurre en la novela de Galdós; en el caso de La gran aldea el reflejo aparece en la muerte de la hija de Don Ramón y Blanca, una de las culpables del

derroche de la fortuna de su padre y de su marido. La falta de interés en el progreso nacional es, según estos textos, uno de los problemas a los que se enfrentan los países; las clases adineradas, en teoría las encargadas de salvaguardar el desarrollo nacional aparecen en las novelas como grupos interesados sólo en su propio bienestar, a los que no les importa nada que no sea medrar sin interesarles a quien producen perjuicio.

Todo esto hace que los textos realistas aparezcan como lugares donde se cuestiona el orden reinante, y donde se pone de manifiesto que el discurso de progreso de los diferentes gobiernos no sólo no tenían un correlato en la realidad, sino que además se encontraba en un estado de inmovilización, como estas novelas demuestran mediante el retrato de las clases medias bajas. En América Latina, y tras los procesos de independencia, las naciones necesitaban de diferentes discursos para avanzar y crear nuevas identidades; sin embargo Latinoamérica era considerada la periferia, y como explica Carlos Alonso apoyándose en Nelly Richard, la modernidad piensa en la periferia como un lugar de atraso, por eso debía superar dicha percepción mediante la absorción y el proceso de ser absorbido por la metrópolis considerada moderna (20). No es de extrañar, entonces, que los discursos políticos y sociales de los diferentes gobiernos latinoamericanos vayan encaminados a imitar los de los países percibidos como modernos, como Inglaterra, Francia o Estados Unidos, y que, de forma inversa, muchas veces se tenga la idea de que América era el lugar del futuro donde se podían romper las rígidas estructuras europeas y progresar económica y socialmente gracias al trabajo personal. Pero ninguna de esas percepciones llegó a

ser del todo cierta, y América Latina no logró alcanzar un nivel de progreso que se pudiera equiparar al que los políticos ofrecían, ni ser un lugar en el que el oro fluyera para el que quisiera llevárselo; había pobreza, la educación no mejoraba la situación, y la industria y la agricultura no se movieron al mismo ritmo que en los países a los cuales intentaban imitar, como las mencionadas Inglaterra y Francia. De la misma forma, las clases medias bajas tampoco avanzaron ni pudieron disfrutar de un nivel de vida como el de las clases altas, que muchas veces impedían su progreso, como se presenta de forma alegórica en los textos estudiados.

La situación en España no difería en exceso de la de Hispanoamérica. La estructura social era diferente, pero existían unas ideas muy similares en cuanto al progreso. Durante siglos, España había poseído el imperio más poderoso del planeta, pero ese imperio se fue diluyendo poco a poco, hasta el punto de que para el siglo XIX, otras naciones disfrutaban del poder que los españoles habían perdido, tales como Inglaterra o Francia. Eso hizo que España entrara en un estado de complejo de inferioridad en el que también existía la percepción de que había otros países que sí eran modernos, y por tanto España debía de imitarlos si deseaba formar parte de la misma modernidad. La novela realista española, como la hispanoamericana, también funcionaba como lienzo donde plasmar la visión de los autores sobre la falta de movimiento del progreso peninsular y de la forma en que las clases medias bajas eran las que más sufrían en beneficio de la alta burguesía. Aunque algunos críticos como Larson y Woods entre otros han planteado recientemente que el progreso en España no fue un proceso diferente del de otros países europeos, la realidad era que, como se

ha comprobado en este análisis, el gobierno español durante la Restauración no se preocupó tanto como hubiera sido deseable por la modernización nacional, y los novelistas del periodo se encargaron de ofrecer su punto de vista sobre dicha falta de interés en el progreso.

La importancia de estas novelas viene precisamente del cuadro que sus escritores presentan. Como se ha mostrado con el análisis de estos textos, no resultan un reflejo descriptivo de la sociedad, sino un vehículo para exponer, de forma textual y alegórica, las problemáticas relaciones que existían entre la clase media baja y el proceso de modernización tanto en América Latina como en España tal y como las percibían los autores, y que sus novelas traen a la palestra como uno de los debates más importantes en el desarrollo de las naciones durante el siglo XIX.

Obras Citadas

- Alonso, Carlos. The Burden of Modernity. Nueva York: Oxford UP, 1998.
- Althusser, Louis. "Ideology and Ideological State Apparatuses". Critical Theory Since 1965. Eds. Hazards Adams and Leroy Searle. Tallahassee: Florida State UP, 1986. 127-86.
- Bahamonde Magro, Ángel, y Julián Toro Mérida. Burguesía, especulación y cuestión social en el Madrid del siglo XIX. Madrid: Siglo XXI, 1978.
- - -, y Luis E. Otero Carvajal, eds. Madrid en la sociedad del siglo XIX. 2 vols. Madrid: Consejería de Cultura, 1986.
- Baker, Edward. Materiales para escribir Madrid. Literatura y espacio urbano de Moratín a Galdós. Madrid: Siglo XXI, 1991.
- Bazant, Mílada. Historia de la educación durante el Porfiriato. México D.F.: El Colegio de México, 1993.
- Beezley, William. Judas at the Jockey Club and Other Episodes of Porfirian Mexico. Lincoln: U Nebraska P, 1987.
- Benjamin, Walter. The Arcades Project. Trans. Howard Eiland and Kevin McLaughlin. Cambridge: The Belknap Press of Harvard UP, 1999.
- Blasi, Alberto. "La gran aldea y su contexto histórico: de la ciudad aristocrática a la metrópolis." Río de la Plata: Culturas 11-12 (1991): 167-76.
- - -. "El teatro como contexto en *La gran aldea*." Actas del X Congreso de la Asociación de Hispanistas. Ed. Antonio Vilanova. Barcelona: Promociones y Publicaciones Universitarias, 1992. 457-63.
- Brushwood, John. "La novela mexicana frente al porfirismo." Historia Mexicana 7 (1958): 368-405.
- - -. "Message and Meaning in Federico Gamboa's *Suprema ley*." Homenaje a Luis Leal. Estudios de literatura hispanoamericana. Eds. Donald W. Bleznick y Juan O. Valencia. Madrid: Insula, 1978. 27-41.
- Careaga, Gabriel. Mitos y fantasías de la clase media en México. México D.F.: Joaquín Moritz, 1977.
- Feinmann, José Pablo. Filosofía y nación. Estudios sobre el pensamiento argentino. Buenos Aires: Seix Barral, 2004.

- Fernández, María Soledad. "Estrategias de poder en el discurso realista: *La Regenta* y *Fortunata y Jacinta*". Hispania 75 (1992): 266-274.
- Foster, David William. The Argentine Generation of 1880. Ideology and Cultural Texts. Columbia: U of Missouri P, 1990.
- - -. "La gran aldea as ideological document." Hispanic Review 56.1 (1988): 73-87.
- Fuentes Peris, Teresa. Visions of Filth: Deviancy and Social Control in the Novels of Galdós. Liverpool: Liverpool UP, 2003.
- Gamboa, Federico. Suprema ley. Novelas. Ed. Francisco Monterde. México: Fondo de Cultura Económica, 1965. 225-462.
- García Barragán, María Guadalupe. El naturalismo literario en México. México: UNAM, 1993.
- Goldman, Peter. "'Cada peldaño tenía su historia': conciencia histórica y conciencia social en *Fortunata y Jacinta*." Galdós y la historia (1988): 145-165.
- González Navarro, Moisés. El Porfiriato. La vida social. Ed. Daniel Cosío Villegas. Historia moderna de México 4. México D.F.: Hermes, 1955.
- González Pérez, Jaime. "Las cantinas y las fondas en las postrimerías del porfiriato (1900-1910)". La palabra y el hombre 79 (1991): 252-256.
- Graña, María Cecilia. La utopía, el teatro, el mito. Buenos Aires en la narrativa argentina del siglo XIX. Roma: Bulzoni, 1991.
- Guerrero, Julio. La génesis del crimen en México. México D.F.: Cien de México, 1996.
- Halperín Donghi, Tulio, ed. Proyecto y construcción de una nación. (Argentina 1846-1880). Caracas: Ayacucho, 1980.
- Harvey, David. The Urbanization of Capital. Studies in the History and Theory of Capitalist Urbanization. Baltimore: The Johns Hopkins UP, 1985.
- Hiriart, Berta. "Apuntes sobre la casa chica". Fem June-July 1983: 30-32.
- Hobsbawm, Eric. The Age of Capital. 1848-1875. Nueva York: Vintage Books, 1975.
- - -. The Age of Empire. 1875-1914. Nueva York: Vintage Books, 1989.

- Iturriaga, José. La estructura social y cultural de México. México D.F.: Fondo de Cultura Económica, 1951.
- Jonson, John. Political Change in Latin America. The Emergence of the Middle Sectors. Stanford: Stanford UP, 1965.
- Kattan, Olga. "Madrid en Fortunata y Jacinta y en La lucha por la vida: dos posturas." Cuadernos hispanoamericanos: revista mensual de cultura hispánica 250-52 (1970): 546-78.
- Krauze, Enrique. Las caras de la historia. México D.F.: Joaquín Mortiz, 1983.
- Labanyi, Jo. Gender and Modernization in the Spanish Realist Novel. Oxford: Oxford U.P., 2000.
- - -. "Adultery and the Exchange Economy". Scarlet Letters: Fictions of Adultery from Antiquity to the 1990's. Ed. Nicholas White and Naomi Segal. New York: St. Martin's Press, 1997. 98-108.
- Larson, Susan y Eva Woods, eds. Visualizing Spanish Modernity. Oxford: Berg, 2005.
- López, Lucio Vicente. La gran aldea. Buenos Aires: Sopena, 1941.
- Martí, Oscar. "Sarmiento y el positivismo." Cuadernos americanos 3.13 (1989): 142-54.
- Matiella, Ana Consuelo. The Truth about Alicia and Other Stories. Tucson: U of Arizona P, 2002.
- Medina, Esteban. Educación y sociedad. La lucha por la educación en España, 1770-1970. Madrid: Ayuso, 1977.
- Monsiváis, Carlos. "Clasismo y novela en México". Latin American Perspectives 2.2 (1975):164-79.
- Monterde, Francisco. Prólogo. Novelas. De Federico Gamboa. México D.F.: Fondo de Cultura Económica, 1965.
- Nadal, Jordi. El fracaso de la Revolución Industrial en España, 1814-1913. Barcelona: Ariel,1975.
- Pacheco, José Emilio. Prólogo. Diario. De Federico Gamboa. México D.F.: Siglo XXI, 1977. 15-35.

- Palti, Elías José. "Orden político y ciudadanía. Problemas y debates en el liberalismo argentino en el siglo XIX." Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe 5.2 (1994): 1-31. 20 Jul. 2005 <http://www.tau.ac.il/eial/V_2/palti.htm>.
- Pardo Bazán, Emilia. La mujer española. Ed. Leda Schiavo. Madrid: Editora Nacional, 1981.
- Parsons, Deborah. A Cultural History of Madrid. Modernism and the Urban Spectacle. Oxford: Berg, 2003.
- Pérez Galdós, Benito. Fortunata y Jacinta. Madrid: Cátedra, 1999.
- - -. Ensayos de crítica literaria. Ed. Laureano Bonet. Barcelona: Península, 1999.
- Piccato, Pablo. "'El Paso de Venus por el Disco del Sol': Criminality and Alcoholism in the Late Porfiriato". Mexican Studies/Estudios Mexicanos 11.2 (1995): 203-241.
- Pozo Ruiz, Alfonso. "La Ley Moyano de 1857". 16 Sep 2007. http://www.personal.us.es/alporu/historia/ley_moyano.htm
- Puiggrós, Adriana. Qué pasó en la educación argentina. Desde la conquista hasta el menemismo. Buenos Aires: Kapelusz, 1996.
- Ramos Escandón, Carmen. "The Novel of Porfirian Mexico: a Historian's Source. Problems and Methods." Ideologies and Literature 14 (1980):118-33.
- Ramos, Julio. Desencuentros de la modernidad. México D.F.: Fondo de Cultura Económica, 1989.
- Roig, Arturo, comp. Argentina del 80 al 80. Balance social y cultural de un siglo. México: UNAM, 1993.
- Sáenz Quesada, María. La Argentina: historia del país y de su gente. Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 2001.
- Schmidt, Donald. "The Novelization of Class Consciousness during the Porfiriato." Latin American Literary Review 11 (1977): 43-52.
- Secretaría de Economía. Dirección general de estadística. Estadísticas sociales del Porfiriato. México D.F.: Secretaría de Economía, 1956.
- Shumway, Nicolas. The Invention of Argentina. Berkeley: U of California P, 1991.
- Sinningen, John. "Sexo y clase social en Fortunata y Jacinta: opresión, represión, expresión." Anales Galdosianos 22 (1987): 53-70.

- Solari, Manuel. Historia de la educación argentina. Buenos Aires: Paidós, 1984.
- Solodkow, David. "Racismo y nación: conflictos y (des)armonías identitarias en el proyecto nacional sarmientino." Decimonónica 2.1 (2005): 95-121.
<<http://www.decimonónica.com>>.
- Sommer, Doris. Foundational Fictions: The National Romances of Latin America. Berkeley: U of California P, 1991.
- Speckman Guerra, Elisa. "De matadores de mujeres, amantes despechadas y otros sujetos no menos peligrosos. Crímenes pasionales en la nota roja y la literatura porfirianas". Allpanchis 30.52 (1998): 113-139.
- Spicer-Escalante, Juan Pablo. "La Argentina decimonónica: la reproducción, los valores sociales y el proyecto de nación en *La gran aldea* (1884) de Lucio Vicente López." Excavatio: Emile Zola and Naturalism 16.1-2 (2002): 326-42.
- Stallybrass, Peter y Allon White. The Politics and Poetics of Transgression. Ithaca: Cornell UP 1986.
- Tortella, Gabriel. The Development of Modern Spain. An Economic History of the XIX and XX Centuries. Cambridge: Harvard UP, 2000.
- Turnet, Harriet S. y John Kronik, eds. Textos y contextos de Galdós. Actas del simposio Centenario de *Fortunata y Jacinta*. Madrid: Castalia, 1994.
- Ugarte, Michael. "New Historicism and Galdós' *Fortunata*: a Reading of the History of Madrid." Romance Languages Annual 2 (1990): 569-74.
- Valadés, José. Breve historia del Porfiriismo. México D.F.: Editores Mexicanos Unidos, 1971.
- Valis, Noël. The Culture of *Cursilería*. Bad Taste, Kitsch, and Class in Modern Spain. Durham: Duke UP, 2002.
- Vivero, Manuel. "Precisar la estructura social de *Fortunata y Jacinta*." Filología 26.1-2 (1993): 301-23.
- Zea, Leopoldo. El positivismo y la circunstancia mexicana. México D.F.: Fondo de Cultura Económica, 1997.
- - -. "El proyecto de Sarmiento y su vigencia." Cuadernos americanos 3.13 (1989): 85- 96.